

CLASICOS ECUATORIANOS. Volumen III

Juan Bautista de
Aguirre

**POESIAS Y OBRAS
ORATORIAS**

QUITO

1943

(866)

re

CLASICOS ECUATORIANOS

VOLUMEN III

BIBLIOTECA DE CLASICOS ECUATORIANOS

VOLUMEN I.—Villarreal

VOLUMEN II.—Poetas de la Colonia (en preparación)

VOLUMEN III.—Aguirre

VOLUMEN IV.—Espejo

VOLUMEN V.—Olmedo (en prensa)

Clásicos Ecuatorianos

VOLUMEN III

AGUIRRE

Ediciones del Instituto Cultural Ecuatoriano

Quito.—Imprenta del Ministerio de Educación.

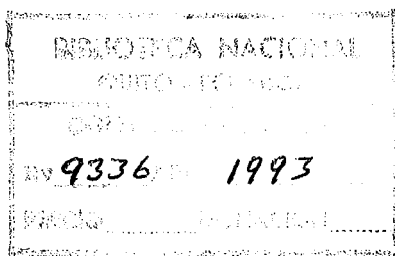
Juan Bautista de Aguirre, S. I.

Poesías y Obras Oratorias

Estudio preliminar del Sr. D. Gonzalo Zaldumbide

Texto establecido por el Sr. D. Gonzalo Zaldumbide (verso)

y por el P. Aurelio Espinosa Pólit, S. I. (prosa)



004067-J.

Quito

1943

PROLOGO

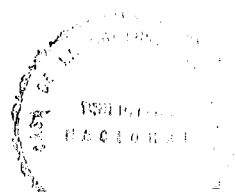
EL P. JUAN BAUTISTA DE AGUIRRE

REVELACION DEL POETA

Leed desprevenidos unas cuantas estrofas de esta su **Carta**
a Lizardo :

¡Ay, Lizardo querido!
si feliz muerte conseguir esperas,
es justo que advertido,
pues naciste una vez, dos veces mueras;
así las plantas, brutos y aves lo hacen:
dos veces mueren y una sola nacen.

Entre catres de armiño
tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace:
¡Ay flor marchita! ¡ay azucena triste!
dos veces muerta si una vez naciste.



Pálida a la mañana
antes que el sol su bello nácar rompa
muere la rosa, vana
estrella de carmín, fragante pompa;
y a la noche otra vez; dos veces muerta:
¡oh incierta vida en tanta muerte cierta!

En poco agua muriendo
nace el arroyo, y ya soberbio río
corre al mar con estruendo,
en el cual pierde vida, nombre y brío:
¡Oh cristal, triste, arroyo sin fortuna!
muerto dos veces, porque vivas una.

En sepulcro süave,
que el nido forma con vistoso halago,
nace difunta el ave
que del plomo es después fatal estrago:
vive una vez y muere dos. ¡Oh suerte!
para una vida, duplicada muerte.

Pálida y sin colores
la fruta, de temor, difunta nace,
temiendo los rigores
del Noto que después vil la deshace:
¡Ay fruta hermosa, qué infeliz que eres!
una vez naces y dos veces mueres.

Muerto nace el valiente
oso que vientos calza y sombras viste,
a quien despierta ardiente
la madre; y otra vez no se resiste
a morir: y entre muertes dos naciendo,
vive una vez y dos se ve muriendo.

Muerto en el monte el pino
sulca el Ponto con alas, bajel o ave,
y la vela de lino,
con que vuela el batel altivo y grave,
es vela de morir: dos veces yace
quien monte alado muere y pino nace.

Así el pino, montaña
con alas, que del mar al cielo sube;
el río que el mar baña;
el ave que es con plumas vital nube;
la que marchita nace flor del campo,
púrpura vegetal o florido ampo,

todo clama ¡oh Lizardo!
que quien nace una vez dos veces muera;
y así, joven gallardo,
en río, en flor, en ave considera
que, dudando quizá de su fortuna,
mueren dos veces porque acierten una.

Atroz rompecabezas conceptista habríale parecido, a nuestro don Juan León Mera, este enigma desolado y férvido. De haberlo conocido, el riguroso crítico que ya en la *Ojeada* condenó por menos, y sin remisión, al obstinado poeta, habría hallado en ésta una nueva prueba de su perdición en brazos del culteranismo. Refractario a toda singularidad algo exorbitante, y aun a toda exaltación, como no fuesen las de cierto orden romántico-sentimental que practicaba él mismo, no admitía en el verso otra belleza que la accesible y propicia a un buen sentido sumario, ni otra índole de expresión que la espontánea, fácil y cursiva. Rebelábase el fuerte candor de su buena fe contra toda audacia que comenzara por desconcertarle: tenía simplemente por falso alarde y patraña. Así, en cada una de estas imágenes, contra-

dictorias y disímiles, habría visto una especie de escarnio a la "sana razón", y por lo mismo a la poesía.

Mas, ¿qué significa, en efecto,—podrá el lector preguntar—aquello de la rosa o de la azucena dos veces muerta, de la fruta infeliz y pálida de temor, del ave que nace difunta y alcanza para una vida duplicada muerte; o del oso que calza vientos y sombras viste, y que, aunque nace muerto, a morir otra vez no se resiste, de suerte que "entre muertes dos naciendo, vive una vez y dos se ve muriendo"; o del pino, montaña con alas, que dos veces yace, pues monte alado muere si pino nace; aquello, en fin, de que también el hombre, cual plantas, aves, frutos, montes y ríos lo hacen para amonestarlo, haya de morir dos veces pues que nació una?

.... Bien puede el sentido inmediato, y aun el oculto, de estas imágenes no parecer otra cosa que una paradoja, absurdamente desenvuelta en metafórico desrazonar. Cualquier juez prudente, y leal para con su criterio, como lo fué Mera, aun de ser menos apegado a las normas clásicas, podría no hallar, en toda esta lucubración de morir dos veces para acertar una, sino un cambiante e inasible contrasentido, un logogrifo. Y tendría, si se quiere, mucha razón.

Pobre manera, empero, de tener razón.

.... Tan alto, y ya tranquilo, sentimiento trágico, temperado en mística serenidad, no puede ser sólo un acertijo. No puede el lector atento ser insensible aun a la sola persuasión del ritmo, ni a este acento de tristeza intelectual, de dolor de vivir extendido a las más dulces e inocentes formas de la existencia mortal

De aplicar a esta concepción, que a todo vuelo aspira a una visión trascendental, una lógica tan vana por su mismo exceso de evidencia, quedaría desvanecida su indecible virtud poética y malogrado su alcance. Desechemos la satisfacción, entre pueril y pedante, de poner tan razonables trabas a imágenes tan ve-

locos. Mejor haremos, quizás, en aventurarnos a seguir el vuelo que presentimos soberano y libre

¿No hay allí, desde luego, sensible, insistente, eficaz, una música que flota sobre las rimas como un halo de pensamiento, como un etéreo ambiente en que el verso asciende a su visión traslúcida? ¿Y no se siente ahí un anhelo liberador de la incierta vida, un superior sentimiento, melancólico y ya sosegado en una paz de más lejos? ¿No obra, en fin, sobre el ánimo un don suasorio, un penetrante don que no engaña? Sentirlo es obvio, si no entenderlo. Inequívoco y suficiente signo de poesía, aunque el secreto persista recóndito o indiscernible a la exigencia lógica.

Pálida a la mañana
antes que el sol su bello nácar rompa,
muere la rosa, vana
estrella de carmín, fragante pompa,
y a la tarde otra vez ; dos veces muerta :
¡Oh incierta vida en tanta muerte cierta!

Glosar estrofas como ésta, para mejor explicarlas, es hacer desaparecer su magia.

Aun ciñéndose bastante a la expresión literal, advertiría el lector, bajo el instable y a veces doble y divergente sentido de las palabras y de las imágenes, un fondo de pensamiento único y real. Tal vez se juzgue necesario ponerlo en claro. Mas al fin de este ejercicio, quizá superfluo, ¿obrará conforme a su verdad el prestigio confiado sólo al encantamiento del verso?

Pues bien: nacer a vida llevada a fenecer y acabarse ¿no es comenzar a morir? A cada instante morimos, y el espasmo animal de la muerte no es sino remate y sello de esta verdad, no por sutil o invisible menos cotidiana. La muerte brutal y palpable no existe tanto como estotra, oculta. ¿Qué vale entonces vida tan mortal que es sólo lenta agonía? Vivir muriendo ¿es

vivir? ¿No es más bien morir largamente, hasta nacer quizá un día, de veras según la fe, a la ciencia y principio del ser? La muerte ¿no es así muerte y nacimiento, cuando se acierta a morir? Y para acertar a morir, hay que vivir la vida como una muerte, muriendo a la vida en vida y preparándose a vivir tan sólo tras la segunda y última muerte.

Sentimiento, como se ve, por excelencia místico. Su exaltada y ávida angustia llenó de sí la mística española. Santa Teresa nos dijo mejor que nadie su urgencia lúcida Sólo que aquí aspira a trascendencia mayor, ineluctable y universal. Pues el destino mortal no amaga sólo al hombre sino que devora vivos a cuantos seres y cosas, animados o inanimados, nacen sólo para acabarse y viven acabándose en su propio ser.

De ahí esta alta tristeza metafísica que del hombre se extiende a toda cosa y en un sentido más hondo que el en que dijo Ronsard a su buen amigo:

Nous vivons, mon Belleau, une vie sans vie.

Para el Poeta de la Pléyade, el hombre es, en el universo, el único ser que se amarga a sí propio la existencia, cual si fuera enemigo de sí mismo, mientras los demás, todos se preservan:

Regarde, je te prie, le boeuf qui d'un col morne
Traîne pour nous nourrir le joug dessus la corne:
Bien qu'il soit rans raison, gros et lourd animal,
Jamais il n'est pour lui la cause de son mal,
Mais patiemment le labeur il endure
Et la loi qu'en naissant lui donna la nature;
Puis quand il est, au soir, du labeur delié,
Il met pres de son joug le travail oublié,
Mais nous, pauvres chétifs, soit de jour, soit de nuit,
Toujours quelque tristesse épineuse nous suit

En la poesía de Aguirre, por encima de estas tristezas sobreañadidas, está la esencial tristeza de tener que vivir muriendo. Y la conciencia que el hombre tiene del fugaz destino, el poeta la comunica a todo lo que pasa y muda sobre la haz de la tierra.

Por esto, como si hasta ella supiera que va a morir,

pálida y sin colores,
la fruta, de temor, difunta nace;

y por esto,

tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace;

por eso el ave

nace una vez, y muere dos; ¡oh suerte!
para una vida duplicada muerte

Vida tan breve, tan insegura, es como si no fuera, y no responde al concepto que de un vivir verdadero tenemos, en idea y en aspiración. Por eso en la bella estrofa de la rosa, eliminando la noción de la vida en el acto de entrar en ella tan incierta y vana, y en lugar de decir que a la mañana nace la rosa para morir por la tarde, dice más bien que a la mañana muere, para, a la tarde, otra vez morir: pues que la hace mortal el hecho de nacer, nacer equivale a comenzar a morir, es la primera muerte, la originaria y fatal.

Muerto en el monte el pino

(es decir, tronchado por el hacha, cortado en tablas, y convertido en velero),

sulca el Ponto con alas, bajel o ave

Va y naufraga, y al naufragar, muere en su errante destino,
muere como leño, después que murió como árbol al salir del monte nativo. De este modo,

dos veces yace
quien monte alado muere, y pino nace.

Y así todo nos enseña que quien nace una vez dos veces muere: al nacer, porque comienza entonces a padecer del mal de vivir; al morir, porque deja de ser. De ahí, en sentido moral, que siendo la vida lo que en verdad es—muerte asidua, insensible, y comprometedora, de la que depende el acertar final—, valga más tomarla por lo que debiera ser exclusivamente: preparación a morir.

Descifrado el enigma, confesemos que su expresión es a menudo arbitraria, contradictoria, violenta; que hay imágenes, y estrofas enteras, que no ceden al solicitarlas conforme a esa interpretación, ni conforme a otras; que una misma palabra, y a veces en un mismo verso, está tomada en sentidos opuestos o por lo menos distintos.

Así, en la citada estrofa de la rosa, donde dice: “Antes que el sol su bello nácar rompa,—muere la rosa, vana”, morir significa nacer; si bien a renglón seguido, morir está ya tomado en sentido verdadero, pues que la rosa, al morir en la mañana (esto es al nacer), muere otra vez a la tarde, y ésta sí de veras. Lo mismo cuando dice: “Nace difunta el ave”, nacer está ahí en el sentido propio de venir al mundo, aunque “difunta” está sólo en un sentido poético, y moral si cabe; en tanto que en la estrofa del arroyuelo nacer equivale a morir.

Estos cambios e inversiones del significado recto de los vocablos; algunas audacias sintácticas, u omisiones voluntarias de verbos o predicados que no pueden sobreentenderse; retruéca-

nos demasiado ingeniosos y buscados, u otros juegos de palabras (algunos bien venidos como el de "la vela de lino con que vuela el batel altivo y grave", y que en el naufragio es luego "vela de morir"), desenfadadas elipsis, transposiciones o alteraciones y, en fin, algunos tropos exasperados, son señalados vicios de cultismo, en este conceptista bastante puro.

Inútil, desde luego, ir buscando, imagen tras imagen, la adecuación de cada una al concepto que informa a todas y las funde en una sola y sucesiva representación de la mudanza terrestre Aun las que guardan su secreto, obran prolongando la resonancia de la sentencia como en una admonición de augur, o un vaticinio de poseído del sentimiento mortal ante el ser que, en viviendo cambia de ser, pues que no puede seguir siendo sin ir dejando de ser:

*
* *

Está que aquí creemos adivinar, es acaso la nota más alta de la lírica en el pensamiento. Igual en desolación al soliloquio de Segismundo, también aquí el delito es haber nacido, y se lo paga con muerte en vida, hasta la postrera, que tal vez falla. Y el extender más allá del hombre esta inmanente tragedia, el ver tras la falaz apariencia del juego vital y mortal el afán de lo perecedero por detenerse un instante, por llegar a ser de veras, por poseerse en substancial reposo, podría parecer, si no fuera ilusión temeraria, una anticipación del sentimiento schopenhaueriano de la inapaciguable y vana voluntad cósmica.

En los grandes momentos de Aguirre, casi siempre este sentimiento trascendente del destino y condición del hombre es el aliento interno y la nota tónica de su numen. Así en la composición enviada a un concurso de la **Pichinchense**, que sólo tenía por tema el nacimiento del Niño, desbordándose del asunto, propio para villancicos, se remonta Aguirre a concepción más alta, y pone en prosopopeya la desolada lamentación de la espe-

cio. Representa a la humana naturaleza, llorando la desventura de su caída y midiéndola por la nostalgia de su excelsitud primera. "A la sombra del árbol de la muerte", postrada, inane, dice querellosa :

Yo fui la que al esmero
del más sublime numen delineada,
en mi instante primero
de mil prodigios me miré formada;
mas ¡ay! que si esto fué, todo ha pasado
y sólo de mi ser sombra ha quedado.

Mi antigua llamarada
tan breve se apagó, con tal presteza,
que convertida en nada
antes que llama se miró pavesa;
pues sólo ardió mi luz aquel instante
que a dar ser a mi nada fué bastante

Lloraré eternamente
la antigua dicha de que fui halagada,
aun más que el mal presente;
pues porque fui feliz soy desdichada,
Dijo, rendida al grave sentimiento
en el dolor se destempló el acento.

Por las pocas muestras que tenemos, Aguirre tiende a desarrollarlo todo en acción, en cuadro, en movimiento dramático. No hubiera tal vez resultado mal "epicista", como dijo Espejo. Más osado, más fuerte que Orozco en la entonación y el concepto, aunque no nos haya dejado un poema como *La Conquista de Menorca*, se ve que aun dentro de pequeños marcos veía las cosas en grande. Alzó a veces el diapason a un tono de majestad bíblica; y a veces, dominando su asunto como de altura, le da

cierta vastedad, cierta amplitud de horizonte y repercusión, que anuncian un hábito largo.

Pero mayor y más frecuente es, según dichas muestras, la fantasía lírica pura y simple, el arrebató imaginativo, el don desencadenado de la imagen rauda que estalla y pasa deslumbrante o se queda temblando e inestable como una flecha vehemente.

Y rasgos tiene de aquellos que en las retóricas anticuadas se llamaban, como por su nombre, *sublimes*. Tal cierta imagen de Luzbel caído, traída en aparato de cataclismo y presentada de súbito:

Del testamento sobre el monte ardiente,
Luzbel estaba respirando saña.
Dos hogueras por ojos, y por frente,
negra noche que en sierpes enmaraña.

No recuerdo en Milton figura de soberbia y de belleza fatídica superior a la de este escorzo.

Hay en este poeta un don de imágenes sorprendente. Y si algunas emplea, o si se quiere muchas, que no se ajustan ni al sentido de las palabras estratificado en los diccionarios, ni al de la idea, pues que la tuercen o la sobrepasan, revelan a menudo aquello que hemos dado casi como primera característica de su riqueza imaginativa—audacia, vigor, movimiento:

Falsear haré con ira fulminante
del alto cielo en un vaivén ruidoso,
la azul muralla, y subiré triunfante
a ser señor del reino luminoso:
si son estorbo a mi ímpetu arrogante,
aire, mar, tierra o firmamento hermoso,
haré que sientan mi furor violento
el mar, la tierra, el aire, el firmamento.

La vida exaltada de las imágenes, que transfigura las cosas a su contacto; esta visión, en reflejo, de seres y acontecimientos, parece haber sido en Aguirre de vividez extraordinaria. Y al considerarlas sueltas, desligadas del conjunto, no disminuidas por la falta de proporción con el resto, ciertas imágenes aparecen quizá en toda su belleza, desencadenadas. ¿No es bella de por sí, aunque no signifique propiamente nada, esta imagen del Bucentoro,

que luces sulca en tempestades de oro;

u otra, similar, cuando habla del séquito luciferino

que marchando con breve bizarría
luz, por guerrero polvo, daba al día;

o cuando,

como arrojado de la etérea casa
Luzbel cayó con ira tan sangrienta
que, en humo envuelto y en furor eterno,
de espíritus de luz ondeó un infierno?

¿O imágenes de gallardía caballeresca y fastuosa, como la de San Miguel Arcángel que, aprestándose a combatir al ángel atrevido,

las rubias hebras apremió garboso,
al yelmo de oro en soles guarnecido?

La enrevesada elegancia, el compasado donaire de transposiciones a la manera de entonces, son también de su gusto y acierto, como en la estrofa:

En ésta, pues, galera de Cupido
se miran muchos del amor forzados,
que en dulce llanto y apacible ruido
gimen al remo de una flecha atados

*
* *

En cuanto a la nota cómica, a la que debe su única fama, no podrá parecernos ya la sobresaliente. Sus espinelas en burla de Quito tienen rasgos tomados al vuelo, incisiones a lo vivo, retozos de risa acerba; pero hay otros que revelan simple encono, rezago quizá de algún descontento físico o moral que explicaría además su nostalgia ditirámica, delirante, por el nativo "trozo de los cielos".

Hizo también blanco de sus burlas a los médicos y a los críticos, socorrido y clásico solaz de los epigramáticos. Pero epigramas como los que luego reproducimos sólo por ser suyos, son más bien fríos y vulgares:

En verdad, no es, ni con mucho, nuestro Caviedes.

Más fino, más donairoso que en la sátira, es sin duda en el discreteo y rendimiento madrigalizante.

A juzgar por el ejemplo de dos o tres composiciones eróticas, brotábanle risueños, fáciles, los versos galantes y laudatorios, floridos de sutilezas, de argucias y de contrastes. Así a unos ojos, les dice :

Ojos cuyas niñas bellas
esmaltan mil arreboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.

No soles aunque abrasáis
al que por veros se encumbra,
que el sol todo el mundo alumbra
y vosotros le cegáis,

No estrellas aunque serena
luz mostráis en tanta copia
que en vosotros hay luz propia
y en las estrellas, ajena.

No sois lunas a mi ver,
que belleza tan sin par,
ni es posible en sí menguar
ni de otras luces crecer.

Y aunque ángeles parecéis,
no merecéis tales nombres,
que ellos guardan a los hombres
y vosotros los perdéis.

Recuerda a Sor Juana Inés en sus discretos escarceos y balanceos, como en éste, a una "dama imaginaria":

Arco de amor son tus cejas,
de cuyas flechas tiranas,
ni quien se defiende es cuerdo,
ni dichoso quien escapa.

Qué desdeñosa de burlas
y qué traidora te ufanas
a tantas fatigas firme
y a tantas finezas falsa.

Qué mal imitas al cielo
pródigo contigo en gracias,
pues no sabes hacer una
cuando sabes tener tantas.

*

* *

Sería preciso analizar en detalle sus diversas composiciones, no todas igualmente bellas, ni, las principales, a la misma altura en todas las estrofas. Las que hemos citado son tal vez las más felices o reveladoras de lo mejor. En este esbozo hemos tenido que limitarnos a anticipar algunas deducciones, reduciendo su comprobación a unos cuantos toques o apuntes.

Hemos visto que hay en ellas algo más que un rezagado gongorismo. Aguirre tuvo muchas de las finas y fuertes cualidades que había menester un prolongador de Góngora para sentirse superior e inmune al demasiado razonable y vulgar ataque que bastaba para desbaratar a secuaces menos bien dotados. La percepción inmediata y lúcida del símil lejano o recóndito; la mano segura y pronta, para asirlo sin vacilación; el sentido agudo de la multiplicidad de aspectos que una misma cosa ofrece al espejo móvil y reverberante de la fantasía; aquella especie de vértigo lírico sobre el incesante transformismo de las apariencias, al cual corresponde el juego que entrevera imágenes con una celeridad a la que no alcanza la trabada lógica; y esa libertad de vuelo, ese como júbilo de libertad sobre las formas cambiantes al infinito: todo aquello, en fin, que dió en Góngora irresistibles destellos, hubo también—si se quiere sólo hasta cierto punto—en este americano poco o nada bárbaro. Además, “excelso música tiene Góngora”, como dice Ventura Calderón. Aguirre tuvo también la suya, si bien no ha de entenderse este arte, probablemente inconsciente en él, en el sentido moderno del ritmo interior del verso y la polifonía de la estrofa.

El abuso de lo normal, de lo espontáneo y fácil, de lo asquible a todos, si embota la común sensibilidad, exaspera, en poesía particularmente, la de algunos delicados, que buscan re-

fugio en un arte vedado y arduo. De antiguo, los poetas órficos encerraban en dísticos herméticos el secreto de su sabiduría.

Los sofistas inventaron mil procedimientos ingeniosos, sutiles, incoercibles, procedimientos de artista, para renovar el encanto algo fatigado del arte de persuadir. Los mismos Padres de la Iglesia, y aun los mayores de entre ellos, San Agustín, San Gregorio Nazianceno, adaptaron a la exégesis estos prestigios y artificios sabios. Asombróse San Agustín de encontrar una vez a San Ambrosio leyendo sin siquiera mover los labios. Para él lo escrito era letra muerta si no lo vivificaba el aliento oratorio: por eso, toda prosa digna debía estar clausulada conforme a un ritmo insinuante que halague al sentido, antes de convencer y para convencer. Declaró él mismo en sus **Confesiones** que antes de convertirse, iba a oír a Ambrosio con oído atento a la armonía verbal y con gusto profano de **retor** que cata habilidades y sutilezas. Los **retores** latinos refinaron más los ardides de los sofistas. Y aun en nuestra época clásica, ¿no pedía el divino Herrera que “se procure desatar los versos para apartarlos de la vulgaridad”, y no decía que “ninguno puede merecer la estimación de noble poeta que fuese fácil a todos y no tuviese encubierta mucha erudición y conocimiento de cosas.”? Aun artistas sanos y potentes, robustos y numerosos, como el padre Hugo, ¿no declararon también que **le rare est le bon**? Y en el consejo especioso de no escoger las palabras **sans quelque méprise**, ¿no renovaba Verlaine una sutil práctica cultista?

Aguirre vió tal vez (o quizá ni se dió cuenta de ello) que la combatida y ya vencida escuela, si merecía su suerte cuando manejada tan sólo por manos porfiadas e inhábiles, tuvo en otras, privilegiadas, singular poder y atractivo. Y la hizo dar en las suyas un postrer fulgor.

Y aunque la supervivencia de la escuela, muerta o moribunda en diversos centros de la Península, encerraba contrasentido aun mayor dentro de lo que hoy llamaremos el **medio americano**—entonces inexistente en relación con la literatura—,

no podemos reprocharle a Aguirre el haberla prolongado conforme a su índole personal. Equipararlo con Evia, como lo hizo Mera, llevado a mal por el fragmento del poema de San Ignacio y por uno que otro verso absurdo, resultaría ahora de una injusticia notoria. ¿Ni a qué medir lo que va de la hojarasca y los cardos áridos del **Ramillito de varias flores**, al alzado brío y la feliz audacia de este orgulloso, que se creyó ya "envidiado

de los cisnes tal vez, tal vez de Apolo,

y afirmó que produjo "sublimes partos su fecunda pluma"?

*

* *

Grande resulta, a mi ver, el poeta tenido, hasta hoy, exclusivamente por letrillero jocoso y mordaz, o por culterano insoportable; el poeta de quien no se ha celebrado entre nosotros más inspiración que la de una pueril hipérbole seguida de una mala burla.

A este poeta, todo él osadía brillante, o si se quiere fulgurante incoherencia, asignóle don Juan León Mera, en compensación a defectos por carta de menos, una aptitud especial "para el género templado", para "la poesía blanda y apacible". Nada menos apacible en gustos ni temperamentos que este imaginativo desenfrenado. Error, pues, doble, si bien del todo excusable, el del excelente crítico de la **Ojeada**. La inspiración gloriosa, el esplendor metafórico, el nervio saltante e imprevisto de la imagen, fueron más bien el fuerte de este poeta, dotado, de todos los dones.

Fué, en todo caso, el mayor poeta de nuestro pobre siglo XVIII.

*
* *
*

SUPERVIVENCIA LITERARIA

Dos composiciones—las únicas conocidas hasta ahora en el Ecuador o más propiamente, fragmentos de ellas—han mantenido viva, entre aficionados a antiguallas y curiosidades de literatura, la fama del P. Aguirre como poeta. Y tan sólo una de ellas—su ditirámico elogio de Guayaquil, contrastando, en epístola joco-seria con su burlesca descripción de Quito y de los quiteños—ha bastado a justificar su renombre de versificador fácil y galano, de ingenio burlón y mordaz, respectivamente. Ya entera, ya dividida en dos partes, corre esta epístola en algunas antologías. En cuanto al poema, inconcluso, sobre la vida de San Ignacio, únicamente los eruditos saben de su existencia, desdeñándolo empero todos como un infausto parto gongórico. Y a esto se ha reducido en su propia patria, por una serie de azares, el conocimiento de un gran poeta, el más estupendamente dotado, a nuestro parecer, de cuantos se levantaron, entre el sopor de larvas del coloniaje, a respirar el aura de las *Soledades* o a meditar el soliloquio de Segismundo.

En 1861, don Pedro Fermín Cevallos, al publicar en *El Iris*, periódico literario de Quito, el primer boceto biográfico que dió a conocer la importancia del padre Aguirre como maestro de filosofía y hombre de varia ciencia, publicó también, por primera vez, las décimas en burla de la Capital (1). Según cuenta don Juan León Mera, enfadáronse los quiteños, cosa rara en quienes, por alarde de libre espíritu, de genialidad acerba y mal humor

(1) "Un poemita burlesco contra Quito".—"*El Iris*" 1861, p. 121.

desamorado, fueron siempre, e inícuamente, los primeros, los más encarnizados, en escarnecer la modestia ingenua, la tristeza antigua, de su propia tierra, sufrida como si sus males la hubiesen vuelto madre ya indigna de tan buenos hijos.

Esa vez, de casualidad, parece, pues, no haber sido del agrado de todos ver que un compatriota, dándoselas de extraño y como desterrado en ella, la hubiese puesto en ridículo Después aprendieron todos, casi de memoria, esos versos hirientes.

En 1868, Mera citó en su *Ojeada* unos pocos versos del fragmento del poema sobre San Ignacio, e intercaló en su estudio algunas de las mencionadas décimas: siete, las mejores, de entre las que alaban a la ciudad natal del poeta, y dos, las más inocentes, de entre las que se mofan de Quito. El mismo año, pocos meses más tarde, Molestina publicó, en su antología de *Antigüedades Literarias*, las mismas siete décimas a Guayaquil. Se abstuvo de publicar las referentes a Quito.

Después en su *Antología de poetas ecuatorianos* (1892), Mera dió a luz estas últimas, en número de catorce, omitiendo algunas de las menos "cultas", y añadió a las siete primeras, concernientes a Guayaquil, las tres estrofas de introducción que dan a esa fantasía su carácter epistolar. Esta vez, los quiteños ya no protestaron. El hombre excelente que era don Juan León creyó necesario explicarles que "sin duda el P. Aguirre no tuvo otra intención que la de chancearse con el amigo a quien se dirigía", y añadió que "habría sido bueno que no emplease palabras o frases poco o nada cultas en sus chistes".

Suponía el señor Mera que el P. Aguirre había dirigido su epístola "a un poeta quiteño amigo suyo", y lamentaba que no poseyésemos la contestación de éste ni supiésemos su nombre. Molestina, entre otros, creía que éste fué don Juan Larrea, y, a pesar de que vió refutada de antemano tal creencia por el mismo señor Mera, quien le envió gentilmente a Lima los primeros pliegos de la *Ojeada*, antes de que Molestina diese a la imprenta su recolección, mantuvo su error, y aseguró que las exaltadas

décimas por él reproducidas provenían de una correspondencia rimada, sostenida con un poeta que aún no había nacido o estaba, cuando menos, niño por aquella época. Nosotros podemos afirmar en contra de esta suposición, hasta ahora válida, que tanto el elogio de la ciudad natal como la burla de Quito, que forman una sola pieza, fueron dirigidos por el P. Aguirre a su cuñado y coterráneo don Jerónimo de Mendiola, y no como chanza o juego, sino como desahogo de su nostalgia y queja de "la crueldad de su fortuna": "Contarte un pesar intento", le dice a su "dichoso paisano", a quien envidia por haberse quedado en el Guayas "a gozar, en dulce calma," de la "ciudad que por su esplendor" es

entre las que dora Febo,
la mejor del mundo nuevo
y hoy del orbe la mejor

Por lo que hace al poema sobre San Ignacio, ya Espejo, en **El Nuevo Luciano de Quito**, se ríe un poco del enfático y vano afán épico del poeta "¿Qué laya de pajarotes helicónicos y permésicos había en su tiempo?", le pregunta el insoportable doctor Murillo al buen doctor Mera, portavoz de Espejo en el Luciano, y éste responde: "Ninguno conocí poeta heroico Mi maestro Aguirre erró la vocación de **epicista** (alguna vez emplearé sus términos) cuando pretendió escribir la vida del santo fundador Ignacio Escribió un pedazo de poema Nada tiene que divierta sino sus latinismos. Oigalos V. M. uno por uno: **argentado, crinitos, faretrado, ominosos, fatídico**. Ahora oiga V. M. para divertirse, muy por sus cabales, una descripción de Monserrate. Va:

Este de rocas promontorio adusto
freno es al aire y a los cielos susto,
más que de Giges los ribazos fieros,

organizado horror de los luceros,
cuya excelsa cimera
taladrando la esfera,
nevado escollo en su cerviz incauta,
del celeste Argonauta
teme encallar fogoso el Bucentero,
que luces sulca en tempestades de oro.

Al erigir su cuello hacia los astros,
cubierto erial de nieves y albastros,
a Apolo en sus reflejos
de marfil congelado ofrece espejos,
reinando con sosiego
monstruos de nieve en la región del fuego.

Comunero de Jove airado trueno,
y de su cima la nevada almena
crinitos fuegos vibra a la esmeralda
del verde simulacro de su falda;
siendo el frontis inmenso,
por lo continuo y denso
del fulgor ominoso que le inunda,
de ignitas sierpes Libia más fecunda;
aunque el vellón de nieve
que a la escarpada cumbre el valle debe
otra al hielo desata
sierpe espumosa de rizada plata,
que la ira y ardor ciego
la mitiga en carámbanos el fuego,
y al arroyo cansado
en verde catre da su grama el prado,
cuando apenas nacido,
ya lo ve encanecido
con las espumas que sediento bebe
por duros riscos resbalando nieve”

¿Es todo el poema así? ¿O se destaca este trozo, por su desenfrenado brío, entre otros más sosegados, y fué acaso por esta valentía descabellada por la que Espejo lo citó de preferencia, en corroboración de su designio anticultista?

Cuantos conocieron estos versos le dieron la razón a Espejo.

Así pues, gongorino furioso, ante los eruditos, versificador burlesco y brillante en la opinión común, el P. Aguirre no ha ganado ni perdido hasta hoy en el concepto de sus compatriotas, y su fama ha llegado a nosotros en la forma tradicional, sin enmiendas ni añadiduras.

En el pequeño *Ensayo sobre la Historia de la Literatura Ecuatoriana* (1860), don Pablo Herrera nada dice acerca de este poeta, que pueda debérsele al benemérito anticuario como una revelación. Y era fácil suponer, dada su opinión constante—pseudoclásica, pacata y pobre—en lo relativo a cuanto le pareciera tocado de gongorismo, cuál sería la suya al tratarse de este poeta, reputado por culterano sin remisión. Treinta y cinco años más tarde, en su *Antología de Prosistas* (1895), da, concernientes, al P. Aguirre, tan sólo pocas y escuetas notas biográficas.

Más bien Cevallos, en su mencionado esbozo de 1861, dice: “A juzgarse por los versos de tono jocosos que han llegado a nosotros por la tradición o en manuscritos mal copiados, tenemos que reconocer entre sus dotes una chispa brillante, y facundia suma para jugar con el sentido y la estructura de las voces”. Y si bien advierte por ahí “algunas faltas gramaticales y de retórica, algunos *concetti* . . . y una que otra expresión vulgar”, parece tenerle en mayor estima que los críticos posteriores.

Fué Mera quien, prematuramente, dió el golpe de gracia al poeta desde entonces a duras penas sobreviviente: “Pena causa, dice en la *Ojeada*, ver cómo el P. Aguirre delira y disparata en los fragmentos de poesía seria que nos ha dejado. Evia no habría escrito de otra manera. Casi no hay diferencia entre los dos paisanos . . . Ni un paso adelante en el espacio de un siglo.

¡Ni la más ligera señal de restauración por parte del P. Aguirre! ¡Nada! ¡Nada!" Acúsale en especial de no haber sabido reaccionar contra el inveterado culteranismo, y aun de haberlo agravado con su obstinación: "¡Mal pecado!—exclama ingenuamente—en él ha encontrado nuestro sabio compatriota su castigo, porque además de traerle vituperio, le ha privado del honroso asiento que la posteridad le habría concedido." En cambio, con indulgente simpatía y detención mayor, y desde luego con más conocimiento de causa, Mera estudia su poesía ligera y le tributa grandes elogios por algunas de las décimas de Guayaquil, no sin advertir que "se ha propasado" en lo de loar a su "ciudad primorosa", a "ese trozo de los cielos", por el cual

si la alta esfera
fuera capaz de desvelos
tuviera sin duda celos.

Mayor "reprobación" le merecen "las huellas del mal gusto que se ven en esos versos".

Molestina, en la breve nota biográfica puesta ante el único fragmento que reproduce de Aguirre en *Antigüedades*, repite, diluyéndolos en su prosa incierta y ramplona, los mismos conceptos. Dice Mera: "Dotado de excelente talento, fué (el P. Aguirre) uno de los que pudieron ponerse a la cabeza de los poetas ecuatorianos . . . mas él mismo cerró los ojos a la luz". Y Molestina: "Adornado de las dotes que caracterizan al poeta, pudo ser uno de los cantores del Parnaso ecuatoriano; pero por desgracia se dejó inficionar muchas veces por el gongorismo y pecó por afectado y extravagante". "Sus obras, añade, están perdidas. Descubriéndolas algún día, quizá hallaremos bellezas de primer orden en quien, si escogió formas de mala ley para expresarse, el dios de la poesía no dejó de serle propicio alguna vez."

Villavicencio en su *Geografía* lo califica de poeta festivo.

En fin, Menéndez y Pelayo, sin más bases que las anteriores para asentar un juicio personal, reproduce también el de Mera, condensándolo no sin rigor: "Conserva, dice, resabios del conceptismo o más bien del equivoquismo de Gerardo Lobo y de Benegasi; y más bien debe ser puesto entre los copleros que entre los poetas formales, aunque tiene gracia descriptiva y no solamente en lo burlesco."

Vemos, pues, que cuantos le han juzgado—sin que fuera parte a un escrúpulo la parvedad de las muestras—, le han reconocido, con una especie de condescendencia, "que no carecía, como dice Mera, de buenas dotes para el manejo de la lira". Pero deploran todos que las hubiese echado tan a perder con los tenaces vicios de la escuela. Y poco más o menos concordaron todos en la sentencia de "haber sido el género satírico y jocoso el único que convenía al genio de tal poeta"!

... Siéntese, sin embargo, en la afirmación de estos pareceres, la insuficiencia del fundamento, la poca seguridad de la inducción. Y desde luego, eso de alabar los dones del poeta y deplorar su viciado empleo, elogiar al autor y detestar la obra, fué siempre recurso fácil en la perplejidad del juicio literario, sea que la justicia desfalleciera al peso de intenciones o buenos deseos, sea que la balancearan impresiones contradictorias.

De él echa mano don Juan León Mera con insistencia benevolente. Censor severo y paternal de nuestras letras, en quien la probidad intelectual no era sino el dictado de leal honestidad de corazón, sintió tal vez, a modo de remordimiento, la falta de mayores pruebas que le hubiesen permitido, acaso, absolver del todo a poeta de tanto aliento. Veía, sin embargo, que no podía hacer menos que condenarlo, en razón de las que tenía ante sus propios ojos, sagaces mas no dotados de segunda vista: ¡era su buena índole tan refractaria al énfasis y encrestamiento de los cultistas! Procuró, empero, en gracia de uno que otro verso, de una que otra imagen, rehabilitarlo. Habría querido encontrarlos, así fuese en número más corto, en compañía más recomendable;

o hallarlos sueltos, para reconstruir con ellos, a modo de un Cuvier indulgente, toda la obra desaparecida. Dos o tres estrofas a su entero gusto, habríanle bastado para consagrar al poeta que su patriotismo procuraba hallar, como refrigerio a su esperanza retrospectiva, en el erial desolado y mudo de la colonia. Mas, de verlo en brazos del culteranismo, se sintió obligado a declararlo también perdido. Se contentará luego con Orozco

En su busca de compensaciones, en su deseo de darle gloria mejor, llegó tan sólo, y a manera de transacción, no sin violentar un poco su conciencia cauta de maestro y guía, a conceder en definitiva "que pudo Aguirre sobresalir en el género templado, en aquella poesía blanda, risueña, apacible, semejante a la luz de la mañana", etc....

*

*

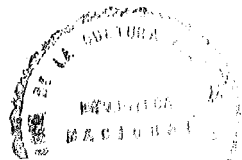
*

DATOS BIOGRAFICOS

Influía en Mera, lo mismo que en los demás, induciéndoles a respeto y admiración, la memoria del magisterio y altas dignidades que honraron la existencia del P. Aguirre.

Numerosos indicios quedan de haber sido, en la oscura colonia y luego en la Italia pontificia y discutidora, hombre de ciencia y de influencia. Pocos americanos de su tiempo y aun de su orden, y acaso ningún ecuatoriano, si exceptuamos al quiteño Fray Gaspar de Villarroel, alcanzaron tan señaladas distinciones en Europa. Su mucho saber, y probablemente en más alto grado algún singular ascendiente personal de simpatía y prestigio, le hicieron varón de consulta cerca de los grandes de la Iglesia.

Fué en el destierro, y después de la extinción de la Compañía, donde y cuando su nombre, o lo que pudiéramos llamar su



carrera, llegó al apogeo. Pero desde sus comienzos brilló en el mismo Quito colonial y austero, en los venerables claustros de la Universidad de San Gregorio Magno.

Aparece en primer lugar como uno de los innovadores del método de enseñanza y de las doctrinas, en filosofía. Aun el terrible Espejo, reconoce que "trató con dignidad la metafísica". Mas no fué como quiere don Francisco Campos, el primero en apartarse del aristotelismo escolástico y en instaurar un principio de reforma. Ya el P. Magnin había intentado en 1736 implantar el sistema cartesiano; y el P. Tomás Larrain, de la Provincia de Quito, nacido hacia 1703, y "jesuita de mucha doctrina", según Espejo—a cuyo testimonio en este orden de datos hemos de recurrir de preferencia por ser casi el de un contemporáneo y de los mejor informados—, había formulado una serie de cuestiones de física y de filosofía para enseñanza en los colegios y universidades, inspirándose en los sistemas modernos y dando de mano el peripato. Espejo conoció asimismo "al juiciosísimo P. Aguilar", predecesor del P. Aguirre, maestro del doctor Mera, el del Nuevo Luciano, quien, al asegurar que aquel precursor "trató con alguna solidez la lógica", quiso decir que lo hizo sin las pueriles argucias y paralogismos que antes infestaban la enseñanza. "Luego se siguió, dice el mismo doctor Mera, mi padre Aguirre y sutilizó más que ninguno había sutilizado hasta entonces"

No es del caso señalar en este brevísimo estudio, hasta qué punto tuvo razón Espejo, de llamarle "ergotista pungente y sofisticado". Los curiosos de alguna muestra de tal dialéctica pueden contentarse con la vertida al castellano (¿por el P. Menéndez?) que puso Herrera en su *Antología*. Aun allí se ve cómo, por entre una exposición todavía enredada en las lianas del silogismo, en la vaguedad de los símbolos ontológicos, bajo el respeto al argumento de autoridad y más fórmulas de la irrompible malla escolástica, corre ya, aligerada de trabas, la intuición de los modernos métodos y del nuevo sentido de la verdad filosófica,

de la importancia y trascendencia de la experimentación como criterio regulador. Adivinaba que no era otro el rumbo de la verdadera ciencia.

Trató también la ética. "En sus tratados de Justicia y de Contratos, que nos dictó y yo le oí—dice el doctor Mera—tomó por objeto impugnar con acres invectivas al P. Concina. Bien que en esto que escribió no hizo sino, como plagiarlo, trasladar lo que el P. Zacarías y mucho más lo que el P. Zecche escribió acerca del mismo asunto que tomó Aguirre."

Más inclinado parece haber sido el P. Aguirre a las cuestiones de física pura, y quizá mejor dotado para ellas que para la especulación. Habiendo estudiado tan sólo por curiosidad y gusto algo de medicina, tanto llegó a saber de ella, que el mismo médico de Clemente XIV le consultaba, según fué fama, muy a menudo.

Para su genio afanoso de novedades y para sus dones de aficionado a las ciencias, ninguna novedad más tentadora que la de recurrir al experimento como piedra de toque o punto de partida de los principios filosóficos. De la física habíase hecho en las aulas "oscura caverna de trampantojos aristotélicos, donde se palpaban las tinieblas y la oscuridad", según el pintoresco decir de Espejo. Aguirre y el P. Hospital, fueron los primeros en practicar, hasta donde era dable en colonia tan remota y pobre, sin aparatos ni libros nuevos, el sistema experimental. "Divirtieron a las gentes y aturdieron a los religiosos con sus novedades", dice el malicioso civilizador. El espíritu nuevo cundió tan pronto, que "alguno desertó la escuela y aun la ciudad, por no oír blasfemias contra Aristóteles".

La impaciencia del P. Aguirre comprometió por un tiempo el éxito. Pero su enseñanza, aunque morigerada por su continuador en ella, el P. Hospital—quien, al sentir de Espejo, "fué mejor sin comparación, pues su juicio trató razonablemente todas las materias que tocó"—, dió pie a la reacción intentada luego por el riobambeño P. Muñoz, que para calmar las concien-

cias alborotadas volvió al aristotelismo más fatigado e inocuo. "¡Cata allí, sardonizó Espejo, restituida la paz a la monarquía peripatética!" Y así será hasta finar el siglo, hasta el plan de estudios del obispo Calama (1792), y la organización del nuevo seminario para enseñanza de la filosofía a cargo del P. Rodríguez (1797).

Aunque no fué el primero ni el mejor maestro, pues tanto su prèdecesor como su continuador fueron varones de mayor peso y cordura, fué Aguirre quien, con su vehemencia brillante y desenfadada, lanzó más lejos el espíritu de la reforma y se llevó para sí todo el renombre de "injusto desposeedor del pacífico imperio aristotélico".

"Ayudábale, dice Espejo, una imaginativa fogosa, un ingenio pronto y sutil".—A la verdad, el impulso venía de algún tiempo atrás y de más lejos, pues que provenía del que a su vez habían recibido de Feijóo las universidades españolas. Si la influencia del P. Aguirre duró tan poco y antes provocó la reacción escolástica de Muñoz, debióse sin duda a la excesiva vivacidad de palabra puesta al servicio de la urgente empresa. "Siempre se fué detrás de los sistemas más flamantes y detrás de las opiniones acabadas de nacer, sin examen de las más verosímiles. El dijo siempre, en contra del otro discreto: *Novitatem, non veritatem amo*", (gusto de la novedad más que de la verdad). En opinión de Espejo, contribuyó a ello lo que él llama "el genio guayaquileño", que él estima, a este propósito, "siempre reñido con el seso, reposo y solidez del entendimiento". "No hay duda, añade de que influyó muchísimo en el ingenio de este padre, el temperamento guayaquileño, todo calor y toda evaporación." Espejo lleva su parecer hasta generalizar temerariamente que "en Guayaquil no hay juicio alguno".

Exageración aparte—(fué en Espejo hábito invencible el de extremar la expresión de sus observaciones, aun de las científicas)—, la impresión de Espejo refleja sin duda la que debió de producir en sus oyentes, algo sorprendidos, la persona misma.

del P. Aguirre. De hallarse deservido su verdadero valer por condiciones opacas de carácter o temperamento, o menos bien lucido por cualidades algo más recónditas, no habría acaso salido de una penumbra de medianía a que le relegaba entre los europeos el hecho solo de ser de América, pese a la igualdad ficticia dentro de los conventos. Debemos representármolo ante todo dotado por su briosa naturaleza de aquella personal irradiación de convencimiento y de simpatía que en todas partes le hizo de los primeros. Tal le vemos por el testimonio de quien le conoció de cerca, monseñor Pimienta, arcediano de Tívoli. Desenfadado y ameno, audaz, feliz y brillante, desplegaba con sagacidad el tesoro de su erudición y conquistaba con su abundante facilidad a sus ilustres interlocutores. "Provisto de un talento perspicaz y de una memoria admirable, dice el informe suscrito, en 1816, por el nombrado arcediano, encantaba a cuantos le escuchaban; se acordaba de cuanto había leído; todos concurrían a admirar su doctrina, y cada uno deseaba estar junto a él para aprender; y él escuchaba con paciencia a todos, aun cuando estaba siempre ocupado de dar tantos pareceres como fácilmente daba y remitía a Roma".

Fué sin duda otorgado este informe a ruego de algún miembro de la familia u otro interesado. Sólo así se explica que, a los treinta años de fallecido el jesuíta ecuatoriano, monseñor Joaquín Pimienta atestigüe en Tívoli—en documento refrendado por su secretario, sellado por notario público y rodeado de otras precauciones para evidencia de su autenticidad—"ser verdaderísimo" cuanto allí se expresa de más encomiástico. "No sólo lo hemos conocido, dice, mas aun lo hemos tratado familiarmente en todo el tiempo que permaneció aquí." La aseveración es, pues, bastante digna de fe. Aunque aparejada en forma legal, sólo se reduce a información biográfica, y más que todo a ponderación de sus merecimientos. Sólo abarca el último tercio de su existencia, a partir de la llegada a Ferrara, en 1768; e ilustra más bien la parte moral. Prueba cuán honda y vivaz memoria había

dejado de su persona y de su saber este extraordinario "americano de la provincia de Quito en el reyno del Perú", como se lo designa ahí. Herrera conoció este informe; Campos lo reprodujo por entero en su *Galería*; ha sido, pues, la fuente común, y para los años postreros la única, de todos sus biógrafos. "Nada sabemos de sus primeros quince años" declara Cevallos. Gutiérrez no conoció el informe del Arcediano.

Datos inéditos relativos a la época anterior al destierro de la Compañía, hemos conseguido algunos, pero a la verdad insignificantes. Mas no es difícil recomponer, con lo más saliente de las diversas noticias, el trazo entero de la vida de este jesuita.

*

*

*

Sabido es que Juan Bautista Aguirre nació en Daule, y no propiamente en Guayaquil, el 11 de abril de 1725. Fueron sus padres el capitán don Carlos Aguirre y Ponce de Solís (si bien Herrera dice: don Francisco Aguirre) y doña Teresa Carbo y Cerezo, ambos nativos de Guayaquil. Vino temprano a Quito, a hacer sus estudios primeros en el Colegio Seminario de San Luis, y a la edad de 15 años ingresó a la Compañía, el día mismo en que los cumplía, 11 de abril de 1740. Profesó a la edad de 33, en 15 de agosto de 1785. Catedrático de filosofía primeramente, y de teología moral después, ejerció la influencia que hemos anotado, en la Universidad de San Gregorio Magno. Prefecto de la Congregación de San Javier, y desde 1765 socio consultor del provincial de Quito, P. Manosalvas, brilló en todos esos puestos por su ciencia tanto como por su virtud.

Permaneció en Quito más de treinta años. Años de juventud, fueron sin duda los de más ferviente inspiración poética. Sus estudios ni su cátedra nunca pudieron refrenar su fogosidad de imaginación. De fantasía enfática y elegante, la dióvuelo y auge en la predicación, que tanto se prestaba entonces

al ditirambo y al escarceo. De su oratoria tenemos preciosa muestra con la oración fúnebre pronunciada en las exequias del Ilmo. Juan Nieto Polo del Aguila, obispo de Quito. El habérsele designado en ocasión tan solemne es indicio de su fama de orador. Aquel ejercicio retórico, por lo común frío bajo el falso ardor del obligado elogio, cobra en él una fibra, un desembarazo, una rapidez, que están ahí delatando su habitual gusto por el pensar figurado, por la antítesis abundante, y su facilidad de moverse en la abstracción metafórica. Nada de tanteos ni apocamientos: expresión valiente, algo torturada de conceptismo, pero mantenida recta por la frase corta, acelerada y ferviente. Guarda resabios de la época, pero a veces son de lo mejor, como en este balanceo, entre discreto e ingenuo: "Ello era cosa admirable, ver a nuestro ilustrísimo prelado en lo mejor de su edad, navegando en el mar del siglo, como en un golfo de leche, todos los vientos favorables a popa, todas las ondas en bonanza, todas las estrellas en aspecto risueño; mas él, tan superior a su grandeza y a sí mismo, que temía como borrasca la serenidad y como escollos del sosiego las insignias de la fortuna."

Lástima es que no quede otra muestra de esta prosa, c'ausulada como para dicha, enfática todavía aunque poco numerosa, bastante más certera y rápida que la de sus contemporáneos, quienes la envolvían toda en los pliegues del período incómodo y tardo; cuando no la ahogaban en las sinuosidades de un pobre y laborioso alambicamiento. En Italia, quizá no volvió nunca a predicar, por falta de auditorio español.

Sus tratados de filosofía, escritos como están en latín, sobrepasan doblemente nuestro dominio. Los tres volúmenes de que consta su manuscrito latino, no son sino la parte muerta de su enseñanza.

Esta derivó, sin duda su virtud comunicativa, de aquella especie de atmósfera como si dijéramos radio-activa que circunda a personas cuyo prestigio, indiscernible y difuso, no puede condensarse en obras inertes. En el testimonio directo, retrans-

mitido, de los que le oyeron, en las noticias de su influjo, que lo comprueban, hemos adivinado cómo obraba aquélla. Si el doctor Mera del **Nuevo Luciano**, en su propósito anticulterano, vió persistente en los versos y aun en la enseñanza del P. Aguirre el mal hábito que combatía, no por eso deja Espejo de dar a entender la superior manera como el fogoso jesuíta, orientado hacia lo más moderno, era una fuerza de vida en la apagada colonia.

Veámosle ejerciendo en mayores centros, desde que partió, expulsado con los de su orden, el 20 de agosto de 1767.

Hallábase en Quito (González Suárez dice incidentalmente que en Ambato), el día del extrañamiento. Embarcóse en Guayaquil el 8 de octubre del mismo año, en unión de 77 jesuítas más. Llegados a Panamá, al cabo de veinte y cuatro días de navegación a bordo de una mala fragata mercante, llamada **Santa Bárbara**, no fué la menor de las tribulaciones por las que pasaron los desterrados la muerte del provincial, P. Miguel Manosalvas, natural de Ibarra. Alegando que era el fallecido, puesto que expulso, reo de Estado, el gobernador prohibió que doblaran las campanas. Escribióle entonces el P. Aguirre, socio del provincial, "una carta muy discreta", y obtuvo que se permitiese tocar a muerto.

De los jesuítas poetas que iban con él, le cupo hacer en compañía de Orozco y de Andrade la travesía hasta Panamá; y en la de Andrade hasta Cádiz. (Viajaron así juntos el poeta que más tiernamente amó a Quito y el que más lo hirió.) Fué de las más penosas la navegación de Cartagena a la isla de Cuba. "Tuvieron recio temporal a vista de la Jamaica." Dieron fondo en Batávano, y fueron por tierra a La Habana: "montados en caballos muy ruines, caminaron siete leguas de camino montuoso y malo y llegaron con la noche al Bejucal y allí los alojaron." Al P. Aguirre lo alojó en su propio palacio el marqués de San Felipe; y, por más cansado y enfermo, lo detuvo allí mientras sus compañeros, "montados en viles cabalgaduras, entre guar-

días de dragones", prosiguieron hasta La Habana, "y sin entrar en la ciudad fueron conducidos por la bahía al depósito o cárcel del palacio del marqués de Oquendo en Regla, donde (el P. Andrade) experimentó con los demás estrecha reclusión, registros rigurosos, guardas y otras vejaciones sin cuento". El P. Aguirre, con sus compañeros de Quito, y con otros de la Provincia de Lima, partió de La Habana, con rumbo a Cádiz, en la fragata marchante *Venganza*, el 22 de abril de 1768. (1)

De Cádiz fué a Faenza, y de ahí pasó a Rávena, como superior del convento de esa ciudad. Fué nombrado en reemplazo del P. Nieto Polo, aquel a cuyo empeño se debe la primera imprenta llevada por Coronado a la presidencia de Quito, instalada al principio en Ambato y secuestrada en Quito como propiedad de los jesuitas, cuando la expulsión de la orden. El P. Tomás Nieto Polo del Aguila había sucedido como provincial al P. Manosalvas, muerto en Panamá, y Aguirre siguió desempeñando en aquel viaje el cargo de socio.

De Rávena pasó a Ferrara. El P. Ricci, tan llorado poco más tarde por los jesuitas del destierro, y en particular por nuestro Viéscas, le nombró rector del colegio de esta ciudad. El arzobispo de la diócesis le nombró luego examinador sinodal.

El informe del arcediano de Tívoli parte de esta época. "Como sol luciente se manifestó a todos su incomparable doctrina", dice; y aunque la exageración retórica o de complacencia de ciertas alabanzas inspire desconfianza, el testimonio es válido en cuanto al resto. Y aun bajando razonablemente el tono del encomio, bien alto queda el fidedigno elogio, como cuando dice: "Diariamente era buscado (el P. Aguirre, en Ferrara) por las personas doctas, así eclesiásticas como seculares, para oír su dictamen sobre las dudas que tenían en materias filosóficas, dogmáticas y morales."

(1) Los datos de este viaje e itinerario están tomados por el suscrito de la "Historia de la Provincia de Quito" del Padre Velasco, todavía inédita. G. Z.

Extinguida la orden de los jesuitas por la bula **Dominus ac Redemptor** de Clemente XIV (1773), Aguirre anduvo por varios lugares de Italia, hasta que fijó en Roma su residencia, bajo el pontificado de Pío VI. Allí, sea que le precediera la fama adquirida en Ferrara, sea que tuviese desde luego ocasión de mostrar su saber y ejercer su ascendiente personal, ello es que, si hemos de atenernos al citado informe, "los eminentísimos cardenales le buscaban como a teólogo y muchos de éstos se servían de su opinión en las congregaciones del Santo Oficio y de **Propaganda Fide**; de suerte que para satisfacer a la solicitud de todos, jamás salía de su casa por la mañana".

Cinco años continuos permaneció en Roma. Su salud vino muy a menos, y aconsejaronle cambiar de aires. Fué entonces conducido al castillejo de San Gregorio, en las inmediaciones de Tívoli. Allí, como en todas partes, su trato es buscado y su consejo solicitado. El obispo de la diócesis, monseñor Julián Maten Natali lo guardó en palacio como su teólogo. Con entusiasta modestia solía el docto prelado corso repetir los decires de su consultor, y hasta afirmaba que "aprendía más discuriendo una hora con el P. Aguirre, que estudiando un mes". Allí, como en Roma, el capítulo de la ciudad, los eclesiásticos todos y aun los cardenales que moraban en los contornos gustaban en toda ocasión de provocar el parecer del que ya, por más de una vez, se había revelado como casuista de los más brillantes, prontos y sutiles, en época que todavía tenía un flaco por esa casta de ingenios. "Los jesuitas españoles, italianos y portugueses, dice el informe, le miraban como a uno de los más doctos de la Compañía en las disputas teológicas y filosóficas y ocurrían a él y le llamaban para resolver las cuestiones más intrincadas y cedían a su parecer"; resolvía los casos morales "con tanta claridad, que todos quedaban sorprendidos y maravillados".

Fácil es de imaginar la manera cómo este curioso y pulido espíritu, excitado al contacto de hombres de ciencia y posición ilustre, habrá dado de sí todo su resplandor. Consultando li-

bro de que en América había carecido, tomando de labios de autores vivos nuevas doctrinas e interpretaciones, consultado él mismo como una de las mejores autoridades, su nativa riqueza de ingenio se acrecentaba al par de su probada fama. El mismo P. Zacarías —cuyas ideas había seguido Aguirre en Quito a punto de habérsele acusado, según el *Nuevo Luciano*, de imitación y plagio al entonces célebre autor— “no cesaba, hallándose en Tívoli, de consultarle las materias más oscuras, y aseguraba públicamente no haber conocido jesuita más docto” que su antiguo secuaz y discípulo.

Monseñor Gregorio Barnaba Chiaramonti, que catorce años después de muerto el P. Aguirre fué elegido Papa y reinó bajo el nombre de Pío VII, tuvo también largo trato con nuestro compatriota. Sucesor del obispo Natali en la sede de Tívoli, continuó distinguiéndolo, como su predecesor, al P. Aguirre; nombróle asimismo su teólogo consultor, y “a menudo le retenía en su estancia, conferenciando con él largamente”. Elevado a la dignidad cardenalicia el futuro Papa, le sucedió en la sede tiburtina monseñor Manni. No dejó el P. Aguirre de serle acepto como a los demás: dióle este prelado la cátedra de teología moral en el Colegio público.

Reanudó así, al ocaso, la tarea de sus comienzos. Y como de sus primeros años quedó el tratado de filosofía que aun guarda inédito la biblioteca del colegio de los jesuitas de Quito, quedó, hoy tal vez ya mezclado al polvo de la antigua Tibur, un **Tratado Polémico Dogmático**, fruto de sus colmados años postreros.

Murió en Tívoli, a los 61 años de edad, el 15 de junio del 1786. Fué enterrado en la iglesia de los jesuitas.

La santidad de su vida parece haber sido ejemplar, y en los últimos tiempos, llevada a excesos: encontrósele metido en la carne anciana un tenaz cilicio.

*
* *
*

LOS MANUSCRITOS

Según se lee en el informe del arcediano de Tívoli, el P. Aguirre deseaba publicar su **Tratado Polémico Dogmático**. Mas sobrevino la grave enfermedad de seis meses que lo llevó al sepulcro.

Texto de su enseñanza en el colegio de Tívoli, esta obra, de mayor momento, compuesta a lo largo de su vida, y muy especialmente acaso en los años de estudio y consulta que pasó en Roma antes de venir a convalecer del primer quebranto de su salud, debió de ser un tratado más importante, con mucho, que el compuesto en Quito.

Hemos dicho que éste permanece inédito, en la biblioteca de nuestro colegio de los jesuitas: escrito en latín, consta de tres tomos: **De Lógica, De Physica, De Metaphysica**.

Del **Tratado Polémico Dogmático**, Cevallos afirma que ninguna copia fué al Ecuador. Tampoco he hallado rastro en otras partes. Ni hubo otro ejemplar quizás que el manuscrito, autógrafa sin duda, que el autor tuvo entre manos antes de morir, cuando deseaba darlo a luz. Si es que aun existe, acaso yazga ignorado en algún convento de jesuitas, en Italia misma más probablemente.

A estas dos obras se reducen sin duda todos los escritos filosóficos del P. Aguirre.

Del **Poema heroico sobre las acciones y vida de S. Ignacio**, podemos asegurar que quedó inconcluso, no sólo porque Espejo al hablar de él no dice sino que Aguirre escribió "un pedazo de poema", mas también porque el poeta mismo advirtió, en nota marginal a un manuscrito de que hablaremos luego, que no lo terminó "por no tener gana ni tiempo".

Molestina cree que no ha quedado de tal poema sino la descripción del Monserrate. Y González Suárez expresa—en breve nota al pie de los versos insertos en *El Nuevo Luciano de Quito*, editado bajo su dirección—que “este fragmento es el único que se conserva del poema de San Ignacio; y por cierto, añade, no hay por qué deplorar que se haya perdido todo lo demás”. Alguien me ha aseverado, sin embargo, que el manuscrito del poeta es bastante extenso y que existe en Quito todavía inédito. Acaso este manuscrito, que me ha sido descrito como de la época, sea el mismo que Espejo debió de hallar en la biblioteca de los jesuitas encomendada a su cuidado después de la expulsión de la orden.

Que este manuscrito, el original sin duda, contenía o contiene algún trozo o trozos más, fuera del transcrito por Espejo como muestra de culteranismo (y reproducido por nosotros íntegramente), se desprende de la serie de epítetos por él citados para excitar la risa, pues no todos están en el trozo aquel.

En cuanto a sus composiciones varias, sólo se han conocido en el Ecuador fragmentos de la mencionada epístola joco-seria comúnmente publicada en dos partes, la referente a Guayaquil separada de la referente a Quito.

En la tradición oral nos ha llegado apenas uno que otro chiste, resto de algún epigrama hace tiempo desfigurado e incierto.

Y esto ha sido todo. Lo demás, hase dado por perdido sin remedio. Creían todos que sus poesías se perdieron inéditas en el destierro; o que se han quedado, acaso, como aquel tratado de polémica dogmática, traspapeladas en algún archivo de los jesuitas, allá en Italia. Sommervogel no trae otros datos. El diccionario inédito de Alcedo no nombra al P. Aguirre.

Pero podemos afirmar que los autógrafos mismos existieron en el Ecuador. Los vió Juan María Gutiérrez, “en poder de una persona curiosa, como él dice sin nombrarla, avecindada en Guayaquil”. “El manuscrito, añade, describiéndolo con alguna

precisión, forma un volumen in-4º, de 140 folios completos, con este título: *Versos Castellanos, Obras Juveniles, Misceláneas.*"

¿Fué algún cuaderno de poesías anterior a la expulsión y dejado por el mismo Aguirre en manos de algún pariente o paisano, al pasar por Guayaquil antes de embarcarse? Nos inclinamos a creer que el autor no se lo llevó consigo, tanto más que no tuvo, sin duda, tiempo ni ánimo de preocuparse, entre los azares del imprevisto destierro, de la suerte de "obras juveniles" a las que no daba, seguramente, por su misma condición y estado, mayor importancia. Ni pensó entonces en ellas, probablemente, pues habría preferido no desprenderse de esos manuscritos originales, llenos todavía, según refiere Gutiérrez, de variantes y correcciones, y aun no sacados en limpio por lo tanto; pues, de estarlo, y de querer dejar las muestras de su ingenio, habría dejado esta supuesta copia, que no los borradores.

¿Se los llevó consigo, y fué devuelto a Guayaquil este cuaderno, único y autógrafo, después de muerto el jesuita? Es lo menos probable: no hay rastro de alguien que lo hubiera recuperado en Tívoli y traído a Guayaquil.

Sin embargo, un amigo guayaquileño a quien conté en París de mi búsqueda, interesándole a que me ayudara, díjome saber que existe en Guayaquil un expedientillo, hecho a principios del siglo pasado por el doctor Jacinto de Aguirre y Cepeda, posteriormente vicario de esa diócesis, con el objeto de probar su parentesco con el P. Aguirre y obtener, a título de pariente, los originales dejados por el difunto. Obtúvolos en efecto, a lo que parece; mas se ignora cómo, y la persona a quien debo este dato, no sabe qué suerte cupo a los papeles así obtenidos.

El eclesiástico en referencia es acaso el mismo a que alude Gutiérrez cuando dice que "Pío VI, reconocido a la memoria del profesor guayaquileño, dispensó gracias y recompensas a un sacerdote de la familia Aguirre que residía en Guayaquil y existió hasta por los años de 1826." Si bien Pío VI conoció probablemente, por lo menos de nombre, al P. Aguirre, pues pasó éste en

Roma, bajo su pontificado, los cinco años de estudios y de consultas más celebrados en el informe del arcediano, creemos que Gutiérrez incurre en confusión o fué inducido en error, cuando atribuye a este Pontífice esas distinciones. Se trata más seguramente de Pío VII, quien, cuando obispo de Tívoli, tuvo a Aguirre a su lado en calidad de teólogo consultor. Fué más bien durante este pontificado (1800-1832) cuando el sacerdote en cuestión pudo proporcionar al antiguo obispo tiburtino, monseñor Barnaba Chiaramonti, la oportunidad de acordarse del compañero a quien "solía retener en su propia cámara, en largas conferencias", de las que Aguirre decía, si hemos de dar crédito al informe, "mientras hablo, el obispo me estudia". Salvado este error, los dos datos concuerdan suficientemente.

Fueron esos originales, probablemente, los que vió Gutiérrez "en poder de una persona curiosa avecindada en Guayaquil". "El manuscrito, dice él mismo, que tiene toda la apariencia de autógrafo, por las variantes y correcciones que en él se notan y que no pueden provenir sino del autor, contiene copias duplicadas de unos mismos versos, composiciones a medio hacer, como por ejemplo un **Poema Heroico a San Ignacio de Loyola**, en silva, que no quiso concluir el autor".

¿Fué esta misma colección la que Molestina recordaba haber visto en poder de su padre? "Hace más de veinte años, dice en 1868, se proponía mi padre enviar a los Editores de la **América Poética**, una colección de copiosos manuscritos que contenían las mejores composiciones del P. Aguirre; pero un amigo a quien se la prestó la ha perdido". Quizás ésta fuese sólo una copia de poesías escogidas: del objeto a que se quería hacerla servir se presumiría que fué más bien una selección ya sacada en limpio; no iba el señor Molestina padre a mandar al extranjero el original autógrafo, lleno, según sabemos, "de variantes y correcciones". Mal pudo ser tan ingenuo que creyese mejor confiar toda esa "colección de copiosos manuscritos" "a los Editores" de esa antología a fin de que ellos, tenidos por más competentes, pudie-



sen escoger a su gusto. Las palabras de Gutiérrez, al decir incidentalmente que tenía "a la vista una copia del libro manuscrito", no podrían interpretarse como indicando que la copia fué tomada por él de esa selección, sino del cuaderno original autógrafa, que él describe.

Como quiera que sea, autógrafos y copia, lo uno y lo otro, ha tiempo que se dieron por perdidos y nadie esperaba ya hallarlos. Además, de Mera a nuestros días había aumentado la displicente tendencia mostrada por González Suárez, a consolar-nos de la desaparición de piezas reputadas de antemano por otras tantas extravagancias gongóricas de la época. "En el fondo escribió alguien, no ha mucho, hablando de toda nuestra literatura colonial desaparecida, nada habrán valido esos vestigios literarios, de resonancia sólo en los conventos o en el reducido campo de la familia . . . ¿Irreverencia?—exclama—: no puede haberla con los cachivaches."

Felizmente para nosotros, hombre tan inteligente como Gutiérrez no lo pensó así, y no sólo guardó como curiosidad para entretenimiento suyo la copia de las poesías del P. Aguirre, sino que en gran parte las publicó intercalándolas y glosándolas en uno de sus *Estudios biográficos y críticos*. (Buenos Aires, 1865) (1).

De este libro contadas personas tienen, a lo que supongo, conocimiento, y en el Ecuador, puede ser que ninguna. Ignoro, por lo menos, que alguien haya hablado de él. No lo hicieron los que estaban más que nadie llamados a conocerlo y aprovecharlo: Mera y Molestina. Ambos publicaron sus libros, resultado de largo trabajo y alguna investigación, en 1868, y el de Gutiérrez es de 1865. Que no lo conociesen se explica fácilmente: la edición, hecha en Buenos Aires, ciudad hasta ahora casi incomunicada con el Ecuador, fué "tirada a corto número de ejemplares",

(1) Primeramente en la "Revista del Río de la Plata".

según reza su misma portada. Tal vez no fué puesto en venta, ni vino ningún ejemplar a manos de quien nos diese cuenta de su contenido. De conocerlo, ¡con qué placer lo hubiese celebrado Mera!

Lo que para nosotros vuelve inestimable el trabajo de Gutiérrez no es, a la verdad, su valor como estudio crítico, ni las noticias biográficas—pocas, vagas (que el autor declara haberlas obtenido “del Sr. D. José J. Olmedo, en carta confidencial escrita de su puño y letra”)—sino el número de composiciones que ahí da a luz por primera, y, hasta la presente, creo que única vez. No están ahí todas, ni todas están enteras. Mas las quince piezas de antología que ahí aparecen, nos alegraron como imprevisa restitución o feliz hallazgo, tanto como nos sorprendieron con inesperadas bellezas.

Vaya aquí el párrafo pertinente de la carta de Olmedo, a que se refiere Gutiérrez. Fechada en Lima el 2 de agosto de 1846, le dice: “Otro poeta quizás más célebre que éstos (Pedro Peralta y el Padre Delso, limeños) era un Padre Aguirre guayaquileño, de la Compañía de Jesús. Se recitan, y conservan en la memoria algunos aficionados, muchos versos de este padre que se distinguió después mucho en Roma. Su memoria duraba allí con mucho aprecio aun en tiempos de Pío VI, que parece fué su discípulo: este Papa, sabiendo que la familia del maestro existía en Guayaquil y que en ella había un eclesiástico, le mandó oficiosamente un título o condecoración con la que yo le conocí ahora veinte años”.

Gutiérrez estuvo sin duda en Guayaquil, donde un hermano suyo, Don Juan Antonio Gutiérrez, ejercía de Cónsul de Chile y de la Argentina. Este Don Juan Antonio, según me he informado, después de algunas calamidades, hizo fortuna en Guayaquil, pero la perdió luego; y hasta vió no sólo turbada su tranquilidad, sino amenazada su seguridad cuando el fusilamiento de Santiago Viola, a quien sin duda pretendió amparar. Don Juan Antonio compartía con este compatriota suyo un mismo

odio a Rosas. No fué sólo por manifestaciones nacionalistas de este odio por lo que García Moreno le cobró ojeriza al abogado argentino. Las había extendido éste a la política ecuatoriana. Don Juan Antonio murió en Guayaquil el 6 de diciembre del 65, año en que Don Juan María publicó su libro sobre los poetas anteriores al siglo XIX.—Si Don Juan María no sacó él mismo en Guayaquil la copia tantas veces mencionada, se la pudo mandar su hermano. La copia de Gutiérrez es de una sola letra, que me pareció ser la suya propia.

Del título: **Versos castellanos, Obras juveniles, Misceláneas**, pudiera inferirse que tal vez compuso Aguirre y los coleccionó aparte, versos en latín, y acaso en italiano como casi todos los poetas compañeros suyos en el destierro. En cuanto a lo de las obras juveniles, no sabemos si lo son todas; tan sólo tres a lo que parece, son de fecha colegible por el motivo que las inspiró: unas **liras** en un certamen de la Pichinchense, una elegía a la muerte de Felipe V y otra por el terremoto que afligió a Lima en 1747: tenía pues el poeta 21 y 22 años a la época de estas dos composiciones que Gutiérrez no hace sino mentar, como no hace sino glosar la primera, dando de muestra pocas estrofas, extraordinarias de audacia lírica, que hacían deplorar particularmente la falta de las demás.

“No es poco caprichoso destino, dice Gutiérrez en 1865, hablando de la suerte de ese manuscrito, venir a ver la luz pública, a los ciento veinte años, cuando menos, después de escrito, y en una de las ciudades americanas más apartadas de aquella en donde nació el autor y en donde éste ensayó el talento poético que ha rescatado su nombre del olvido.”

Rescate por desgracia insuficiente, redención de corta virtud. Deseando nosotros sacarlo a nueva luz y por entero, en reparación, más que del silencio, del vano ruido jocoso que acompañaba a su nombre en triste supervivencia, nos propusimos hacer lo posible por conseguir una copia, o siquiera alguna noticia, del manuscrito que sirvió a Gutiérrez.

Sabiendo que los papeles y la biblioteca del escritor argentino fueron adquiridos por el gobierno de su país, y depositados en la Biblioteca del Congreso Nacional, Ventura García Calderón tuvo la amabilidad de escribir por mí a un amigo suyo, el más apropiado a la búsqueda. Recibió en respuesta una carta en que se le decía lo inútil de la rebusca. "No hallé, le escribe el señor J. Noé, los versos que Gutiérrez dice tuvo en sus manos, y sí solamente, los manuscritos de su monografía. En el catálogo especial de la colección Gutiérrez, no hay otra indicación orientadora. ¡Vaya usted a saber de quién era ese cuaderno de versos!"

No le dimos entonces por perdido irremediablemente. Mientras tanto, nos apresuramos en devolver a los lectores ecuatorianos, siquiera las poesías que el argentino tuvo a bien insertar en su parvo estudio.

Prefirió su revelador entrecortarlas o parafrasearlas: era su derecho; pero con ello nos había privado de estrofas y de poesías enteras, acaso no menos bellas por no haber sido más de su gusto.

*

* *

Preciso era no desmayar en la busca del resto. Y con la esperanza de hallarlo, anticipé por lo menos, a mis compatriotas ese mi primer descubrimiento de un gran poeta nuestro en el ignorado librito de Gutiérrez.

Este para nosotros tan preciado libro, hallábase en el inmenso "Fonds Angrand" de la Biblioteca Nacional de París. Dí con él por casualidad, buscando otra cosa. Fué para mí revelación y asombro lo contenido en esas breves páginas de Gutiérrez sobre nuestro Padre Juan Bautista Aguirre.

Así fué como en 1917, envié de París a la revista de la Sociedad Jurídico-Literaria este mismo ensayo que ahora, apenas,

ampliado en lo tocante al posterior hallazgo, sirve de prólogo a lo que anunciaba desde entonces mi presagio, por fin logrado. Ese mi parcial hallazgo divulgado entre los pocos lectores de nuestra revista para mí de grata recordación a lo lejos, no suscitó eco, ni fué acotado por nadie, ni despertó, que yo sepa, la curiosidad de buscar en Guayaquil lo que pudiera allí encontrarse. (Publicar algo en la quiteña revista equivalía a quedar apenas un poco menos que inédito; esta vez fué, para el poeta resucitado, como un entierro de tercera, sin flores ni coronas). Pero siquiera así, reapareció en letras de molde la revelación de la estupenda **Carta a Lizardo** y de unas cuantas estrofas radiosas. Ahora va aquí todo lo que se ha podido hallar.

*

*

*

En febrero de 1937,—a los veinte años de publicado mi estudio sobre el P. Aguirre basado en las composiciones que traía a luz el ensayo de Gutiérrez,—pude, por fin, pasar por Buenos Aires en busca de los originales de que se sirvió el erudito argentino. El archivo de Gutiérrez había sido, en efecto, depositado en la Biblioteca del Congreso Nacional argentino. Estaba a cargo del señor Felipe Lavalle. Muy amablemente este fino caballero se sirvió ayudarme en la búsqueda. Los papeles de Gutiérrez no estaban aún ordenados ni clasificados. Costó trabajar con los que buscábamos. Mas la suerte nos fué propicia y recuperamos el pequeño tesoro que parecía perdido.

Una cuidadosa copia me fué luego remitida a Lima, y el mismo señor Lavalle absolvió dudas mías sobre algunas diferencias entre la copia y el texto de lo reproducido por Gutiérrez, quien, por ejemplo, había puesto por ahí "cama" en vez de "catre", que era el vocablo de su propia copia manuscrita tomada directamente del original.

Del cuaderno autógrafo, que Gutiérrez dice haber tenido en sus manos, tomándolo de manos de un "joven José M. Avilés",—según se infiere de un vago apunte incidental puesto en uno de sus borradores, Gutiérrez dejó sin copiar, como lo anota al final de su copia, un **Poema heroico a San Ignacio de Loyola**, en silva (aquel que a su vez, Aguirre, no quiso terminar "por falta de gana y de tiempo" según propia anotación del poeta en el original).

Omitió también la copia de unas "**Octavas a la muerte de Felipe V**", de varios epigramas latinos con la traducción española, de varias composiciones amorosas, y de otras satíricas de mera circunstancia".

El resto, digno es de aparecer por entero en esta edición que podemos llamar la más completa posible hasta el día de hoy. Acabo de confrontar, el mes pasado, en el Archivo de Gutiérrez, ya catalogado, la copia que hice sacar en 1937 a mi paso por Buenos Aires, con la propia primitiva copia de los autógrafos de Guayaquil.—¿Qué paradero habrán tenido éstos, que no están en el Archivo? El antologista argentino se contentó con la copia textual de los mismos.

Habent sua fata libelli, escribió Don Juan María a propósito de estos papeles. El destino ha querido favorecerme a su turno en mi porfiada búsqueda. La emprendí gustoso en tributo a la tierra natal del poeta y, conjuntamente, al mayor lustre de su malquerida Quito, cuyos antiguos claustros, no tan escasos de luces fueron en la colonia, ya que en su obscuridad prendió tan fogosa esta inteligencia que aun arde.

*

*

*

Ornato y decoro de esta "Colección de Clásicos ecuatorianos", cuyo venerable desfile preside como más antiguo el admirable Fray Gaspar de Villarreal, son estas poesías de Aguirre.

inéditas las más, constituyen, para esta edición oficial, una primicia de inagotable regalo y virtud.

Si mi primer estudio, de hace 25 años, en la modesta revista quiteña, pasó casi inadvertido, su reproducción en la valiosa "Revista de las Indias", de Bogotá, llamó ya la curiosidad de más vasto círculo de lectores, en todo el continente.

El mundo de habla hispana en su integridad bien puede remirarse ufano en este desconocido que ahora se alza por sí solo a instaurar aquí su gloria de gran poeta.

París, 1917—Bogotá, 1942.

Gonzalo ZALDUMBIDE.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Ha logrado el Sr. Gonzalo Zaldumbide la dicha y honra más grande a que puede aspirar un crítico: ha descubierto en el cielo de nuestra Colonia el astro de genuina magnitud y brillantez, por el que el Ecuador cobra desde hoy derecho para figurar honrosamente en la literatura colonial americana. Con esta edición primera, aunque todavía fragmentaria de las poesías del jesuita dauleño, queda asentado que, entre los muchos versificadores de la antigua Presidencia de Quito, surgió por lo menos un poeta, y un gran poeta: Aguirre.

A los datos precisos acumulados por el Sr. Zaldumbide en el prólogo, acerca de las piezas poéticas de Aguirre, cabe añadir una última indicacioncilla. De las 21 composiciones publicadas en esta edición, 17 pertenecen al acervo salvado por don Juan María Gutiérrez; el fragmento del Monserrate, lo debemos al Luciano de Espejo; las décimas contra Quito proceden del texto conservado por Cevallos y Mera. Quedan dos brevísimos fragmentos que hallo citados en el n. 22, de 11 de Diciembre de 1845, del semanario quiteño *El Ecuatoriano*, en un artículo anónimo reproducido por Mons. Manuel María Pólit Laso en las *Memorias de la Academia Ecuatoriana* (Segunda Serie, Entrega Sexta, pp. 288-290, Diciembre de 1926). Atribuye Mons. Pólit este artículo a un Sr. Santur Urrutia, "joven perua-

no, —dice— muy estudioso y dedicado a las letras, en aquel entonces alumno de nuestra Universidad, condiscípulo y amigo de García Moreno". De los 5 fragmentos de versos de Aguirre, que cita para corroborar su crítica, solos 2 son nuevos, pues los otros 3 pertenecen a composiciones hoy publicadas íntegramente. Lo importante es que el autor habla de haber tenido en las manos, y al parecer en Quito, el manuscrito de las poesías inéditas de Aguirre (o una copia de él), el año de 1845. Es un testimonio más, independiente del de Gutiérrez y del de Moles-tina, que confirma la existencia de dicho precioso manuscrito, que no hay que desesperar de hallar entero en nuestra patria.

Pero en esta Nota debo ocuparme de las obras en prosa del P. Juan Bautista de Aguirre. La única que conocidamente corrió en letras de molde durante la Colonia fué su **Oración fúnebre** del Ilmo. Sr. D. Juan Nieto Polo del Aguila. Este folleto rarísimo tiene el mérito particular de ser la primera publicación impresa en la ciudad de Quito, año de 1760, (pues la Oración fúnebre predicada en las propias exequias del Sr. Polo por el P. Pedro Joseph Milanés, el año anterior de 1759, todavía se imprimió "en la Villa de Hambato"). La de Aguirre, que se pronunció en las exequias de cabo de año, se reproduce ahora entera por primera vez, pues Herrera en su **Antología de Prosistas Ecuatorianos** limitó la transcripción al exordio.

Para esta edición de la **Colección de Clásicos Ecuatorianos**, una casualidad feliz ha permitido la identificación de otra preciosa pieza oratoria de Aguirre. Consultando la gran obra en cinco tomos del P. José Eugenio de Uriarte, S. I.: **Catálogo razonado de Obras Anónimas y Seudónimas de Autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia Española** (Madrid, 1904-1916), en el T. III, pp. 72-73, art. 3810, hallé atribuída, con duda, al P. Juan Bautista de Aguirre la **Carta Pastoral** del Ilmo. Sr. D. Juan Nieto Polo del Aguila acerca del terremoto de Latacunga de 1757. Que esta "Carta Pastoral" haya sido redactada por el P. Aguirre, "parece debe colegirse

—dice el P. Uriarte—de un papelito del P. Pedro Berroeta (existente en el Archivo de la Residencia de Madrid), en que pone la lista de varios libros que traía consigo de Italia, tanto impresos como manuscritos, y entre los impresos registra la presente "**Carta Pastoral del Sr. Polo (por Aguirre)**", dando a entender que fué él quien la escribió".

Con este dato traté de hallar dicho impreso en Quito. Di con él en la Biblioteca del Sr. D. Jacinto Jijón y Caamaño, quien benévolamente puso el ejemplar a mi disposición,—ejemplar quizás único que se conserve. En él encontré al punto la confirmación explícita de la afirmación del P. Berroeta, pues al pie de la portada del ejemplar del Sr. Jijón se lee, de tinta y letra del siglo XVIII, la inscripción siguiente: "**Su Author el P. Juan Bauta. de Aguirre**". Revisado luego acuciosamente página por página el folleto, comprobé que, con las solas excepciones de las páginas 3, 8 y 12, todas las demás llevaban correcciones manuscritas, de la misma mano, correcciones, no de meras erratas tipográficas, sino varias de ellas de sentido. Para acabar de dar luz en el asunto, al final, en la página blanca de guarda, se lee, de letra también antigua pero claramente posterior, en tres líneas el dato siguiente: "**Este libro me lo regaló mi tía D^a. Francisca Mendiola, en Daule, el año de 1834**".

Ahora bien, Dña. Francisca de Mendiola Fernández Caballero era la sexta hija del Capitán Dn. Gerónimo de Mendiola y Obregón, cuñado del P. Aguirre, casado con Dña. María Ventura Fernández Caballero y Carbo, hermana de madre del P. Aguirre. (1) Por consiguiente el ejemplar de la Biblioteca del Sr. Jijón perteneció a una sobrina del poeta y orador dauleño.

Con esto todo queda esclarecido satisfactoriamente. El Padre mandaría aquel ejemplar de la **Pastoral** a su hermanastra,

(1) Datos sacados de la obra del Sr. D. Pedro Robles y Chambers: *Contribución para el estudio de la sociedad colonial de Guayaquil*, 1938; pp. 2 y 373.

Dña. María Ventura, avisándole, con confianza de hermano, que la Carta del Obispo había sido redactada por él. A corroborar esta conclusión nos llevan una serie de pequeños datos convergentes: la amistad del gran Obispo de Quito con el P. Aguirre, que hace perfectamente verosímil que le pidiera la redacción de una Carta Pastoral que había de escribirse apresuradamente; el título mismo del escrito, que no dice: Carta Pastoral del Ilmo. Sr. . . . , sino: **Carta Pastoral que hizo leer el Ilmo. Sr. D. D. Juan Nieto Polo del Aguila . . .**; las oportunas correcciones manuscritas, afán típico de todo autor en defensa del propio texto; por fin, el estilo de la Pastoral, en el que la crítica interna obviamente reconoce la pluma del P. Aguirre, que, aunque refrenada por la medida que corresponde a un documento oficial, es claramente la misma que campea en la Oración fúnebre del insigne Prelado. ¿No traiciona, en efecto, la mano del fino poeta este solo rasgo con que pinta la sagrada Eucaristía?: "Allí está reducida a un breve círculo de nieve, para ser el blanco de nuestra fe, aquella inmensa Majestad, para quien es corto el ámbito de los cielos"

La conveniencia de todos estos indicios con la afirmación escueta del P. Pedro Berroeta, contemporáneo de Aguirre, justifican con certeza moral la atribución a éste último de la **Carta Pastoral**, única conocida, del Ilmo. Sr. D. Juan Nieto Polo. Esta certeza moral se hubiera convertido en evidencia si se hubiese podido identificar como del P. Aguirre la letra de las inscripciones del ejemplar del Sr. Jijón; por desgracia no he podido hallar en el Archivo del Colegio de la Compañía de Quito un solo documento de puño y letra del Padre que permita la comparación. Así y todo, no creo pueda caber duda de que poseemos en esta Carta una segunda muestra auténtica de la gallarda prosa oratoria del eximio poeta.

Todas las demás producciones que se conservan del P. Aguirre están escritas en latín. Para dar al lector contemporáneo por lo menos una vislumbre de este aspecto de su personalidad,

incluimos en esta edición, como apéndice, algunos fragmentos traducidos de sus tratados filosóficos de **Física y Metafísica**. Del primero reproducimos además el texto original latino del **Proemio**, que basta para desacreditar, ante quien pueda juzgar de latinidad, las malignidades de Espejo en la **Conversación Segunda del Luciano**.

Terminamos esta Nota con una reseña bibliográfica de Aguirre, lo más completa que es actualmente posible.

OBRAS IMPRESAS anteriores a esta edición:

1. 1757. Carta pastoral / Que hizo leer el Ilustrissimo Señor / D. D. Juan Nieto / Polo del Aguila / Obispo dignissimo de esta Diocesi, en / su Iglesia Cathedral de Quito el dia 13, de Marzo de / este presente año de 1757, con ocasión del / terremoto, y desolación de Latacunga: / y dirige á todo el Clero, y Pueblo de su Obispado, ex- / hortandolos á una Communion general para aplacar la Divina Justicia / (18 páginas) Sin fecha ni lugar.
2. 1760. Oración / funebre / predicada / en las solemnes exequias / Que al cabo de Año se hicieron á la feliz Memoria / del Ilmo Señor Doctor / D. Juan Nieto / Polo del Aguila, / obispo / de la ciudad de Quito / En su Iglesia Cathedral el dia 17, de Marzo, de 1760. / Por el R. P. Juan Bautista de Aguirre, / De la Compañía de Jesus, Cathedratico que fue de Filosofia, / y actualmente de Theologia en la Real Universidad de S. Gregorio Magno de Quito. / Dado a Luz / El Sr. Dr. Don Juan Gregorio Freire, Secre- / rio que fue en los dos Obispados de Sta Martha, y Quito del / Ilustr. Principe difunto, y Canonigo de la Sta. Iglesia Cathedral de esta Ciudad. / Con las Licencias necessa-

rias. Impresso en Quito, / Año de 1760. (VIII sin paginación + 30 páginas). Preceden a la Oración fúnebre las Aprobaciones "del Dr. Don Miguel Garzia Castrillon, Prebendado de esta Santa Iglesia Cathedral" y "del M.R.P.Mro. Fr. Juan Luzero, del Orden de N.G.P.S. Agustin".

(Reproducido el exordio en *Antología de Prosistas Ecuatorianos*, 1895, T. I, pp. 289-294).

3. 1860. Fragmento del Poema sobre las acciones y vida de San Ignacio. Descripción de Monserate. Pablo Herrera, **Ensayo sobre la Historia de la Literatura Ecuatoriana**, Quito, 1860, p. 99. (Este fragmento se publicó entero por vez primera en la edición de los **Escritos de Espejo** hecha por el Ilmo. Sr. González Suárez, 1912, T. I., pp. 299-300).
4. 1861. Décimas a Guayaquil y Quito. Pedro Fermín Cevallos. Ecuatorianos ilustres: El P. Juan Bautista Aguirre. **El Iris**, Noviembre 5 de 1861, Entrega 8ª pp. 122-125. (Reproducidas en la *Antología Ecuatoriana. Poetas*, 1892, pp. 4-11).
5. 1895. Fragmentos traducidos al castellano de la Disputa III de la FISICA y de la Disputa II de la ONTOLOGIA o METAFISICA. Pablo Herrera. **Antología de Prosistas Ecuatorianos**, 1895, T. I, pp. 282-289.

OBRAS INEDITAS que se conservan:

6. 1757. Physica / ad Aristotelis mentem / Auctore / P. Ioanne Baptista / de / Aguirre / Societatis Jesu / Audiente Philippo Maria / Raimer / ejusdem Societatis. / Quito / MDCCVII. (337 páginas). Pertenece al Archivo del Colegio de la Compañía de Jesús de Quito.

(Todos los datos que siguen se consignan, sin comprobación directa, de la obra **Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España, desde sus orígenes hasta el año de 1773 por los Padres José Eug. de Uriarte y Mariano Lecina de la misma Compañía.** Madrid, 1925. Parte I, Tomo I, pp. 58-59).

7. Pars III in Metaphysicam. En 4º, 108 hs. (En Quito.)
8. Logica minor, sive Summulae. En 4º, 225 hs. (ibid.)
9. 1756-1758. Otro ejemplar de la misma obra triple:
Cursus Philosophicus. Pars I in Logicam. Pars II in Physicam. Pars III in Metaphysicam. Auctore R. P. Joanne Bapt. De Aguirre S. J. meritissimo in hac Gregoriana Quitensi Vniuersitate Philosophiae Professore Inchoavit Quiti, die 20 Oct. ann. Dni 1756.—die 19 Oct. ann. 1757.—die 19 Oct. anni 1758. (3 Tomos en 4º, de hs. 150 + 2 de prels. e ind; 175 + 5 de prels. e ind.; 109 + 3 de prels. e ind.) (Madrid, Biblioteca de la Historia).
10. 1761. Tractatus Theologicus-Canonicus de Contractibus, Auctore R. P. Joanne Baptista de Aguirre. 1761. En 4º, 168 hs. (Quito. Biblioteca Nacional).

OBRAS INEDITAS de que hay noticia:

11. De Theologicis rebus Tractatus complures. (En especial Tractatus De Institia et Iure).
12. Contra puros Deistas Tractatus Theologicus-Philosophicus.

13. Tratado de polémica teológica.
14. Resolutionum publicarum casuum moralium Tibure....
15. Colección de sermones varios, panegíricos y morales.
16. Colección de poesías latinas, españolas e italianas.
17. De Cultu Sanctissimi Cordis Jesu Diatribae tres:
I. Critica, in qua Cultus Sacratissimi cordis et Dissertationis Commonitoriae Camilli Blasii breve specimen exhibetur; II. Theologica, de adoratione Sacratissimo Cordi debita deque festo eidem Cordi ab Ecclesia Catholica concesso; III. Apologetica, in qua cuncta sophismata et technae quas adversum Sacratissimi Cordis cultum ejusque antiquitatem et originem congessit Blasius, explicantur et funditus evertuntur.

Quiera Dios se pueda recobrar algún día tanto tesoro, y tengamos la satisfacción y el orgullo de ver al P. Juan Bautista de Aguirre encumbrado al puesto de honor que merece entre todos los hombres de ciencia y de arte de la Colonia.

AURELIO ESPINOSA POLIT, S. I. ✓

*Versos Castellanos, Obras Juveniles,
Miscelánea*

A U N A T O R T O L A

QUE LLORABA LA AUSENCIA DE SU AMANTE

¿Por qué, tórtola, en cítara doliente
haces que el aire gima con tu canto?
Si alivios buscas en ajeno llanto
mi dolor te lo ofrece; aquí detente.

Al verte sola de tu amante ausente,
publicas triste en ayes tu quebranto;
yo también ¡ay dolor! suspiro tanto
por no poder gozar mi bien presente.

Pero cese ya, oh tórtola, el gemido,
que aunque es inmenso tu infeliz desvelo,
mayor sin duda mi tormento ha sido,

pues tú perdiste un terrenal consuelo
en tu consorte, pero yo he perdido
en mi adorado bien la luz del cielo.

A UNA ROSA

SONETOS

I

*En catre de esmeraldas nace altiva
la bella rosa, vanidad de Flora,
y cuanto en perlas le bebió a la aurora
cobra en rubís del sol la luz activa.*

*De nacarado incendio es llama viva
que al prado ilustra en fe de que la adora;
la luz la enciende, el sol sus hojas dora
con bello nácar de que al fin la priva.*

*Rosas, escarmentad: no presurosas
anheléis a este ardor; que si autoriza,
aniquila también el sol ¡oh rosas!*

*Naced y vivid lentas; no en la prisa
os consumáis, floridas mariposas,
que es anhelar arder, buscar ceniza.*

II

*De púrpura vestida ha madrugado
con presunción de sol la rosa bella,
siendo sólo una luz, purpúrea huella
del matutino pie de astro nevado.*

*Más y más se enrojece con cuidado
de brillar más que la encendió su estrella,
y esto la eclipsa, sin ser ya centella
la que goño de luz inundó al prado.*

*¿No te bastaba, oh rosa, tu hermosura?
Pague eclipsada, pues, tu gentileza
el mendigarle al sol la llama pura;*

*y escarmiente la humana en tu belleza,
que si el nativo resplandor se apura,
la que luz deslumbró para en pavesa.*

SONETO MORAL

No tienes ya del tiempo malogrado
en el prolijo afán de tus pasiones,
sino una sombra, envuelta en confusiones,
que imprime en tu memoria tu pecado.

Pasó el deleite, el tiempo arrebatado
aun su imagen borró; las desazones
de tu inquieta conciencia son pensiones
que has de pagar perpetuas al cuidado.

Mas si el tiempo dejó para tu daño
su huella errante, y sombras al olvido
del que fué gusto y hoy te sobresalta,

para el futuro estudia el desengaño
en la imagen del tiempo que has vivido,
que ella dirá lo poco que te falta.

SONETO MORAL

*¡Basta ya, pecador! No tu malicia
ejercite más tiempo mi paciencia:
harto lugar te da a la penitencia
mi bondad despreciada por propicia.*

*Hoy mi amor con ternura te acaricia,
hoy disimula y sufre tu insolencia;
mas podrá ser que en breve esta clemencia
se convierta en rigores de justicia.*

*Ea, no tardes más en el pecado;
y si al ver del castigo la tardanza
hoy mi misma paciencia te ha obstinado,*

*adviertan tu descuido y confianza
que, mientras más retiro el brazo airado,
voy doblando el impulso a la venganza.*

CARTA A LIZARDO

PERSUADIENDOLE QUE TODO LO NACIDO MUERE
DOS VECES PARA ACERTAR A MORIR UNA

¡Ay, Lizardo querido!
si feliz muerte conseguir esperas,
es justo que advertido,
pues naciste una vez, dos veces mueras;
así las plantas, brutos y aves lo hacen:
dos veces mueren y una sola nacen.

Entre catres de armiño
tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace:
¡Ay flor marchita! ¡ay azucena triste!
dos veces muerta si una vez naciste.

Pálida a la mañana,
antes que el sol su bello nácar rompa,
muere la rosa, vana
estrella de carmín, fragante pompa;
y a la noche otra vez; dos veces muerta:
¡oh, incierta vida en tanta muerte cierta!

*En poca agua muriendo
nace el arroyo, y ya soberbio río
corre al mar con estruendo,
En el cual pierde vida, nombre y brío:
¡Oh cristal triste, arroyo sin fortuna!
muerto dos veces, porque vivas una.*

*En sepulcro suave
que el nido forma con vistoso halago,
nace difunta el ave,
que del plomo es después fatal estrago:
vive una vez y muere dos. ¡Oh suerte!
para una vida, duplicada muerte.*

*Pálida y sin colres
la fruta, de temor, difunta nace,
temiendo los rigores
del nudo que después vil la deshace:
¡Ay fruta hermosa, qué infeliz que eres!
una vez naces y dos veces mueres.*

*Muerto nace el valiente
oso que vientos calha y sombras viste,
a quien despierta ardiente
la madre; y otra vez no se resiste
a morir; y entre muertes dos naciendo,
vive una vez y dos se ve muriendo.*

*Muerto en el monte el pino,
sulca el ponto con alas, bajel o ave,
y la vela de lino
con que vuela el batel altivo y grave,
es vela de morir: dos veces yace
quien monte alado muere y pino nace.*

*De la ballena altiva
salió Jonás, y del sepulcro sale*

Lázaro, imagen viva
que al desengaño humano vela y vale,
cuando en su imagen muerta y viva viere
que quien nace una vez dos veces muere.

Así el pino, montaña
con alas, que del mar al cielo sube;
el río que el mar baña;
el ave que es con plumas vital nube;
la que marchita nace flor del campo,
púrpura vegetal o florido ampo,

todo clama ¡oh Lizardo!
que quien nace una vez dos veces muera;
y así, joven gallardo,
en río, en flor, en ave considera
que, dudando quizá de su fortuna,
mueren dos veces porque acierten una.

Y pues tan importante
es acertar en la última partida,
pues penden de este instante
perpetua muerte o sempiterna vida,
ahora ¡oh Lizardo! que el peligro adviertes,
muere dos veces porque alguna aciertes.

LLANTO DE LA NATURALEZA HUMANA
DESPUES DE SU CAIDA POR ADAN

*(Liras premiadas en primer lugar
en un certamen cuyo asunto era
el nacimiento del Niño Jesús)*

De su infelice suerte
naturaleza humana congojada,
del árbol de la muerte
al yerto tronco estaba recostada;
y si el curso del llanto suspendiera,
aun más helado tronco pareciera.

¿Hasta cuándo, hasta cuándo
(clamaba triste) el mal que me atormenta
su fuerza irá aumentando,
que, aunque infinita, por mi mal se aumenta?
¿hasta cuándo querrá mi mal supremo
mostrar que admite más y más lo extremo?

Mas si suele en el llanto
hallar tal vez consuelo un afligido,
arroje mi quebranto
ayes del alma con mortal gemido,
canten mis ojos, y sus melodías
tan tristes suenen que parezcan mías.

Pero ¡ay! ¡ay! que son tales
las crueles penas que en el alma siento,
que a publicar mis males
de mis ojos no basta el instrumento;
y así por dar el lleno a mis enojos,
en vez de llanto lloraré los ojos.

Yo fui aquella dichosa
formada a esfuerzos de un milagro, aquella
criatura venturosa,
copia de Dios y copia la más bella;
yo fui ¡ay dolor! aquella peregrina
centella hermosa de la luz divina.

Yo fui la que al esmero
del más sublime numen delineada,
en mi instante primero
de mil prodigios me miré formada;
mas ¡ay! que si esto fué, todo ha pasado,
y sólo de mi ser sombra ha quedado.

Mi antigua llamarada,
tan breve se apagó, con tal presteza,
que, convertida en nada,
antes que llama se miró payesa;
pues solo ardió mi luz aquel instante
que a dar ser a mi nada fué bastante.

Esta mi pena ha sido,
y esta pena impetura de tal suerie
con el alma se ha unido,
que aun no la puede separar la muerte,
pues cuanto a mitigarla se apercibe
en ella muere, y ella en todo vive.

Y así en tales enojos
apelo sólo por remedio al llanto.

*Lloren tristes los ojos
mi imposible dolor, y lloren tan'o,
que al ver absorto mi dolor profundo,
valle del llanto se opellide el mundo.*

*Lloraré eternamente
la antigua dicha de que fui halagada,
aun más que el mal presente;
pues, porque fui feliz soy desdichada.
Dijo y rendida al grave sentimiento,
en el dolor se desiempló el acento.*

F R A G M E N T O

.....
*Nácar su labio, rosicler su frente,
matizando de púrpura el ambiente,
la aurora desceñía
las densas gasas de la noche fría.*
.....

DESCRIPCION DEL MAR DE VENUS
(FICCION POETICA Y MORAL)

*De Memnón en el reino floreciente,
donde entre rosas, llama brilladera,
con porteros de nácar al Oriente
se asoma el sol en brazos de la aurora,
cuanto, risueño, la estación luciente
del celeste zafir purpúreo dora,
y, fogoso bajel, trasmonta bellas
ondas de luz en piélagos de estrellas,*

*el Mar de Venus yace, que encendido,
encrepado los rizos de su frente,
ondas eleva que formó Cupido
de adusto aljófar, de cristal ardiente:
en llama hierve el golfo, y convertido
en torpe hoguera su voraz torrente,
risueñas brillan con incendio ciego
espumas rojas en un mar de fuego.*

*Abrascado en el golfo es un cometa
cada brillante pez, y con iguales
rayos que emulan al mayor planeta
los escollos se cambian en fanales:*

*nada de Venus el ardor respeta,
escollos, peces, ondas ni cristales;
y, luceros del mar, arden serenas
de Cupido en el fuego aun las arenas.*

*Este, pues, golfo habitación profunda
de halagüeñas sirenas siempre ha sido,
arqueros del amor, en quienes funda
su imperio Venus, su poder Cupido;
que dulces vibran con acción fecunda
de apacible veneno harpón teñido,
y a los esfuerzos de su acero impuros
arrojan sangre aun los peñascos duros.*

*¡Oh cuántos necios el mentido halago
de este mar enamoran sin sosiego,
y mariposas de su mismo estrago
la muerte beben en un dulce fuego!
¡Oh cuántas naves, de este obscuro lago
despojo fueron al impulso ciego,
revelando su ruina a las orillas
sangrientos prozos de deshechas quillas!*

*Aquí la madre del Amor navega,
que si riza las ondas o el mar bruma,
con lo halagüeño de su vista anega
en luz el aire y en ardor la espuma:
Venus, divina Venus a quien llega
de las tres Gracias la belleza suma
confusa al verla, matizando ufano
harpón dorado su nevada mano.*

*Su nave es una concha brilladora
que de nácar y púrpura formada,
o es la carroza de la blanca aurora
o es la risa del cielo congelada:
su proa argenta, si su popa dora
de luz y aljófar copia enamorada;*

y si gira las ondas, es en ella
Venus la perla de esta concha bella.

Aquí Cupido, de este mar pirata,
del arco ebúrneo fatigando el seno,
en suaves dardos de bruñida plata
dispara dulce su mortal veneno;
y tanto el ciego flechador maltrata
del convexo marfil la cuerda o freno,
que, siendo el blanco humanos corazones,
anega al mundo en piélago de harpones.

En esta, pues, galera de Cupido
se miran muchos del amor forzados,
que en dulce llanto y apacible ruido
gimen al remo de una flecha atados;
y del numen rapaz, terror de Gnido,
siendo azote su cuerda, amenazados,
con eco alterno, con clamor profundo,
juran a Venus por deidad del mundo.

Enamorados de sus graves penas,
de un dardo y otro al golpe repetido,
torman del nácar que latió en sus venas
víctima a Venus de carmín vertido;
y de las bellas de su amor sirenas
al fatal silbo dulcemente oído,
sulcan gustosos con trabajo sumo
golfos de fuego en remolinos de humo.

En copas de oro que el amor propina,
un néctar liban de dulzuras lleno,
en el cual Venus a su edad destina
veneno dulce, pero cruel veneno;
y el dios vendado, que áspid se reclina
en el catre florido de su seno,

en suave llama su ponzoña miente
para entrañarles hasta el alma el diente.

A estos cautivos cada ninfa ingrata
Circe hechicera brinda dulcemente
en manos de cristal prisión de plata,
y en labios de carmín ponzoña ardiente;
cadena de oro con que amor los ata
es el pelo, desdén de ofir luciente,
que en las costas de amor estas sirenas
son causa hermosa de un Argel de penas.

En el purpúreo rosicler sediento
que risueño en sus labios liba grana,
tiñe sus dardos de carmín sangriento
el lince, nicto de la espuma cana.
Y de amor los cautivos, al violento
fogoso impulso de la flecha insana,
ríen y lloran, porque están de modo
que nada sienten y lo sienten todo.

¡Oh infelices forzados de la impura
madre del numen faretrado y ciego!
¿este tormento lo juzgáis dulzura?
¿refrigerio fingís que es este fuego?
¿por acierto tenéis esta locura?
¿esta inquietud amáis como sosiego?
¡Oh, cuánto os ciega vuestro amor! ¡oh, cuánto
os cuesta esa ilusión de cierto llanto!

MONSERRATE

Poema heroico sobre las acciones y vida de San Ignacio. Fragmento.

Este de rocas promontorio adusto
freno es al aire y a los cielos susto,
más que de Gíges los ribazos fieros,
organizado horror de los luceros,
cuya excelsa cimera
talañando la esfera,
nevado escollo en su cerviz incauta,
del celeste Argonauta
teme encallar fogoso el Bucentoro,
que luces sulca en tempestades de oro.

Al erigir su cuello hacia los asiros,
cubierto erial de nieves y alabastros,
a Apolo en sus reflejos
de marfil congelado ofrece espejos,
reinando con sosiego
monstruos de nieve en la región del fuego.

Comunero de Jove airado trueno,
y de su cima la nevada almena
crinitos fuegos vibra a la esmeralda
del verde simulacro de su falda;
siendo el frontis inmenso,
por lo continuo y denso
del fulgor ominoso que le inunda,

de ignitas sierpes Libia más fecunda;
aunque el vellón de nieve
que a la escarpada cumbre el valle debe
otra al hielo desata
sierpe espumosa de rizada plata,
que la ira y ardor ciego
la mitiga en carámbanos el fuego,
y al arroyo cansado
en verde caire da su grama el prado,
cuando apenas nacido,
ya lo ve encanecido
con las espumas que sediento bebe
por duros riscos resbalando nieve . . .

A LA REBELION Y CAIDA
DE LUZBEL Y SUS SECUACES

Vióse Luzbel de estrellas coronado,
llama de fuego de esplendor vestido,
de los astros al ápice encumbrado,
entre querubes adalid lucido,
de Dios portento, a esmeros fabricado,
perfecto en todo, en todo esclarecido;
y soberbio de verso en tanta alicia,
dijo lleno de rabia y de fiera:

¿En lóbrego no puedo, ardiente, horrendo
descender, espantoso a la fortuna,
el universo todo confundiendo,
ahogar al sol en su dorada cuna?
¿En pavesas cambiar, si lo pretendo,
no me es posible el globo de la luna?
¿Qué espera, pues, mi enojo sin segundo,
que no hundo al cielo sepultando al mundo?

Falsear haré con ira fulminante
del alto cielo, en un vaivén ruidoso,
la azul muralla, y subiré triunfante
a ser señor del reino luminoso;
si son estorbo a mi ímpetu arrogante
aire, mar, tierra o firmamento hermoso,
haré que sienta mi furor violento
el mar, la tierra, el aire, el firmamento.

*Igual a Dios seré, pues se dilata
mi poder tanto, y sellaré mi huella
donde el ártico polo en hielos ata
al Aquilón, perezas de su estrella.
Dijo y al punto en ira se desata
de celestés garzones tropa bella,
que marchando con breve bazarria
luz, por guerrero polvo, daba al día.*

*¡Al arma! ¡al arma! ya el clarín sonoro
grita con ecos agrios, resonantes;
y al aire vieras del metal canoro
blandir los astros picas de diamantes;
serpeaba undosa sobre yelmos de cro
turba de airones vivos, tremolantes:
nunca vió el aire, en pavoroso anhelo,
poblado de astros, tan turbado el cielo.*

*Con rabia extraña, con coraje horrendo
de Lucifer los lúgubres pendones,
seguían, de sombras su escuadrón vistiendo,
prófugos de la luz, ciegos dragones;
con tal soberbia, confusión y estruendo
marchaban estos hórridos campeones,
que del antro al cenit el polo helado
tembló confuso, palpitó turbado.*

*No de otra suerte cuando intentó el noto
teñir feroz el vulto de la estera:
el aire entonces duramente roto
con serpientes de fuego al mundo aliera;
pálido el sol al túbnebre alboroto
ceniza peina en vez de cabellera:
todo es horror, el cielo se anochece,
y el universo entero se estremece.*

*Del testamento sobre el monte ardiente
Luzbel estaba respirando saña,
dos hogueras por ojos, y por frente
negra noche que en sierpes enmaraña;*

*altivo aturde al mundo fieramente,
este bastardo horror de la montaña,
pues trueno el silvo, el eco terremoto,
confunde al orbe en hórrido alboroto.*

*El divino Miguel espiritoso,
que fiel se opone al ángel atrevido,
las rubias hebras apremió garboso
al yelmo de oro en soles guarnecido;
y al encuentro primero pavoroso,
al caos le arroja, donde el fermentido,
de expirante tizón eterna llama,
blasfemo truena, corajudo brama.*

*No tan furioso nubes despedaza
el sulfúreo turbión, no tan violenta
con ráfagas de luz montes arrasa
del huracán la rápida tormenta,
como arrojado de la etérea casa
Luzbel cayó con ira tan sangrienta
que, en humo envuelto y en furor eterno,
de espíritus de luz ondeó un infierno.*

*Al caer Luzbel con su escuadrón tremendo,
un polo y otro, el vulto demudado,
palpitaron violentos, confundiendo,
el giro de ambas orbes prolongado;
turbóse luego al estallido horrendo
del cielo y tierra el orden barajado,
y que bajaban pareció al profundo
la esfera en polvo, en átomos el mundo.*

*¿Viste nocturna llama presurosa
encendida ilusión, que en pronto vuelo,
rasgo de luz, exhalación hermosa,
con brillante destello argenta al cielo;
y que al correr la esfera luminosa,
desliz lucido, con fogoso anhelo,
tan presto acaba luces y carrera
que no mira lo que es sino lo que era?*



*Así Luzbel, planeta rutilante,
que a la madre de amor dió lucimiento,
lucero hermoso entre ángeles brillante,
del sol envidia, de beldad portento,
fanal celeste que intentó arrogante
establecer al aquilón su asiento,
fué en el estado de su luz primera
llama que pasa, exhalación ligera.*

*Estudiad, oh mortales, escarmiento
en esa imagen necia de Faetonte,
que quiso remontarse al firmamento,
y el averno fué tumba a su remonte:
así pagó su loco atrevimiento
este aterrado embrión del Aqueronte,
y así padece, aun más que en el abismo,
horrible infierno dentro de sí mismo.*

RASGO EPICO A LA
CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA

Sobre el Capítulo XII del Apocalipsis.

Grande asunto limita a poco labio
afecto mucho, y del castallo coro
invoco al numen que, conoro y sabio,
cadencias pulse en desacuerdos de oro;
de la sonora cuerda al dulce agravio
rasgue Hipocrene su elocuente pero,
inspirando a mi lira el sol divino,
néctar de luz, ardor del Febo trino.

¡Oh musa, oh tú que en la canera fuente
por desdenes frondosos del Parnaso,
en giros de zafir das a tu frente
cerco de estrellas, y al coturno lazo;
tú que calzas la luna y al rugiente
Dragón oprimes al primero paso,
inspírame, será mi dulce canto
del Erebo terror, del cielo encanto!

Todo un mar acomete mi desvelo
en cuyas ondas de cristal nevado
el sol, que al sol da paso por el cielo,
perla en su nácar se cuajó rizado;

*mar todo gracia, donde nunca el hielo
fatal o el nimbo opaco del pecado,
con el torpe arrebol del ceño oscuro,
desaliñó la tez al cristal puro.*

*Mar que de perlas crespo y de corales
neto esplendor, ni en la vecina playa
sintió las huellas de heredados males,
que al margen de su ser los tuvo a raya;
al reflejo de luces orientales
¡qué hermosa brilla!, de su ardor desmaya
la culpa, viendo sus orillas llenas
de aljófares de gracia por arenas.*

*Mar que a la nave que salió del fuerte
arsenal del empíreo por su seno
hizo pelease a orillas de la muerte,
por darle vida al misero terreno;
mar tan dichoso que su cauce advierte
de astros nadantes y de soles lleno,
siendo en la espuma de sus ondas bellas
conchas los signos, peces las estrellas.*

*Este mar cuya orilla se encanece
de gracias por espumas, es María,
hermosísimo sol cuando amanece
en su purpúreo rosicler el día,
luna sin manchas que no mengua y crece,
risueña aurora y cielo en la alegría:
pues esta diosa en su beldad mejora
al sol, la luna, el cielo y a la aurora.*

*Vióla San Juan de todo el sol vestida,
en el zafir celeste iluminada,
la planta, de la luna guarnecida,
la corona, de estrellas matizada,
dando aliento a la luz, al aire vida,
y que un Dragón, en una borborada,*

vomitó de betún negro torrente
para eclipsar el nácar de su frente.

Era el Dragón un monte organizado
de ásperas conchas, verdinegras iramas,
que, tortuoso, en su frente concitado
furores peina desgrediando escamas;
cervices siete tremolaba airado
ondeantes furias, enrespadas llamas;
y el mundo escucha con mortal desmayo
su silbo trueno, si su vista rayo.

Aquí conchas y escamas retorciendo
todo se implica en giros comprimido,
allí se extiende en nube convirtiendo
el sinuoso volumen retorcido;
aquí brama, allí truena, y al horrendo
eco palpita el aire estremecido,
allí vibra en cada ojo un cruel cometa,
que eclipsa el carro del mayor planeta.

Ya entre golfos de estrellas navegando
monstruo escamado gira sin sosiego,
ya los astros embiste centelleando,
fuego sus ojos, sus narices fuego,
ya las garras afila, ya silbando
su informe cresta la tremola, y luego
un golfo escupe de veneno adusto,
terror del orbe, de la esfera susto.

No así se flecha tósigo viviente
venenoso relámpago del prado,
ni la fiera estrellada, horror rugiente,
ni de los monstruos el terror lunado;
como toro el Dragón, tigre y serpiente,
de puntas, garras y veneno armado,
voló, embistió y acometió a María,
para manchar en su pureza al día.

Previno Dios la mancha, y oportuna
contra el torrente que el Dragón desata,
de su corvo esplendor formó la luna
a su cándido pie puente de plata;
por debajo corrió, sin que ninguna
logre ofensa el Dragón de las que trata,
ceñido a un punto cuando va más lleno,
el torrente escamado de veneno.

Oh tú, garra divina, imagen pura,
de belleza inmortal pompa gallarda,
fanal terso de Jove en que asegura
con velo de cristal que su luz arda,
pisa en arco triunfal la frente dura
del Dragón que a tu luna se ocobarda;
que si sombra poner en ti pretende,
corvo alfange, la luna te defiende.

Bucentoro de pluma el aire hiende
águila real, y al generoso aliento,
noble corsario, mal se le detiene
presa que mira desde el alto asiento,
ni la Sierpe que al sol veneno enciende,
la piel manchada de colores ciente,
pues del ribazo en giros desasida,
la despoja en el aire de la vida.

Este ardor, esta priesa y estas alas
vistió la que del sol rayos ostenta,
armas al duelo, si a la pompa galas,
contra el insulto que el Dragón intenta;
por arco y dardos, por acero y balas
gracia esgrime con gracia tan violenta,
que reñido de heridas tan bizarras,
batió su cola y le postró sus garras.

Vióse de conchas el viviente muro
abatido y trinchado a su despecho,

y vertiendo de sangre un golfo impuro,
barre la cresta lo que inunda el pecho,
truenan en bramidos, y rasgando el duro
monte de escamas, se caló deshecho,
por huir de Dios, del cielo y de sí mismo,
a los negros anfractos del abismo.

No cobó de su pico la pureza
en la menor de su despojo escama,
ni por blasón la piel quitó a la presa;
de laurel tremoló, sí, verde rama,
garzota de esmeralda en su cabeza
y clarín en el pico de su fama,
viendo la culpa en su postrer desmayo
provenido el laurel antes del rayo.

Paloma que anidó la primer nave,
de copos de cristal diluvio breve,
fué de exqueste victoria imperial ave,
bosquejo de marfil, sombra de nieve;
que con vuelo ligero al leño grave
convirtiéndose sin mancha su pie leve,
pues para no tocar la tierra esquivó
verdes alas batió de hojas de oliva.

La culpa no la halló, ni yo la encuentro
con el discurso que cobarde para
por no poder calarse más adentro
al trono inaccesible que lo ampara;
si del divino mar al alto centro
por escollos de luces pene'rara,
viera en una perla, que con Cristo unida,
le dió en su sangre el nácar de la vida.

Esto es corto bosquejo, breve historia
de la que oculta Dios a los sentidos,
mapa donde diseña a la memoria
sus profundos arcanos escondidos;

de este misterio la sublime gloria
en dibujos declara repetidos,
sirviendo sus campañas de procesos,
formas los casos, bultos los sucesos.

Blanco vellón, intérprete del duelo,
hebra a hebra chupó cuanto le llueve,
hilo a hilo, de aljófares el cielo,
ancho seno a la lluvia el copo breve;
mas cuando el agua contamina al suelo,
rayos al sol el vellocino bebe,
porque viesen las aguas que al beberlas
se lavan culpas y se anegan perlas.

Esfera de esmeralda incombustible,
brilló la zarza fresca en sus ardores,
haciendo vanidad el imposible
de sujetar voraces sus rigores;
aun dentro de la culpa fué posible
que por centellas le sirviesen flores,
siendo en lo verde, fresco y lo brillante,
de esmeralda, de nieve y de diamante.

Ave de pino, en lúbrico elemento
de cendales batió cándidas plumas
la primer nave, que sulcando el viento
del cerúleo zofir rizaba espumas;
náufrago el cielo y tierra al turbulento
húmedo impulso de flexibles sumas,
el arca sola en la tormenta insana
burlaba el riesgo, gullardeando ufana.

El pueblo del Señor en el Mar Rojo
halló senda al escape del tirano;
cuando ya le juzgó débil despojo
al fiero golpe de su insana mano,
el dividido mar con crespado enojo
en montes de cristal miraba ufano,

*mas presto vió llover sobre sus reales
lluvias de montes, montes de cristales.*

*La montaña de Arnón que en gruta fría
contra el pueblo de Israel una celada
sangrienta de enemigos escondía,
de oculto impulso se miró arruinada;
el pueblo libre, la traición yacía
en ribazos deshechos sepultada,
y el escollo inclinado al movimiento,
abrió la frente y recobró su asiento.*

*Cual otro Faraón miré al pecado
que Cristo en rojo mar de sangre anega;
cual escollo de Arnón precipitado,
ruina del pueblo que traidor le entrega;
el mar abierto, el risco desgajado
libertan a María cuando llega,
pero al llegar nosotros, con desvío
ciérrase el mar, encállase el bajío.*

*Rosa del cielo, el sol, y sol del prado
en nacarado ardor, la rosa bella,
son de esta virgen símbolo agraciado,
sin manchas él y sin espinas ella;
en zarza, en mares, en vellón dorado,
en ave, en arca, en monte y en estrella
bosquejó diestro sus divinos dones
con luces Dios, mi pluma con borrones.*

BREVE DISEÑO DE LAS CIUDADES
DE GUAYAQUIL Y QUITO

(Extracto de una carta poco seria escrita por el autor a su cuñado don Jerónimo Mendiola, describiendo a Guayaquil y Quito).

Dichoso paisano, en quien
con diversísimos modos
se miran los dones todos,
todas las prendas se ven,
perdona si en parabién
de tu carta no te da
algo mi amor, porque ya
cuanto yo darte podía,
que era la voluntad mía,
tú te la tienes allá.

Demostarme agradecido
hoy mi empeño viene a ser,
y para poderlo hacer
de estos versos me he valido;
recíbelos advertido,
de que si aun el don mayor
sólo recibe valor
del amor de quien lo da,
inmenso mi don será,
pues es inmenso mi amor.

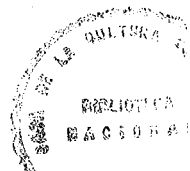
Contarte un pesar intento
por ver si puedo lograr
el que mi propio pesar
sirva de ajeno contento;
escúchame, pues, atento,
qué ya mi triste gemido
empieza a dar condolido
dos afectos a mi canto,
pues lo que en mi voz es llanto
será música en tu oído.

Guayaquil, ciudad hermosa
de la América guirnalda,
de tierra bella esmeralda
y del mar perla preciosa,
cuya costa poderosa
abriga tesoro tanto,
que con suavísimo encanto
entre nácares divisa
congelado en gracia y risa
lo que el alba vierte en llanto;

Ciudad que por su esplendor,
entre las que dora Febo,
la mejor del mundo nuevo
y hoy del mundo la mejor,
abunda en todo primor,
en toda riqueza abunda,
pues es mucho más fecunda
en ingenios, de manera
que, siendo en todo primera,
es en esto sin segunda.

Tribútale con desvelo
entre singulares modos
la tierra sus frutos todos,
sus influencias el cielo;

Aguirre — 3



hasta el mar que con anhelo
soberbiamente levanta
su cristalina garganta
para tragarse esta perla,
deponiendo su ira al verla,
la besa humilde la planta.

Los elementos de intento
le miran con tal agrado,
que parece se ha formado
de todos un elemento:
ni en ráfagas brama el viento,
ni son fuegos sus calces,
ni en agua y tierra hay rigores,
y así llega a dominar
en tierra, fuego, aire y mar,
peces, aves, frutos, flores.

Los rayos que al sol repasan
allí sus ardores frustran,
pues son luces que la ilustran
y no incendios que la abrasan;
las lluvias nunca propasan
de un rocío que de prisa
al terreno fertiliza,
y que equivale en su tanto
de la aurora al tierno llanto,
del alba a la bella risa.

Templados de esta manera
calor y fresco entre sí,
hacen que florezca allí
una eterna primavera;
por lo cual si la alta esfera
fuera capaz de desvelos,
tuviera sin duda celos
de ver que en blasón fecundo
abriga en su seno el mundo
ese trozo de los cielos.

Tanta hermosura hay en ella
que dudo, al ver su primor,
si acaso es del cielo flor,
si acaso es del mundo estrella;
es en fin ciudad tan bella
que parece en tal hechizo,
que la omnipotencia quiso
dar una señal patente
de que está en el Occidente
el terrenal paraíso.

Esta ciudad primorosa,
manantial de gente amable
cortés, discreta y atable,
advertida e ingeniosa
es mi patria venturosa;
pero la siempre importuna
crueldad de mi fortuna,
rompiendo a mi dicha el lazo,
me arrebató del regazo
de esa mi adorada cuna.

(QUITO)

Es su situación tan mala,
que por una y otra cuesta
la una mitad se recuesta,
la otra mitad se resbala;
ella se sube y se cala
por cerros, por quebradones,
por guaicos y por rincones,
y en andar así escondida
bien nos muestra que es guarida
de un enjambre de ladrones.

Tan empinado es el talle
del sitio sobre que estriba,

que se hace muy cuesta arriba.
el andar por cualquier calle;
no hay hombre que no se halle
la vista en tierra clavada,
porque es cosa averiguada
que el que anda sin atención,
cae, si no en tentación,
en una cosa privada.

Las sillas de mano aquí
se miran como a portía,
y te aseguro a fe mía,
que tan malos no las vi,
luego que las descubrí
por unos lados y otros,
viendo los asientos rotos
y quebradas las tablillas,
dije: Bien pueden ser sillas,
mas yo las tengo por potros.

A cualquiera forastero,
con extraña cortesía,
sea de noche, sea de día,
le quitan luego el sombrero;
y si él no trata ligero
de tomar otra derrota,
le quitan también sin nota
estos cortesés ladrones
la camisa y los calzones
hasta dejarlo en pelota.

Andan como las cigarras
gritando por estas sierras

que son leones en las guerras,
y lo son sólo en las garras:
para hurtar estos panarras
con sutileza y con tiento
son todos un pensamiento,
de suerte que yo he juzgado
que en las uñas vinculado
tienen el entendimiento.

El que es noble gamonal
algún obraje procura,
y de esta suerte asegura
tener en jerga el caudal.
Los quiteños, por su mal,
entablaron desdichados
estos obrajes malvados,
pues con esperanzas vanas
van al obraje por lanas
y se vuelven trasquilados.

.....

A todos con gran certeza
de frailes les acredito,
pues todos en este Quito
hacen voto de pobreza;
pero el fausto, la grandeza
y la gala es incesante,
pues aquí, como es constante,
se estudia con grande aprieto
la comedia de Moreto
nombrada, "Trampa adelante".

Cualquier chisme o patarata
lo cuentan por novedad,
y para no hablar verdad
tienen gracia gratis data,
todo hombre en lo que relata

miente o a mentir aspira;
mas esto ya no me admira,
porque digo siempre: ¡Alerta!
sólo la mentira es cierta
y lo demás es mentira.

Mienten con grande desvelo,
miente el niño, miente el hombre,
y, para que más te asombre,
aun sabe mentir el cielo;
pues vestido de azul velo
nos promete mil bonanzas,
y muy luego, sin tardanzas,
junta unas nubes rateras,
y nos moja muy de veras
el buen cielo con sus chanzas.

Este es el Quito famoso
y yo te digo, jocundo,
que es el sobaco del mundo
viéndole tan asqueroso.
¡Feliz tú! que de dichoso
puedes llevarte la palma,
pues gozas en dulce calma
de este suelo soberano.
y con esto, adiós, hermano,
tu afecto Juan de buen alma.

EPIGRAMAS

A ZOILO

I

Zoilo, ayer tarde por chiste
un quidam te dijo tonto,
y tú, por vengarte pronto,
¡Adulador! le dijiste;

y a la verdad que lo era
el que tonto te llamó,
pues tú no eres tonto, no,
sino la misma tontera.

II

Tus mentideras estiras
con progresos tan felices,
que en dos palabras que dices
dices Zoilo mil mentiras.

Por eso admirados todos
juzgan con razón no poca,
que hablas sólo por la boca,
y que mientes por los codos.

A UN MEDICO

*Doctor Vidales, doctor
esqueleto o badulaque
doctor chisquete en latín
doctor guadaña en romance;*

*escúchame, por tu vida,
que va la segunda parte,
y hay para cebar tu ciencia
harta materia en mis males.*

*A consultártelos vengo
mas si verdad he de hablarte,
por ser ellos muy de atrás
los considero incurables . . .*

A UN ZOILO

que viendo unas poesías del autor,
dijo que eran ajenas

Liras

Miraste mis poesías,
y tu envidia mortal de ordores llena
dijo que no eran mías.
sino parto feliz de pluma ajena:
así lo dijo, pero no me admira
que la envidia dé cuerpo a la mentira.

Con ocultos esfuerzos
á algunos simples persuadir previenes
que han tenido mis versos
catorce padres como tú los tienes;
más sabe que es, aunque tu poesía ladre,
más honrada mi musa que tu madre.

¿Acaso no has sabido
de mi instrumento la dulzura? ¿acaso
ignoras que yo he sido
de los aires dulcísimo embarazo,
adornando mis sienes oficiosa
de bella Dafne la esquivez frondosa?

¿Ignoras, dime, ignoras
que al eco de mi lira se suspenden
las aves, que canoras
el ceño verde del Parnaso atienden,
y que escuchan mi hechizo peregrino
tejiendo el aire en éxtasis divino?

¿No sabes que ha sonado
mi dulce voz en uno y otro polo,
y que he sido envidiado
de los cisnes tal vez, tal vez de Apolo?
¿No sabes, Zoilo, que produce en suma
sublimes partos mi fecunda pluma?

Pues si esto has conocido,
si tú no ignoras mi divina musa,
¿cómo, cómo, atrevido,
así tu lengua contra mí se aguza?
Pero es tu envidia tan villana y ciega,
que aunque ve la verdad, la verdad niega.

Tú, si que cuando escribes,
en vez de pluma, mueves bien las uñas,
y así, Zoilo, concibes
que hurtan los otros cuando tú rasguñas,
porque todo ladrón con viles modos
se persuade que son ladrones todos.

Tú, sí, que algunas veces
que al parto pones a tu ingenio corto,
al cabo de seis meses,
por ser sin tiempo, pares en aborto,
aborto que, en su traza y fealdad rara,
es propia imagen de tu ingenio y cara.

Tú, sí, que sólo aciertas
a formar unas coplas desiguales,
pesadas, patituertas,

y más toscas, en fin, que tus modales,
sin que puedan pulirlos a porrazos
ni ochenta escoplos con ochenta mazos.

Tú, sí, que persuadido
a que el que miente es poeta verdadero,
por ser poeta aplaudido
has dado en ser grandísimo embustero,
y según tú lo juzgas y lo sientes,
siempre haces versos porque siempre mientes.

Y así, Zoilo, derrama
contra mí tu mentira, que entre tanto
el eco de mi fama
irá creciendo al grito de mi canto;
miente cuanto quisieres, pues no viene
a quitar el honor quien no lo tiene.

Di que sólo prevengo
engañar con mis versos a algún bobo,
pues aquellos que tengo
me los soplan tal vez, tal vez los robo;
pero advierta tu envidia que, si aprieta,
a su costa verá si soy poeta.

Lector mío, los versos amorosos que se siguen, advierte que no se hicieron a otro fin que a mi diversión y ejercicio: si tú puedes, aplícalos a lo divino, y si no, juzga que son requiebros de Don Quijote a Dulcinea.

A UNA DAMA IMAGINARIA

ROMANCE

Qué linda cara que tienes,
válgate Dios por muchacha,
que si te miro, me rindes
y si me miras, me matas.

Esos tus hermosos ojos
son en ti, divina ingrata,
harpones cuando los flechas,
puñales cuando los clavas.

Esa tu boca traviesa,
brinda entre coral y nácar,
un veneno que da vida
y una dulzura que mata.

En ella las gracias viven;
novedad privilegiada,
que haya en tu boca hermosura
sin que haya en ella desgracia.

Primores y agrados hay
en tu tallo y en tu cara;
todo tu cuerpo es aliento,
y todo tu aliento es alma.

El licencioso cabello
airosamente declara,
que hay en lo negro hermosura,
y en lo desairado hay gala.

Arco de amor son tus cejas,
de cuyas flechas tiranas,
ni quien se defiende es cuerdo,
ni dichoso quien se escapa.

¡Qué desdeñosa te burlas!
y ¡qué traidora te ufanas,
a tantas fatigas firme,
y a tantas finezas falsa!

¡Qué mal imitas al cielo
pródigo contigo en gracias,
pues no sabes hacer una
cuando sabes tener tantas!

FRAGMENTO

(De un romance)

*Bellísima dueño mío,
por quien dulcemente muero,
suspende, suspende el golpe
con que me hieres el pecho.
¿Por qué, mi bien, me atormentas?
¿acaso es porque te quiero?
Pues si tú obligas a amarte,
¿qué culpa tengo en hacerlo?*

A UNOS OJOS HERMOSOS

Ojos cuyas niñas bellas
esmaltan mil arboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.

No soles, aunque abrasáis
al que por veros se encumbra,
que el sol todo el mundo alumbra
y vosotros le cegáis.

No estrellas, aunque serena
luz mostráis en tanta copia,
que en vosotros hay luz propia
y en las estrellas ajena.

No sois lunas a mi ver,
que belleza tan sin par
ni es posible en sí menguar,
ni de otras luces crecer.

No sois ricos donde estáis,
ni pobres donde yo os canto;
pobres no, pues podéis tanto,
ricos no, pues que robáis.

No sois muerte, rigurosos,
ni vida cuando alegráis;
vida no, pues que matáis,
muerte no, que sois hermosos.

No sois fuego, aunque os adula
la bella luz que gozáis,
pues con rayos no abrasáis
a la nieve que os circula.

No sois agua, ojos traidores,
que me robáis el sosiego,
pues nunca apagáis mi fuego
y me causáis siempre ardores.

No sois cielos, ojos raros,
ni infierno de desconsuelos,
pues sois negros para cielos,
y para infierno sois claros.

Y aunque ángeles parecéis,
no merecéis tales nombres,
que ellos guardan a los hombres
y vosotros los perdéis.

No sois diablos, aunque andáis
dando pena a los que os vieron,
que ellos del cielo cayeron,
vosotros en él estáis.

No sois dioses, aunque os deben
adoración mil dichosos,
pues en nada sois piadosos,
ni justos ruegos os mueven.

Y en haceros de este modo
naturaleza echó el resto,
que, no siendo nada de esto,
parece que lo sois todo.

AFECTOS DE UN AMANTE
PERSEGUIDO

MINUET

Socorro, cielos,
dioses, favor,
que ya en la tierra
no hay compasión,
pues todos son homicidas
de dos inocentes vidas,
que se enlazaron
en una las dos.

Cuatro elementos
piadosos hoy
os solicita
mi triste voz,
para contaros mis penas,
de humano favor ajenas,
trágica historia
de envidiado amor.

Fieras del bosque
de quien huyó
comercio humano,
dadme atención,
pues busco en otra fiereza
la humana naturaleza,
que entre los hombres
la envidia borró.

Aguirre — 4

Apenas mi hado
feliz me unió
con quien, al verla,
nació mi amor,
cuando con fiero despecho
quieren robarme del pecho
al dueño hermoso
de mi adoración

Vi atentamente
su bello sol,
y quedé ciego
del resplandor:
¿qué mucho, pues, que entre horrores
en un abismo de errores
tropiece y caiga,
pues tan ciego estoy?

La hermosura causa
de mi dolor
al fin mis quejas
piadosa oyó,
que es propio de las deidades
el responder con piedades
a los clamores
de una triste voz.

Esto la envidia
(¡oh qué rigor!)
esto la envidia
me concibió,
como si culpa en mí ha sido
que se haya compadecido
de mis pesares
la que los causó.

¡Oh humanos pechos
a quién trocó
en fieros monstruos
la sinrazón,

sabed, sabed, engañados
que no os hace desdichados
el que me mire
hoy dichoso yo!

Esta es mi culpa,
éste el rigor
de la sentencia
que el mundo dió:
que condenas al amante
porque le miras gigante
al primer día
que al mundo salió.

Mas de ello apelo,
dioses, a vos:
juzgad mi causa,
que es cruel dolor
que perezca un inocente
por la voz de una ímpia gente
sea voz del pueblo
y no voz de Dios.

¡Ah del alcázar
del dios de amor!
donde los cultos
ocultos son:
uno que firmemente ama
a tus puertas pide y clama
le abran el templo,
y hará su oración.

A LA INCONSTANCIA DEL MAR

Uno que había padecido naufragio habla en estas Décimas

Ayer en rocas de nieve
dragón de plata te vi,
tan soberbio que temí
ser sorbo a sus ondas leve;
y hoy tan humilde se mueve
tu resaca que dudé,
a ese peñasco que ve
de tu soberbia la mengua,
si lo lames como lengua,
si le adoras como pie.

Bien tus engaños expresas,
mar, que dividido en cascós,
ayer bravo herías peñascos,
y hoy humilde arenas besas:
a qué mudables empresas
te expones, monstruo arrogante,
hoy callado, ayer bramante,
advirtiéndome así al prudente
que jamás hubo creciente
que no parase en menguante.

¿Para qué fué amenazar
con tantas furias ayer,
si tu soberbio crecer
ha sido para menguar?
Bien te pudiste acordar,
cuando sierpe embravecida
amenazabas mi vida,
de este cobarde reposo:
pero ¿cuándo el poderoso
se acuerda de su caída?

Si no es que tu engaño intenta
dar mentirosa esperanza,
disimulando bonanza
para crecer en tormenta,
piadoso se representa
tu golfo a aquel que lo mira,
hasta verlo de tu ira
un despojo lastimoso;
que siempre es del ambicioso
propio centro la mentira.

Ea, pues, golfo inconstante,
altivo mar impaciente,
o volverte a tu creciente,
o quedarte en tu menguante.
Cierre el paso al caminante
tu cólera enardecida;
mas no lo harás, que advertida
en tu condición variable,
imagen de lo mudable
de las cosas de esta vida.

Y nace esta conjetura
de la experiencia mayor,
pues ayer vi tu furor,
y hoy admiro tu blandura:
aquella y esta pintura
tan diversas en ornato,

te hacen con diverso trato,
aunque no son en ti unas,
un teatro de fortunas
y de Fortuna un retrato.

Que me canso en persuadir,
¡oh monstruo de variedad!
que en firme estabilidad
mudes tu instable vivir;
si aunque me puedes oír
el bien a que te provoco,
está tu discurso poco
sujeto a variar fortuna,
pues quien anda con la luna
no puede ser sino loco.

CANCIÓN HEROICA

EN QUE CON ALGUNAS SEMEJANZAS
EXPRESA EL AUTOR SUS INFORTUNIOS

Nace el clavel en púrpura teñido
dejando presuroso su clausura,
a ser Narciso de las otras flores
o Adonis de su sangre producido;
y dividida en hojas su hermosura,
ufano se deleita en sus primores . . .

.....
. . . toda aquella belleza
que pródiga le dió Naturaleza.
¡Oh flor desvanecida,
verdadero retrato de mi vida!

El ruiseñor que amante al aire gira,
iris de plumas o vergel viviente,
mira un arroyo, y luego que lo asesta,
trinando endechas, animada lira,
con música saluda su corriente
en que canoro el gusto manifiesta;
baja a gustarla con ligero vuelo,
rozando aljófar y rizando hielo,

y con pico de grana
gustoso liba de la espuma cana.
Mas ¡ay! suerte enemiga,
que el ruiseñor se aprisionó en la liga
que en su margen por uso
el cazador para prenderle puso,
y luego lo encarcela
donde no tiene libertad ni vuela.
¡Oh avecilla cautiva,
de mi fortuna semejanza viva!

Por tras cortinas de jazmín y grana,
hermoso globo de zafir luciente,
se asoma el sol en brazos de la aurora,
y arbolada en luces la mañana,
con brillante candor viste el oriente
y con destello nacarado dora
cuanto el orbe atesora;
la tierra como a padre lo recibe,
los pájaros se alegran, la flor vive,
el hombre se recrea,
y todo con sus rayos lo hermosea.
Mas ¡ay! que noche oscura
es de tanto monarca sepultura,
y ve su luz ocaso,
con que llora la tierra su fracaso,
el pájaro enmudece,
la flor se encoge y todo se entristece.
¡Oh sol, oh luz, oh día,
símbolo propio de la dicha mía!

Ronda a la luz la amante mariposa,
y en giros de oro, en óvalos de plata,
galantear a la llama solicita:
ya la festeja en torno presurosa,
ya se retira de la luz ingrata,
ya se le acerca, ya se precipita,
porque su amor la invita
a adorar aquel globo de luz suave,
donde su muerte en poca llama bebe,

cuando a besarla llega
de su hermosura enamorada y ciega.
Mas ¡ay! infeliz suerte,
que a cenizas su gala se convierte,
hallando su inocencia
mucho castigo a poca inadvertencia,
sin que en la pira unida
Fénix renazca para nueva vida.
¡Oh costosos intentos,
imagen de mis locos pensamientos!

Yo clavel bello un tiempo me miraba
desdén hermoso de plebeyas flores,
mas de la envidia el huracán airado
marchito me ha dejado;
yo en métricos primores
fui ruiñón que libre gorjeaba,
pero ahora en grillos de oro
de Venus bella prisionero lloro;
yo fui sol, mas mis rayos
con las tinieblas que el rencor echaba
eclipsados los miro entre desmayos;
fui mariposa, en fin, pero mi gala
se convirtió en pavesa
a los incendios de una cruel belleza.
Y así por varios modos
sufrí de todos los tormentos todos,
siendo a mi vida imagen lastimosa
la flor, el ave, el sol, la mariposa.

CARTA PASTORAL,
que hizo leer el Ilustrísimo Señor

D. D. JUAN NIETO

POLO del AGUILA

Obispo dignísimo de esta Diócesis, en su Iglesia Catedral de Quito,
el día 13 de Marzo de este presente año de 1757, con ocasión del
terremoto y desolación de Latacunga, y dirige a todo el
Clero y pueblo de su Obispado, exhortándolos
a una Comunión general para aplacar la
divina Justicia.

(Su autor el P. Juan Bautista de Aguirre)

Los portentosos, repetidos y casi universales terremotos, que en estos últimos años se han experimentado, me inspiran un vivísimo temor de que quizá se acerca ya aquel terrible tiempo, en que *erunt terraemotus magni per loca*; (1) y padeciendo la tierra al fin de sus días los últimos parasismos, se esforzará con violentísimas convulsiones a arrojar de su seno a los mortales, cansada de sufrir por tantos siglos el insoportable peso de nuestras culpas. Y lo cierto es que, si reflexionamos seriamente sobre las tristes calamidades que por todas partes empieza a llover sobre nosotros el brazo omnipotente: sangrientos aparatos de guerra en todo el orbe cristiano, funestas divisiones entre potentados y monarcas, conmociones violentísimas en todo el globo terráqueo, irrupciones espantosas del mar en la Europa, la África, y nuestra América, tempestades furiosas originadas al choque de desencadenados vientos, hambres, pestes, miserias, y casi un universal desconcierto de todo lo criado; conoceremos sin duda que esta tristísima serie de miserias es puntualísimamente la misma que nos describe Cristo en su Evangelio, como prenuncios del universal Juicio y deliquios de la naturaleza vecina ya a su fin. Esto mismo parece que nos gritan el lamentable estrago de costumbres, que con menosprecio de la sangre de Dios Hombre reina hoy en la mayor parte del Cristianismo, el libertinaje fatal de discurrir en puntos de roll-

(1) Habrá terremotos grandes por diversos lugares (Luc., 21, 11).

gión, que desde las Provincias del Norte se ha difundido a muchos Reinos de la Europa, queriendo introducir con sacrilego arrojo un impío escepticismo aun en el corazón de la Iglesia, la indiferencia, (por no decir irreverencia) con que las Potestades seculares tratan en muchas partes a la Esposa querida del Cordero, el desahogo irreverente, con que varias personas eclesiásticas manejan los más sagrados misterios de nuestra religión, atreviéndose quizá a introducirse en el Sancta Sanctorum, y a tocar el Arca viva de Dios un escandaloso *angelus Satanea qui colaphizat* (1) al Unigénito del Eterno Padre. Esta casi universal corrupción de costumbres, vuelvo a decir, junto con la extraordinaria y continua inquietud de la tierra, como que desasosegada tiembla al presentir su fin, me obliga a exclamar con San León Papa (y quizá con más urgentes fundamentos que este santo Pontífice): *Denunciatus dies, etsi occultus, non dubitatur esse vicinus*. (2)

Pero aunque salgan vanos mis temores, aunque no sea cierto que está ya inminente la última catástrofe de todo lo criado, a lo menos es indubitable que a todos nosotros nos está conminando la Justicia divina con un total y próximo exterminio. Esto nos claman los temblores, según David, que como intérprete de Dios nos declara el lenguaje del cielo: *De coelo auditum fecisti iudicium, terra tremuit*. (3) Esto nos gritan nuestros casi arruinados edificios, que desde los violentos terremotos de ahora dos años están por las bocas de sus aberturas y quiebras amenazando ruina, e intimando horror a todos los habitantes de esta grande capital. Esto mismo nos vuelve a repetir este novísimo y espantoso temblor, que el día Martes de Carnestolendas, después de haber conmovido y lastimado una grande parte de la Provincia, después de haber oprimido y sepultado muchos centenares de hombres con sus ruinas, después de haber desolado enteramente el asiento de Latacunga, y siete pueblos comarcanos, pasó a causar una violenta concusión no menor en nuestros

(1) un ángel de Satanás que abofetea (II Cor. 12, 7).

(2) El día anunciado, aunque todavía oculto, está indudablemente vecino (Serm. de Ioan.).

(3) Hiciste oír tu sentencia desde el cielo; la tierra tembló (Ps. 75, 3).

edificios, que en nuestros corazones, y para decir en cumplimiento de mi oficio pastoral todo lo que concibo, protesto sinceramente que al reflexionar sobre el día, y circunstancias de este último terremoto, me parece que Dios nos ha intimado por medio suyo aquella funestísima sentencia, que en otro tiempo notificó por medio de Jonás a la ciudad de Ninive: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur*. (1) ¡Oh Provincia y ciudad de Quito (me parece que oigo exclamar a la bondad divina), oh Nínive segunda, no menos en lo relajado que en lo opulento, más de dos años ha que el peso de mi indignación tiene medio agobiados vuestros edificios, y en acción de desplomarse para oprimir a sus habitantes! Todo este tiempo he procurado traerlos a una verdadera penitencia por el camino del temor, mostrándoos la tierra poco segura debajo de vuestros pies, y la muerte casi cierta sobre vuestras cabezas. Mi ira omnipotente no ha cesado de tronar sobre vosotros, haciéndoos conocer con la experiencia de los estragos propios, y con el ejemplar de las ajenas ruinas, que es cosa muy terrible tener por enemigo al Todopoderoso. Mi misericordia os ha dado continuas voces por medio de celosos predicadores y evangélicos ministros. Pero vuestra contumacia, superior a todos estos esfuerzos de mi piedad, se ha mantenido rebelde en mis ofensas. Ea, pues, ¡oh Provincia de Quito! supuesto que las amenazas no aprovechan, tiempo es ya de que, después de tantos truenos, despida mi indignación el rayo; solos cuarenta días os concede de plazo mi misericordia, y éstos serán los de esta cuaresma, que ya empieza, éste es el único espacio de salud, y el tiempo aceptable que os otorgo, para que por medio de una sincera penitencia evitéis la total y funestísima desolación que os amenaza. Allí os pongo a la vista la imagen de lo que os ha de suceder, en la infeliz Latacunga, reducida al menor impulso de mi furor a un montón de ruinas y de lástimas. Sus edificios todos arruinados, sus casas convertidas de habitación de vivos en sepulcro de muertos, el aire infestado con la putrefacción de los cadáveres, la tierra toda tajada y dividida, como que abriera bocas para quejarse de sus habi-

(1) Todavía cuarenta días, y Nínive será destruída (Jon. 3, 4).

tadores, que con la multitud y gravedad de sus pecados precipitaron sobre sí todo el peso de mi Justicia. Si este ejemplar horrible no os reduce, si la memoria de mi acerbísima muerte, que en estos cuarenta días se refresca, no os conmueve, si el recuerdo de mi sangre vertida, de mi amor despreciado, de mi cuerpo herido, despedazado y muerto no os convierte, sabed que, pasada la cuaresma, será cierta vuestra desolación: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur.*

Toda esta enfática conminación concibo yo que nos intima el terremoto de este Martes de Carnestolendas; y me confirmo mucho más en este juicio, al ver que el mismo Dios por medio de sus Escrituras parece que nos lo interpreta en esta misma significación. Apenas habrá eclesiástico alguno, que rezando la tarde del temblor los Maitines, no oyese sensiblemente la interpretación que David le daba en el salmo cincuenta y nueve. Oído todos y ved si en tales circunstancias pudo ser casualidad o misterio: ¡Oh Dios, tú nos has rechazado y destruído. Tú has conmovido la tierra, y la has conturbado. Tú has mostrado a tu pueblo la dureza de tu indignación. Tú nos has significado claramente que está muy irritada tu Justicia. Pero todo esto, ¿para qué? Para que aquellos que te temen, azorados con la amenaza, puedan evitar los tiros de tu furor por medio de la penitencia. *Deus repulisti nos, et destruxisti nos. Commovisti terram, et conturbasti eam. Ostendisti populo tuo dura; dedisti metuentibus te significationem, ut fugiant a facie arcus.* (1) Estas palabras de la Escritura que la misma tarde, como dije, y casi a la misma hora de la ruina, nos puso Dios delante de los ojos, están explicando claramente todo lo que significa este último aviso de su misericordia.

Ni hay que lisonjearnos, pretendiendo suavizar este fundado temor con la duda, de que toda esta rara combinación de circunstancias pudo ser efecto de un acaso. No ignoro que vivimos en un siglo infeliz fecundo de almas impías, que pretenden con Epicuro quitar a la Providencia divina el gobierno de este mundo y ponerlo en manos de la contingencia. No ignoro que abundan nuestros tiempos de ingenios relajados, que pre-

(1) Ps. 59, 3-6.

gunian con el blasfemo Nicanor: *Si est potens in coelo?* (1) Y se esfuerzan a desterrar de los corazones humanos el temor a la Justicia divina, atribuyendo todas las calamidades de hambres, pestes, terremotos y ruinas a causas naturales. Pero *cum coelum tonat, taceant ranae*. (2) Sepulten estos ignorantes materialistas en un vergonzoso silencio sus impíos aforismos, y oigan al Espíritu Santo, que con enérgica majestad está tronando lo contrario en sus Escrituras: *Omnia serviunt tibi*. (3) Sepan, que todas las causas segundas están perfectamente sujetas no sólo en el ser, sino también en el obrar a la primera Causa, quien tal vez las altera, las irrita y arma de actividad y saña para castigar por medio de ellas la insensatez de sus enemigos, *armabit creaturam ad ultionem inimicorum*. (4) Sepan que el desconcierto y revolución de los elementos, que ellos juzgan efecto natural de causas sublunares, no es otra cosa que una religiosa conjuración de todo lo insensible, que se abanderiza y arma contra los pecadores para vengar en ellos las ofensas de su Señor: *Pugnabit pro eo orbis terrarum contra insensatos*. (5) Sepan que el fuego que está encerrado en las entrañas de los volcanes y cavidades subterráneas, el granizo, que tempestuosamente se despeña de las nubes para talar las sementeras y los campos, la nieve que instantáneamente disuelta se precipita desde la cumbre de los montes en rápidas avenidas, el hielo, las tempestades y todas las demás criaturas en sus operaciones, y efectos ejecutan obedientes la soberana disposición de su Criador: *Ignis, grando, nix, glacies, spiritus procellarum, quae faciunt verbum eius*. (6) ¿Qué quiere significar David, (pregunta aquí San Agustín) con decirnos que estas criaturas insensibles son ministros ejecutivos de los decretos del Altísimo? Nos

(1) Si es que hay un poderoso en el cielo (II Mach. 15, 3).

(2) Cuando truena el cielo, callen las ranas (S. Agustín. Serm. 109 de temp.).

(3) Todas las cosas te sirven (Ps. 118, 91).

(4) Sap. 5, 18.

(5) Ibid. 5, 21.

(6) El fuego, granizo, nieve y hielo, el aliento de las tempestades, que cumplen su mandato (Ps. 148, 8).

advierde (responde el mismo Santo) que todos los acaecimientos de esta vida, aunque repugnantes y contrarios a nuestra voluntad, son conformes y arreglados a la voluntad de Dios: *Quare hic addit, quare faciunt verbum eius? Quia quidquid contra nostram voluntatem hic accidit, noverit id non accidere nisi de voluntate Dei.* (1) Pero contrayendo la materia al asunto presente de los terremotos, puedo asegurar que casi cuantas veces se hace en la Escritura mención de este espantoso fenómeno, es como de efecto peculiar y característico de la indignación divina. La tierra se conmovió y tembló; los fundamentos de los montes se asustaron y estremecieron, porque Dios está indignado con ellos, dijo David: *Commota est et contremuit terra; fundamenta montium conturbata sunt et commota sunt, quoniam iratus est eis.* (2) Y el Profeta Nahum repite que los montes se sacudieron, los collados se desolaron, la tierra se estremeció a la presencia airada de su Dios. *Montes commoti sunt ab eo; et colles desolati sunt, et contremuit terra a facie eius.* (3) Esto mismo contesta en muchas partes la sagrada Escritura.

Supuesto, pues, como indubitable, que los temblores no son otra cosa que una reverente palpitación de la tierra asustada a la presencia de su Dios airado, y supuesto también, como probable, que este presente terremoto tenga aquella funesta significación que arriba expuse; me veo obligado en cumplimiento de mi oficio, y a impulso del tiernísimo afecto, con que amo en Cristo a toda esta grey, que su Majestad me ha encomendado, a exclamar con el Bautista: *Poenitentiam agite.* (4) ¡Oh Provincia, oh Ciudad de Quito! ¡oh grey amada! nuestros pecados tienen altamente irritada la divina Justicia; su furor truena sobre nuestras cabezas, la tierra se estremera debajo de nuestros pies; las muertes, las desolaciones, las ruinas giran presurosas por todos nuestros contornos, la mayor parte de esta grande Provincia está ocultamente cruzada de venas sulfúricas y minas subterráneas, que se encenderán y reventarán furiosas a la menor

(1) In Psalm. CXLVIII.

(2) Ps. 17, 8.

(3) Nah. 1, 5.

(4) Haced penitencia (Mat. 3, 2).

centella de la ira omnipotente. Supuesto, pues, que por todos lados *terrores Domini militant contra nos*, (1) no nos queda otro recurso que apelar por medio de una sincera penitencia del tribunal de su Justicia al de su Misericordia: *Poenitentiam agite*. Aprovechemos este tiempo aceptable, estos cuarenta días de propiciación. No queramos a costa de una funestísima experiencia ver verificado en nosotros aquel terrible vaticinio: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur*. ¡Oh Nínive católica, (vuelvo a exclamar de lo íntimo de mi corazón) ¡oh rebaño costosísimo, comprado con la preciosa sangre del Dios Hombre! ved que éstos quizá serán los últimos silbos que os da el Mayoral divino por boca de este vuestro indigno Pastor. Tiempo es todavía de que todo el golpe de su Justicia se quede en solo amago, si con las lágrimas de nuestro arrepentimiento apagamos las llamas de su indignación. Una reformatión universal de costumbres, una humillación pronta y sincera, un corazón sólidamente contrito, serán interlocutores que entre las asperezas de su Justicia le acordarán a nuestro Dios las dulzuras de su Misericordia: *Cum iratus fueris, misericordiae recordaberis*. (2)

Para conseguir este fin, debemos todos, todos sin excepción alguna, hacer un severo, y reflexivo examen sobre la conducta de nuestro modo de vida; sobre la exacción, o negligencia en el cumplimiento de nuestras obligaciones; sobre los daños privados o públicos escándalos que hemos ocasionado, sobre las extorsiones, injusticias y otros pecados de esta clase, que suelen ser los que más irritan la divina paciencia; y procurar prontamente lavar con lágrimas penitentes las manchas, que reconociéremos en nuestras almas, y satisfacer con resolución generosa *in cinere et cilicio* (3) a nuestro irritado Dios. Pero, porque ningunas ofensas le son igualmente sensibles a su Majestad que las que recibe de sus sacerdotes y ministros, debemos ser nosotros los primeros en la penitencia, ya que quizá hemos sido causa principal del castigo: *Audite haec*

(1) Los terrores del Señor pelean contra nosotros (Job. 6, 4).

(2) Habac. 3, 2.

(3) Entre la ceniza y el cilicio (Luc. 10, 13).

sacerdotes, attendite iudicium. (1) Y aun me atrevo a decir resueltamente con el Doctor Máximo San Jerónimo que algunos sacerdotes impíos y escandalosos han sido el impelente más violento para estas desolaciones y ruinas: *Causa sunt ruinae populi sacerdotes mali.* (2) Qué significa el que en los temblores de ahora dos años fuesen los hermosísimos templos de esta grande capital los que más estrago y daño padecieron, sino que *unde peccatum, inde iudicium?* (3) ¿Qué misterio tiene el que en el presente terremoto, hayan sido casi todas las iglesias de Latacunga y su comarca el primero y principal objeto de la indignación divina, sino que, *sic Deus irascitur, peccantibus sacerdotibus, ut etiam sacratis locis suis, vasisque non parcat.* (4) No tenéis, oh sacerdotes, ministros del Altísimo, no tenéis que inquirir el origen de estos espantosos castigos, que está lloviendo el cielo airado sobre nosotros: *Peccata nostra responderunt nobis.* (5) Dios nos ha escogido para familiares de su casa, pacificadores de su justicia, dispensadores de su sangre, celadores de su Ley, e intercesores por todo el género humano. Cuando un sacerdote se llega al tremendo sacrificio de la Misa, va como un embajador de la Iglesia ante la augustísima Trinidad a tratar los negocios de mayor importancia que pueden ofrecerse en cielo y tierra. Allí con unas palabras fecundas de milagros convierte una pequeña substancia de pan en la carne de Dios vivo. Allí al sonido de una voz omnipotente atrae al Encarnado Verbo desde el seno del Eterno Padre, y teniéndole en sus manos, con asistencia y asombro de las Jerarquías celestes, le ofrece y sacrifica para la salud del mundo. Allí tiene por delante en el Cáliz todo un mar de misericordias formado de la sangre del Cordero, para que por medio suyo se deriven a toda la Iglesia arroyos de gracias y beneficios. ¡Qué audacia, pues, será tan portentosa, que haya sacerdotes, que con horror de los

(1) Oíd esto los sacerdotes, y escuchad la sentencia (Os. 5, 1).

(2) In Registr.

(3) De donde sale el pecado, de allí mismo viene la sentencia (S. Hieron. in Ezech).

(4) Tanto se aira Dios con las culpas de los sacerdotes, que no perdona ni a los lugares ni a los vasos sagrados (Prop. de Prom, et Frad. P. II, c. 24).

(5) Nuestros pecados respondieron por nosotros.

Ángeles que les asisten, se lleguen a ofrecer a la augustísima Trinidad *panem pollutum*, (1) que se atrevan, como dice San Pablo, *russum crucifigentes*, (2) a crucificar segunda vez al Unigénito del Eterno Padre en su misma presencia! ¡Que arrojen en un pecho, cueva de dragones, e inmundicias, al más hermoso entre los hijos de los hombres y única delicia de los Ángeles! ¡Que con unos movimientos afectados y ridículos, con unas acciones apresuradas e inmodestas, con unas ceremonias imperfectas y atropelladas hagan en una ligerísima misa gravísimas ofensas a su Dios, arrojándose con su precipitación irreverente a inquietar, como se explica Tertuliano, el honor de la Divinidad: *Honorem inquietant divinitatis*! (3) No extrañéis, pues, vuelvo a decir, sacerdotes, ministros del Altísimo, no extrañéis que altamente irritada la indignación divina con tan enormes sacrilegios les mande a los Ángeles ministros de su cólera, que trastornen y arruinen las ciudades, diciendo: *A sanctuario meo incipite*. (4) No extrañéis que vuestras oraciones, como graznidos de cuervos, en vez de atraer a los pueblos serenidad y sosiego, sólo les prenuncien nublados de miserias y tempestades de trabajos: *Corvi singultu quodam latrantes, ventosum imbrem praesagiunt*. (5)

El segundo desorden, semejante al primero, es la irreverencia de los católicos en los templos. Ya por desdicha nuestra hemos llegado a un tiempo, en que la vanidad, la murmuración, los escándalos se han trasladado de las plazas a las iglesias, de los teatros a los santuarios, de las salas a los altares, sin que basten a retrenarlos ni lo sagrado del lugar, ni el celo de los sacerdotes, ni lo sacrosanto de los sacrificios, ni la tremenda presencia de la divinidad, que cortejada de celestiales espíritus asiste en los templos como en su propia casa. ¡Ah, cuánto temo, (exclamare con los Padres del Concilio Meldense) cuánto temo que la desola-

(1) un pan manchado (Mich. 1).

(2) Hebr. 6, 6.

(3) De culto femin. 15; Apol. 36.

(4) Empezad por mi santuario (Ezech. 9, 6).

(5) Cuervos que con el sollozo de sus graznidos anuncian vientos y lluvias (S. Bern. L. XV, c. 35).

ción de esta Provincia sea efecto de esta especie de ateísmo, que se ha introducido entre los fieles: *Magnopere cavendum est ne tam manifesta religionis destructio, regni huius sit desolatio.* (1) Son las iglesias santas lugares de oración, casas de refugio y habitación de Dios. Cuantos objetos se nos presentan en ellas, nos están inspirando una religiosa ternura y reverente temor. Allí está reducida a un breve círculo de nieve, para ser el blanco de nuestra fe; aquella inmensa Majestad, para quien es corto el ámbito de los cielos. Allí se está ardiendo de amor para con los hombres aquel hermosísimo Señor, que hace eternamente dichosos a los Serafinos sólo con dejarse amar de ellos. Allí reside de asiento el Unigénito del Eterno Padre, para que tengamos siempre con nosotros un continuo abogado, que en la causa de nuestra salvación *postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*, (2) hablando por las bocas de sus llagas, y perorando con las voces de su sangre ante el consistorio supremo de la Trinidad Santísima. Allí en las píxides y sagrarios tenemos siempre prevenida la mesa con el pan de los Angeles para nuestro sustento. En los confesionarios tenemos abierto el tribunal de la misericordia para la remisión de los pecados. En las pilas bautismales se nos representa aquel Jordán sagrado, en donde, purificadas nuestras almas de la culpa, recibieron el carácter del Cristianismo y la adopción de hijas de Dios. Todo finalmente está clamando: *Non est hic aliud, nisi domus Dei, et porta coeli.* (3) Pero la insensibilidad de los fieles ha convertido ya en teatro de desprecios el lugar de las adoraciones, y en domicilio de culpas el propiciatorio del Señor. ¡Cuántos cristianos (traspasado de dolor lo digo) cuantos cristianos se miran en los templos, irreverentes, indevotos, impíos con tales risadas, movimientos y gestos, que parece que *moventes capita sua*, (4) están mofando segunda vez a Jesucristo como los Fariseos!

(1) Mucho hay que temer que tan manifiesta destrucción de la religión venga a causar la desolación de este reino (Baronio. T. X, ann. 850).

(2) Pide por nosotros con gemidos inenarrables (Rom. 8, 26).

(3) No es esto otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo (Genes. 28, 17).

(4) Meneando las cabezas (Marc. 15, 29).

¡Cuántas mujeres profanas, escandalosas y con unos ropajes más cortos que su vergüenza, entran continuamente a la casa de Dios tan cargadas de adornos, joyas, sedas y encajes, que parece que llevan sobre sí una andante mercadería!—*ut luxuriam negotientur*, (1) como se explica Tertuliano. ¡Qué tienen, pues, que extrañar los fieles, que irritado Jesucristo con tan enormes desacatos forme segunda vez *quasi flagellum de funiculis*, (2) y llueva sobre nosotros azotes y castigos? Por sólo haber levantado los ojos los Betzamitas para ver con irreverencia al Arca del Señor, los castigó tan severamente su Majestad, que a más de cincuenta mil de ellos les quitó prontamente la vida. Y los cristianos, que no sólo miran con irreverencia, sino que tratan con desprecio al Arca viva del Señor, ¿no temerán que los Angeles, que asisten al Sacramento, encendidos en furor sagrado estremezcán las columnas del templo, y con el celo de Sansón desplomen todo el edificio sobre los que están dentro de él como unos Filisteos? Témanle, y adviertan que ya Cristo les ha intimado la sentencia por boca de San Pablo: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet eum Dominus*. (3)

El tercer desorden, que suele castigar severamente el cielo, por ser el más común y menos perseguido acá en la tierra, es el de los concubinatos y públicos escándalos en puntos de lascivia. Las desolaciones de aquella ciudad tan querida de Dios, Jerusalén, las atribuye el Profeta Jeremías a la licenciosa multitud de fornicarios que había en ella. *Tu autem fornicata es cum amatoribus multis*; (4) y si la copia de lágrimas nos permite libre el uso de los ojos para volverlos por toda esta atribulada Provincia, veremos tan extendido este maldito fuego, que no será difícil persuadirnos a que en sus impuras centellas se han encendido los volcanes que nos arruinan. Pero lo que más vivamente me penetra de dolor el alma, no es ver tan universalmente propagado este vicio, sino

(1) Para negociar en lujuria (De cult femin.).

(2) Uno como látigo de cordeles (Ioan. 2, 15).

(3) Si alguno profanare el templo de Dios, lo acabará el Señor (I Cor., 3, 17).

(4) Mas tú has fornicado con muchos amadores (Jerem. 3, 1).

el descaro con que se difunde, los títulos con que se apellida y los coloridos con que se protege. Cristianos hay, todos de carne, a quienes, según David, *prodit quasi ex adipe iniquitas*, (1) que no se horrorizan de decir que sólo es una fragilidad de la naturaleza, un hervor de la sangre, un ímpetu de la juventud; y que si Dios hubiera de destruir las ciudades por esta causa, ya todo el mundo estuviera sepultado en sus ruinas. Confieso que al considerar que estas y otras impías proposiciones se profieren con gusto, y se oyen sin escándalo entre algunos católicos, quedo íntimamente penetrado de un vivo sentimiento, y, poseído de un ardiente celo de la honra de mi Dios, quisiera convertirme de indigno Pastor de su rebaño, en digno León del carro de su gloria. ¡Ah, ovejas descarriadas! yo os aseguro que en toda la sagrada Escritura no hallaréis pecado, contra cuya malicia haga su Majestad tan acres y vehementes invectivas; no encontraréis culpa que le haya provocado a tan terribles y espantosos castigos. ¿Por qué destruyó Dios todo el género humano, y arrojó al infierno a más de medio mundo en tiempo del universal diluvio?—Por el pecado de la incontinencia. ¿Y será éste una fragilidad humana? ¿Por qué llovió fuego y rayos sobre las cinco ciudades de Pentápolis, haciendo que el infierno bajase desde el cielo para consumir a aquellos infelices? —Por el pecado de la carne. ¿Y será éste una disculpable flaqueza? ¿Por qué destruyó a todos los habitantes de Siquem? ¿Por qué quitó la vida a veinticinco mil personas de la tribu de Benjamín? ¿Por qué mandó matar a otros veinticuatro mil del pueblo de Israel?—Por el pecado de impureza. ¿Y será éste un disimulable desliz de la juventud? ¿Por qué, finalmente, por qué le dijo al Patriarca Noé que sentía un íntimo dolor en su corazón, y un vivísimo arrepentimiento de haber criado a los hombres?—Por el pecado de la lascivia. ¿Y se juzgará todavía que éste es un delito tan fácilmente condonable? Un pecado (al decirlo, tiemblo todo de horror y me estremezco), un pecado cuya malicia, traspasando de dolor el corazón divino, le obliga a arrepentirse de habernos criado: *Tactus dolore cordis intrinsecus*,

(1) Les brota, como de la propia gordura, la iniquidad ((Ps. 72,7).

delebo, inquit, hominem, quem creavi; poenitet enim me fecisse eos; (1) un pecado, que, según se explica Job, es el mayor o máxima de las iniquidades, *iniquitas maxima;* (2) un pecado, que en sentir de Santo Tomás, es el que nos arroja más lejos de Dios y más cerca del infierno: *per concupiscentiam maxime recedit a Deo;* (3) un pecado, finalmente, por el cual, a excepción de los párvulos, los más de los hombres se condenan, como lo afirma San Remigio: *ex adultis propter carnis vitium pauci salvantur;* (4) un pecado, digo, de esta deformidad, de este carácter ¿irritará poco la Justicia divina? ¿No será causa bastante, para que Dios arruine esta Provincia la que fué motivo sobrada para que su Majestad destruyese todo el mundo?—*Delebo hominem?*.... Ocasión será ésta de expresar de algún modo el profundo dolor que me ocasionan los trajes de algunas mujeres tan escandalosas y inmodestas, que aun los Gentiles, e idólatras se taparon de rubor los ojos; y también los bailes, y fandangos impúdicos, cuya obsena armonía causa una horrible disonancia en los oídos divinos. Pero la cortedad del tiempo me obliga a pasar a otros asuntos.

El cuarto y último desorden es el de los odios, divisiones, y enemistades, principalmente entre personas de distinción, carácter y dignidad. Es evidente, que, así como la paz, la caridad y la mansedumbre de corazón son un rocío celestial, que fertiliza las ciudades y hace florecer los pueblos: *Mansuetudo mea multiplicavit me;* (5) así también las discordias, los rencores, las divisiones mutuas; son la más cierta ruina y desolación de los reinos. Verdad es ésta infalible, que tiene en apoyo suyo toda la autoridad del Dios Hombre: *Omne regnum in seipso divisum*

(1) Herido por dentro de dolor el corazón, "destruiré—dijo—al hombre a quien di el ser, porque me pesa de haberle creado (Gen. 6, 7).

(2) Job. (31, 1).

(3) 1ª IIac, q. 37, art. 5.

(4) Entre los adultos, por el vicio de la carne, pocos son los que se salvan (*apud Vanaal. Quadrag. Predic. di Lascivia*).

(5) Mi mansedumbre fué causa de que me engrandeciera (II Reg. 22, 36).

desolabitur, et domus supra domum cadet. (1) Hagamos ahora una seria reflexión sobre este oráculo del Evangelio y sobre las ruinas que ha experimentado esta infeliz Provincia, y fácilmente reconoceremos que de la oposición de los ánimos, han aprendido discordia los elementos, y de la ruina de la caridad cristiana, se ha seguido como efecto necesario la desolación de los edificios. Rencorosos hay entre nosotros, que por de fuera son hombres, y furias infernales por dentro: *Qui odium portat in corde, diabolus est,* (2) Rencorosos, que abrigan en sus corazones un volcán de obscurísimo fuego, y en su boca una aljaba de saetas para consumir y despedazar a todas horas a sus enemigos: *Dentes eorum arma et sagittae; linguae eorum gladius acutus.* (3) Pero tengan por cierto, que al mismo tiempo que ellos están entre turbulentas ideas maquinando la destrucción de sus prójimos, les está la indignación divina disponiendo por medio de los elementos una total desolación: *Incidit in foveam quam fecit. Convertetur dolor eius in caput eius, in verticem ipsius iniquitas eius descendet.* (4) No hay que cansarnos con rogativas con procesiones públicas, con clamores al cielo; si queremos mitigar la cólera omnipotente de nuestro Dios airado, *dimittite, et dimitemini.* (5) Arruinemos los odios en nuestros corazones, y quedarán libres de las ruinas nuestros edificios. Esto es lo que nos pide el Hombre Dios crucificado, con tantas bocas cuantas llagas tiene; con tantos gritos cuantas gotas de sangre derrama por nosotros: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* (6) Esto es la última lección, que nos dejó como un testamento, estando ya para expirar en la cruz: *Caput hostibus inclinavit, non titulo:* (7)

(1) Todo reino dividido dentro de sí mismo será desolado, y caerá una casa sobre otra (Luc. 11,17).

(2) Quien lleva odio dentro de su corazón, es un demonio (S. Aug. Serm. ad frat. in erem.).

(3) Sus dientes son armas y saetas; sus lenguas, espada aguda (Ps. 56, 5).

(4) Caerá en el cepo que cavó. Volvóse contra su cabeza el dolor (que quiso inferir a otro), y sobre su frente caerá su propia iniquidad (Ps. 7,16-17).

(5) Perdonad, y seréis perdonados (Luc. 6, 37).

(6) Mas yo os digo: amad a vuestros enemigos (Mat. 5,44).

(7) Incluyó la cabeza a sus enemigos, no al título (Drog.).

volvióse a sus enemigos, y con una dulcísima inclinación de su divino rostro se despidió de ellos, dejando hacia atrás como olvidados los títulos de su grandeza. Pero si acaso hay entre nosotros corazones tan rebeldes, que se quieren mantener firmes en sus enemistades, aun a vista de un Dios crucificado y muerto, tengamos por infalible nuestra total destrucción. A nuestras lágrimas, y clamores responderá su divina Majestad con desprecio lo que al otro siervo del Evangelio: *Nonne ergo oportuit, et te misereri conservi tui?* (1) No espere piedad de mí, quien no la supotener con sus hermanos. Yo padecí afrentas, porque vosotros fuerais honrados; yo me dejé coronar de espinas, porque vosotros os coronaseis de gloria; yo subí al patíbulo de la cruz, porque vosotros subierais al trono de la inmortalidad; yo lavé con mi sangre vuestras culpas, y os compré con mi muerte una eternidad de vida. Pecasteis, y yo os he disimulado; me ofendisteis, y yo os he perdonado; violasteis mis preceptos, y yo no me he cansado de sufiros; aumentáronse vuestros delitos, y se han aumentado al mismo paso mis misericordias. Esta ha sido mi piedad para con vosotros; y ¿cuál ha sido la vuestra para con mis redimidos? Yo tan tierno, ¿y vosotros tan duros? Yo tanto amor, ¿y vosotros tanta aspereza? Yo tan blando aun con mis enemigos, ¿y vosotros tan rencorosos aun con vuestros hermanos? Ya, pues, no hay que esperar misericordia: *Non parcam, quia non perpercit.* (2)

Estos son los principales desórdenes, que piden un pronto remedio en esta atribulada Provincia, para que por medio de su extirpación podamos mantener en pie nuestras ciudades. ¡Hermanos míos! (vuelvo a exclamar de lo íntimo de mi corazón), rebaño escogido de Jesús! Dios nos ha mostrado el azote, para que atemorizados de su Justicia nos valgamos de su sangre, y busquemos seguridad y refugio entre sus llagas. No despreciemos sus avisos, porque es cosa terrible irritar la paciencia de

(1) ¿No era, pues, preciso que también de compadecieras de tu compañero? (Mat. 18,33).

(2) No perdonaré, porque no ha perdonado.

un Dios omnipotente: *Horrendum est Deum irritare*, decía todo asustado Clemente Alejandrino. (1) Procuremos por medio de una humilde y llorosa confesión disponernos a una Comunión general, a la cual exhorto a todos; para que, siendo universal la adoración y el obsequio, lo sea también la expiación y la misericordia. En cada lugar será el día de la comunión, el que señalase el Ordinario; en esta Capital será el día del gran Patriarca San José, Padre del Redentor de los hombres y Esposo de la Emperatriz de los Angeles. *Ite ad Joseph*. (2) Los ruegos de este poderosísimo Patriarca suenan en los oídos de Jesús como preceptos, pues parece que su Majestad divina conserva allá en el cielo aquella especie de sumisión reverente, con que le miraba acá en la tierra. Valgámonos, pues, de su patrocinio y mientras llegue el tiempo, de que se publique una misión, que he dispuesto para después de Pascua, clamemos por medio suyo a la divina misericordia: *Parce, Domine, populo tuo parce; ut dignis flagellationibus castigatus in tua miseratione respiret*. (3)

Omnia ad maiorem Dei Deiparaeque Virginis sine labe conceptae honorem et gloriam. (4)

(1) (In Amos. c. 2).

(2) Id a José.

(3) Perdona, Señor, perdona a tu pueblo, para que, después de castigado con justos azotes, respire en tu misericordia.

(4) Todo a mayor gloria y honra de Dios y de la Virgen, madre de Dios, concebida sin mancha.

O R A C I O N

F U N E B R E

**PREDICADA
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS**

Que al cabo de año se hicieron a la feliz memoria

DEL Ilmo. SEÑOR DOCTOR

D. JUAN NIETO

POLO del AGUILA,

O B I S P O

DE LA CIUDAD DE QUITO

en su Iglesia Catedral el día 17 de Marzo de 1760

Por el R. P. JUAN BAUTISTA DE AGUIRRE

**De la Compañía de Jesús, Catedrático que fué de Filosofía
y actualmente de Teología en la Real Universidad de
S. Gregorio Magno de Quito.**

Dalo a luz

**el Sr. Dr. Don JUAN GREGORIO FREIRE, secreta-
rio que fué en los dos Obispados de Sta. Marta y Quito
del Ilustr. difunto y Canónigo de la Sta. Iglesia Ca-
tedral de esta Ciudad.**

Con las licencias necesarias. Impreso en Quito,

Año de 1760.

Domine, tu scis quod abominer signum gloriæ meæ, quod est super caput meum. (1) (Esth. c. 14, v. 16)

¿Qué asombro es el que os posee, humanísimos oyentes? Mejor diré, ¿qué asombro es el que os desposee tanto de vosotros mismos, que, divorciando la razón del alma, os deja con vida y sin sentido? Transformados en vivos simulacros del espanto, nada me habláis, y os oigo mucho: porque ese vuestro enfático silencio se está explicando en una especie de idioma, que lo entienden los ojos y hace eco acá en el alma. *Siccine* (grita en mudas cláusulas vuestra confusión) *siccine separat amara mors?* (2) ¿Es posible que el mejor sol de nuestra América, el segundo Elías de nuestros tiempos, el celador de la divina Ley, la gloria de las ínfulas, el honor del santuario, el Ilustrísimo y venerable Señor Doctor Don JUAN NIETO POLO del AGUILA se ha convertido finalmente en pavesas, en polvo, en humo, en nada? ¿Es posible que la muerte abatió la cerviz y despedazó las plumas de aquella mística Aguila, que condujo por una gran parte de este nuevo mundo el carro de la gloria de Dios? ¿de aquella Aguila, cuya cabeza pudo serlo de un oráculo,

(1) Señor, tú sabes que miro con horror esta insignia de gloria que llevo en la cabeza.

(2) ¿Así, así separa la amarga muerte? (I Reg. 5,32).

cuyas plumas pudieron servir de columnas en el templo de la sabiduría, cuyo pico de oro lo quisiera la fama para formar de él su más canoro y más fecundo clarín? *Siccine, siccine?* ¿Así, así se introduce la polilla de la muerte aun entre las púrpuras sagradas, con que se adorna la Esposa del Cordero? ¿Así apagan sus sombras, aun a las mayores lumbreras que brillan en el *Sancta Sanctorum*? ¿Así deriba su hoz a los cedros más sublimes que coronan la frente del sagrado Líbano? *Ulula, abies, quia cecidit cedrus.* (1) ¡Oh, cuánta luz comunican al alma las sombras de ese féretro! ¿Esto habían sido la pompa y grandeza de este mundo? ¿luz efímera, que sólo resplandece aquel momento que basta para causarle humos al que ilustra? *Siccine?* ¿Esto habían sido las riquezas? ¿tierra o polvo brillante, que marchita todo su resplandor luego que llega a mezclarse con las cenizas del sepulcro? *Siccine?* ¿Esto habían sido los adornos y galas? ¿banderas de la vanidad, que sostenidas de una débil vara, las precipita a tierra el soplo de la muerte? *Siccine?* ¿Esto habían sido las dignidades y tronos? ¿máquinas fundadas sobre el aire, que un aliento las fabrica en la vida y un desaliento las arruina en la muerte? *Siccine? siccine?* Sí, sí, esto habían sido las cosas de este mundo; mas quizá nada de esto serían, porque ya nada son: *In nihilum redacta sunt.* (2) Los mantos y las púrpuras son relámpagos de luz, que luego se consumen; los báculos y cetros son írides de oro, que luego se deshacen; las mitras y coronas son estrellas errantes, que luego desaparecen; toda la majestad y grandeza es flor efímera, que al menor soplo de la Parca se marchita, al menor cierzo se deshoja, al menor impulso se despedaza. *Siccine separat amara mors?*

¿No son éstas, discretísimo auditorio, las verdades que os están sugiriendo esas venerables cenizas? ¿No son éstas las luces que está encendiendo en vuestra reflexión ese ilustrísimo polvo? Sí, sí. *Dabo autem operam et frequenter habere vos post obitum meum, ut horum.*

(1) Alza el grito, oh pino, porque cayó el cedro (Zach. 11,6).

(2) Han sido reducidas a la nada (Job. 16,8).

memoriam faciatis, (1) decía el Apóstol San Pedro a los primeros fieles: Yo procuraré, aun después de muerto, que tengáis siempre presentes estas importantes verdades, *post obitum meum ut horum memoriam faciatis*. Y esto mismo es lo que practica hoy con nosotros nuestro celoso y amantísimo prelado: nos da en los ojos con sus mismas cenizas, para que veamos en ellas nuestra nada; procura, aun después de muerto, traernos a la memoria aquella verdad que repetía Su Ilustrísima tantas veces cuando vivo: *Omnia vanitas et afflictio spiritus*, (2) la grandeza y pompa de este mundo son un engaño colorido, todo espinas en el fondo, todo flores en perspectiva. ¡Oh, si todos, señores, oh, si todos hubierais sido testigos de la fuerza y alma que infundía a estos desengaños su enérgica viveza!

Ello era cosa admirable, ver a nuestro Ilustre Prelado en lo mejor de su edad, navegando en el mar de este siglo, como en un golfo de leche, todos los vientos favorables a popa, todas las ondas en bonanza, todas las estrellas con aspecto risueño; mas él tan superior a su grandeza y a sí mismo, que temía como borrasca la serenidad y como escollos del sosiego las insignias de su fortuna. ¡Con qué esfuerzos no procuró sacudir de sus hombros la alta dignidad de Esposo tuyo, oh insigne Catedral de Quito! ¡qué súplicas no dirigió ya a Madrid, ya al Vaticano, sobre arrojar de su mano el cayado de oro con que os pastoreaba, oh nobilísima grey, suspirando siempre por cambiar el resplandor excelso de la mitra por la humilde obscuridad de un bonete!

Domine, tu scis, (oíd los votos con que solicitaba las piedades de su Dios, cuando más altamente engolfado en el mar de sus dichas) *Domine, tu scis quod abominer signum gloriae meae, quod est super caput meum*. Oh Dios, a quien únicamente se le debe todo honor, toda gloria, bien sabes, gran Señor, con cuánto ardor deseo mirar debajo de mis

(1) II Petr. 1,15.

(2) Todo es vanidad y aflicción de espíritu (Eccl. 1,14).

pies esta gloriosa insignia que traigo sobre mi cabeza: *Signum gloriae meae, quod est super caput meum*. Bien sabes y sé yo que los diamantes de esta mitra no ilustran como luces, sino bruman como piedras; que su círculo de oro parece laurel en la frente, y es dogal en el alma; parece iris por de fuera y es tempestad hacia dentro: *Quid potestas culminis, nisi tempestas mentis?* (1) ¡Y ojalá supieran todos esto mismo! *Utinam saperent!* (2) ¡Ojalá conocieran que las insignias más gloriosas de la grandeza humana son, *sicut foenum tectorum*, (3) aristas de beno, arraigadas en el viento sobre paja y humo, que sin dar fruto alguno se marchitan; son ramos de palma pintados en la frente de los grandes, que sólo arrojan hacia el corazón espinas por raíces: *Ante frontes picturae palmarum*. (4) ¿Qué otra cosa fueron que sombras y pintura la fortuna de César, la felicidad de Polícrates, los triunfos y gloria de Alejandro? ¿Qué fueron los ejércitos de Jerjes, las flotas de Salomón, los tesoros de Creso, los palacios de Ciro, los edificios de Démades, los aplausos de Tito, las galas de Atalo, los jardines de Alcínoo? *Cuncta haec palmae non sunt, sed picturae palmarum*. (5) Todo ello fué sombra o pintura de grandeza que desvanecida con el soplo de la muerte, quedó en nada. Pues todo es nada, ¡oh, si pudiera arrojar de mis sienes esta brillante nada que las oprime y que suele deslumbrar con su mentido esplendor de fantasía! *Tu scis, quod abominer signum gloriae meae quod est super caput meum*.

¿Habéis oído, señores, las verdades de que estaba íntimamente penetrada la grande alma de nuestro Ilustre Prelado, cuando vivo? ¿No son éstas mismas las que os está ahora prácticamente persuadiendo, cuando muerto? Sí, ellas son: *Dabo operam post obitum meum, ut horum*

(1) ¿Qué es el poderío de la cumbre sino tempestad en la mente? (Greg. Pastor, c. 9).

(2) Deuter. 32, 29.

(3) Ps. 128, 5.

(4) Ezech. 40, 16.

(5) Todo aquello no fueron palmas, sino pinturas de palmas. (Greg. hom. 17, in Ezech).

memoriam faciatis. Nada somos, os gritan esas cenizas venerables. Y yo, haciéndome intérprete de sus cláusulas, os persuadiera también en este rato, que las dignidades y grandezas de este mundo, son un resplandeciente engaño, una ilustrísima nada, si estuviera tan persuadido a esta verdad, como nuestro ilustrísimo difunto. Pero yo discurro algo diversamente. Convengo en que la grandeza de esta vida es nada para quien la aprecia mucho, convengo en que es vanidad para quien con vanidad la pretende; pero al mismo tiempo afirmo que es verdadera grandeza para quien, como nuestro Ilustrísimo, la rehusa, la desdenea, la pisa. Con dos pasajes de la Escritura aclararé mi pensamiento.

Refiere el Evangelista San Marcos que los dos Apóstoles Santiago y San Juan, animados o de la confianza que les inspiraba el amor de su Maestro, o de las persuasiones que les sugería el ambicioso deseo de engrandecerse, pidieron a nuestro Redentor que les diese las dos primeras y más gloriosas sillas de su Reino: *Da nobis ut unus ad dexteram tuam et alius ad sinistram sedeamus in gloria tua*. (1) Poco tiempo después, hallándose Su Majestad con todos sus apóstoles en el Cenáculo, y animando con promesas llenas de dulzura su confianza, les decía: Amados hijos y discípulos míos, ¿qué cortedad es la vuestra? Hasta ahora no habéis pedido cosa alguna: pedid y estad ciertos de que a vuestros ruegos está vinculada la asecución de cuanto deseaseis: *Usque modo non petistis quidquam: petite et accipietis*. (2) Repara San Agustín y habréis reparado todos en la aparente antilogía de estos dos textos. ¿Cómo asegura la Verdad eterna que no habían pedido sus discípulos cosa alguna, siendo cierto que San Juan y Santiago le habían pedido, y pedido mucho? *Da nobis*. Los dos primeros tronos, las dos mayores dignidades del Cristianismo a que aspiraban los pretendientes ¿no son cosa? El pedir esto ¿es pedir nada? Sí, responde Cristo Nuestro Señor, sí: *non petistis quidquam*; porque las grandezas humanas nada son. Esto

(1) Concédenos que nos sentemos en tu gloria, el uno a tu derecha y el otra a tu izquierda (Mc. 10,37).

(2) Io. 16,14.

parece, señores, que es confirmar los dictámenes que os está sugiriendo el desengaño, y que tantas veces inculcaba nuestro ilustre difunto. *Omnia vonitas*. Pero pasemos adelante.

Habló Dios a Moisés en la zarza, y le mandó que pasase a la corte de Menfis con el carácter de enviado extraordinario a Faraón, y guía del pueblo de Israel: *Veni, et mittam te ad Pharaonem, ut educaſ populum meum, filios Israel*. (1) Rehusó Moisés humilde el empleo, y persistió repetidas veces en eximirse de él, representando su inhabilidad e insuficiencia. *Quis ego sum ut vadam? Incircumcisuſ labiis sum. Domine, mitte quem missuruſ es*. (2) Ningún efecto tuvieron sus propuestas; intimóle Dios que obedeciese; confirmóle la investidura de enviado, y le añadió que lo elevaba a ser dios de Faraón: *Ecce constitui te deum Pharaonis*. (3) ¡Rara desigualdad entre las dignidades a que aspiraron los apóstoles y la que rehusó Moisés! ¿Por qué, señores, por qué los dos primeros tronos del Reino de Cristo han de ser nada para San Juan y Santiago—*non petistis quidquam*—, y el empleo de embajador a un rey gitano y de pastor de una nación cautiva ha de ser una como divinidad para Moisés—*constitui te deum Pharaonis*? Mas ¿por qué había de ser? Los dos apóstoles aspiraron, pretendieron, pidieron para sí aquellas dignidades—*da nobis, da nobis*: por esto para ellos fueron nada—*non petistis quidquam*; Moisés por el contrario desdeñó esta oira, aun cuando Dios se la ofrecía—*quis ego sum ut vadam?*: por esto fué para él una sólida, sublime y casi divina grandeza—*ecce constitui te deum*. No hay que dudar, señores, esta es la naturaleza de las dignidades de este mundo: al que ambicioso las enamora, y las coloca sobre su cabeza, lo abaten; al que generoso las desprecia y las pone debajo de sus pies, lo elevan.

(1) Ven y te mandaré a Faraón, para que saques a mi pueblo; los hijos de Israel (Ex. 3,10).

(2) ¿Quién soy yo para ir? Soy de labios incircuncisos. Ruégote, Señor, manda a quien has de mandar (Ex. 3,11; 4,30; 4,13).

(3) Ex. 7,1.

Empezad ya, oh nobilísimo rebaño, a medir por esta regla la grandeza de vuestro ilustre Pastor difunto. Apartad la vista de esas gloriosas cenizas que os llenan de lágrimas los ojos, y reflexionad sobre la celsitud de aquella alma verdaderamente heroica, muy superior siempre a las grandezas de esta vida, de aquella dichosísima alma, que ya, si no me engaña mi esperanza,

.....nubesque vagas et lucida mundi

sub pedibus videt astra suis novus hospes Olympi. (1)

Ya a lo menos, para suavizar de algún modo el dolor que os ha ocasionado la irreparable pérdida de tan grande príncipe, dirigiré mi oración a evidenciaros que él fué un Prelado máximo por lo mucho que hizo, pero que fué mayor porque lo hizo todo, pretendiendo ser nada. Empezamos pidiendo gracia a aquella bellísima Virgen que, desde un principio, estuvo llena de ella.—Ave Maria.

Tu scis, quod abominer signum gloriae meae, quod est super caput meum.

(Esth. c.14, v. 16)

Aquella respiración venenosa—*eritis sicut dii*, (2) con que inficionó la serpiente el corazón del primer hombre, ha sido un aire pestilencial, *spiritus vertiginis*, (3) que mareando a todo el género humano les trae en continuo trastorno las cabezas. Girad con la consideración todo el mundo y avisadme, señores, si se halla en él algún Olimpo tan elevado que con frente serena mire siempre hacia abajo las rátagas de la ambición, *sub pedibus nimbos*? (4) Avisadme si se halla algún Elías quo

(1) Mira bajo sus pies el nuevo huésped del cielo las nubes vagarosas y los lucientes astros del mundo.

(2) seréis como dioses (Gen. 3,5).

(3) espíritu de vértigo (Is. 19,14).

(4) bajo los pies las nubes.

no quiera cambiar su manto de pieles con la púrpura de Acab, algún Moisés que no aspire a trocar la servidumbre de Israel por la dignidad de príncipe de Egipto, algún Samuel que repugne dejar la escoba de la mano para tomar en ella el pastoral de Helí, algún tizón humoso de Isaías que no desee colocarse en los brillantes candeleros del Apocalipsis. Avisadme, mas ¿dónde lo hallaréis, si el aire de la ambición es, según San Bernardo, un torbellino impetuoso, *omnes torquens* (1) que sin respetar circunstancias ni tiempo, sexos ni edades, condiciones ni estados, acomete triunfante, no menos a las cumbres del Líbano que a las llanuras de Sennaar, no menos a los teatros que a las basílicas, a las chozas que a los pináculos, a los telonios que a los altares—*omnes torquens*. Caen (¿quién no lo sabe?) caen precipitados al impulso de sus ráfagas los palacios de Babilonia, pero también se estremece el templo de Jerusalén; se arruinan los torreones excelsos de la Asiria, pero también tiemblan los collados de la Tierra Santa; se despedazan los sauces del Egipto, pero también se humillan las victoriosas palmas de Cades; fracasa naufrago el soberbio galeón de Tiro, pero también padece tormenta la misteriosa barca de Tiberíades—*navicula iactabatur, erat enim contrarius ventus*. (2) Revolved, señores, revolved las historias ya sacras, ya profanas, ¿qué veréis? Veréis a este huracán furioso haciendo con igual ímpetu estremecer en las frentes de los grandes, así mitras como coronas; arrancando de las manos de los príncipes, así báculos como bastones; arrebatando el aire como despojos de sus violencias, no sólo bengalas y moriones, sino también ínfulas y tiaras—*omnes torquens*. Veréis que acá, bajo los estandartes de César, de Alejandro, de Aníbal abanderiza medio mundo y suscita nublados horrozosos de guerras. Veréis que allá, a las órdenes de Mohemet, de un Barbarroja, de un Wernon, puebla de leños los mares y de volcanes las aguas. Veréis que en otra parte conmueve océanos turbulentos de sangre, ya por medio de un Oco, rey de Persia, que tiñó la púrpura de su imperio con la sangre de

(1) que hace dar vueltas a todos (Bern. De Consideratione, Lib. III, p. I).

(2) La navecilla era sacudida, por serle contrario el viento (Matth. 14,21)

ochenta hermanos suyos, a quienes hizo degollar en solo un día; ya por medio de una Atalía madre de Ocozías, que por asegurar la corona de Judá en su cabeza, derribó de los hombros todas las de sus nietos; ya por medio de un Adonibezec, monarca cananeo, que hizo cortar las manos a setenta reyes prisioneros, para con estas reales palmas coronar de triunfos su grandeza; ya por medio de un Selín Primero que los despedazados cadáveres de su padre, hermanos y sobrinos hizo escalones para ascender a la cumbre del trono; ya por medio de cincuenta emperadores romanos violentamente muertos, que pero basta. No os detengáis más en considerar los estragos que ha causado este aire tempestuoso en Babilonia, pasad a ver también los que ha ocasionado en la Ciudad santa de Sión. ¡Oh, qué tragedias! ¡oh, qué escándalos! ¿Quién intentó primero dividir la túnica inconsútil del Dios Hombre, dando principio a treinta cismas que han estremecido a la Iglesia? La ambición de un Novaciano que aspirando a empuñar el timón de la Nave Apostólica, fracasó con todos sus secuaces en el escollo de la herejía. ¿Quién separó a Euzancio de Roma, a la Iglesia griega de la latina? La ambición de Juan Jerosolimitano, que negó la obediencia a las llaves de San Pedro, porque le cerraron la puerta al título de Patriarca Ecuménico a que aspiraba. ¿Quién con tan grave escándalo y división del rebaño de Cristo sostuvo al antipapa Pedro de León? La ambición de Gerardo, Obispo de Angulema, que por no haber conseguido del Vice-Dios Inocencio II una ilustre ocupación que pretendía, quiso rasgar el velo del Santuario y colocar sobre el monte del Testamento la imagen del anticristo. Una púrpura cardenalicia negada a Marcos de Efeso fué la llama que encendió segunda vez, quizá para nunca apagarse, el cisma de los griegos. Unas mitras quitadas, un empleo lustroso negado a un Valentino, a un Marción, a un Montano, a un Arrio, a un Macedonio, a un Lutero, fueron las piedras de escándalo en que tropezaron estos heresiarcas y en que se despedazó la fe de medio mundo. ¡Oh ambición! ¡oh contagio poco menos común, y nada menos terrible, que el original entre los hombres!—*Omnes, omnes torquens*—¡oh aire contagioso, que parece aura vital de los mortales, pues apenas tienen res-

piración que no sea anhelo, ni anhelo que no se enderece hacia la cumbre! *In alta mundi spatia sublimis ferar: Petatur aether.* (1)

Mas ¡quién creyera, señores, que este infatigable empeño de casi todo el género humano en crecer, en subir, en elevarse, había de ser para abandonarse después a una total inacción y descuido, en arribando a las alturas! Os parecerá paradoja; pero sabed que ello es así. Este es el carácter de la ambición: fatigarse por ascender a algún empleo sublime, y en llegando a la cumbre, olvidarse de las obligaciones del oficio, y ponerse muy de asiento a recibir el aire de la adulación y aplauso, que sopla siempre lisonjero los puestos eminentes. Oíd a Luzbel, jefe y patrono de todos los ambiciosos. Subiré, decía, sobre las nubes, me elevaré más allá del empireo, y exaltaré mi trono hasta colocarlo sobre los astros todos del Altísimo: *Ascendam super altitudinem nubium; in coelum conscendam; super astra Dei exaltabo solium meum.*

(2) Y ¿para qué tanto subir? ¿para qué aspirar a tanta altura? *Sedebo in monte testamenti.* (3) Para sentarse en el monte del Testamento y quedarse allí hecho lunar vergonzoso de su frente. Oíd también a los dos hijos de Zebedeo que llegaron a pedir a Cristo Nuestro Señor los dos primeros tronos de su Reino: *Da nobis, da nobis.* Y ¿a qué fin pretenden tan altas dignidades? Para estarse sentados, responden ellos mismos: *Da nobis, ut sedeamus.* (4) De modo, que así como es común a todos los hombres la ambición, así el ocio y descuido de las propias obligaciones es común a todos los ambiciosos. ¿Dónde pues, hallaremos un espíritu heroico, cuyo carácter sea enteramente contrario: un espíritu, digo, agitado siempre del celo de la gloria de Dios y de la santificación de las almas y que mire al mismo tiempo con desdén y aun con ceño toda dignidad, elevación y grandeza? ¿Dónde lo halla-

(1) Iré sublimándome a las alturas del mundo, subiré por el éter (Séneca, *Hercules furens*).

(2) Isai. 14,13.

(3) Ibid.

(4) Damos que nos asentemos (Mac. 10,37).

remos? *Quis, est hic, et laudabimus eum?* (1) ¡Oh, cuán fácil os fuera, señores, satisfacer a estas mis dudas si viviera nuestro ilustre difunto! Su Ilustrísima fué, sin duda, el héroe grande de la gracia, en quien brillaban, como el sol en el firmamento estos dos rarísimos atributos: siempre afanado en promover la gloria de su Dios a lo más alto, y siempre cuidadoso de deprimir sus propios intereses y persona a lo más bajo. Ninguno de nosotros duda que este fué el carácter de nuestro difunto Príncipe; y esto mismo que ninguno duda, es lo que yo he de exponer en este rato. Atendedme.

Hallábase Su Ilustrísima Obispo de Santa Marta, cuya catedral por la escasez de sus rentas, cortedad de su grey y aspereza de sus países, puede, con razón, reputarse por el ángulo menos lustroso de la Iglesia americana, cuando nuestro invicto monarca Don Fernando VI, que Dios guarde, le mandó pasase a gobernar esta nobilísima y opulenta catedral de Quito. ¿Cómo os parece que recibiría este soberano precepto el Ilustrísimo Polo? ¿Se alegraría, como suelen alegrarse muchos, de ser enviado a cantar las alabanzas de Dios en una Iglesia magnífica y en medio de un pueblo ilustre, numeroso y grave—*Confitebor tibi in ecclesia magna; in populo gravi laudabo te?* (2) Nada menos: rehusó repetidas veces, como Moisés, la dignidad a que, sin pretensión alguna de su parte, lo elevaba la Providencia. *Quis ego sum ut vadam? Mitte quem misurus es.* (3) Escribió al instante a la Majestad Católica de nuestro gran monarca, renunciando agradecido y humilde la lustrosa y elevada ocupación a que le destinaba; pero nuestra dicha fué que en el mismo Madrid interceptó los pliegos una piadosa mano, que deseaba no se privase a Quito de tan noble cabeza. Repitió segunda vez la renuncia, y estas cartas fueron también descaminadas por los corsarios ingleses, quienes no hubieran obrado esta ocasión como piratas, si finalmente

(1) ¿Quién es éste y lo alabaremos? (Eccli. 31,9).

(2) Ps. 34,21.

(3) ¿Quién soy yo para ir? Manda al que has de mandar (Ex. 4,13).

no las remitieran a la corte, entre otras preciosas piezas que rescató de sus manos el dinero. Con tanto ceño miraba nuestro ilustre difunto sus ventajas con tantas veras procuraba huir su propia elevación y grandeza—*Mitte quem missurus es. Tu scis quod abominer signum gloriae meae, quod est super caput meum.*

Mas, al mismo tiempo ¿cuáles eran sus ocupaciones en Santa Marta, en Ocaña y demás lugares de su diócesis? ¡Oh! ¡quién pudiera ceñir a pocos instantes de narración inmensas y gloriosísimas liadas de trabajos! ¡quién pudiera referir los medios de dulzura que practicó su caridad y los rayos de indignación que fulminó su celo a fin de promover en todas partes la gloria de Dios, de desterrar los vicios, de pacificar las conciencias, de santificar las almas, de refrenar a los transgresores de la Ley, de mantener en su mayor lustre la jerarquía de los levitas, de adelantar siempre más y más el respeto y veneración al santuario! ¡Quién pudiera! Mas ¿quién podrá? Si su ingenioso fervor y animosidad cristiana se avanzaron aun más allá de lo que pueden alcanzar nuestras noticias. Sin que lo intimidasen o la barbarie de las gentes, o la fragosidad de los caminos, o la furia de los elementos, giraba continuamente por montes, por despoblados, por ciudades, arruinando en todas partes los vicios y erigiendo altares a la religión y a la justicia. ¿Hubo por ventura en toda su diócesis bosque alguno, aun de los más espesos, más incultos, que no penetrase su celo, para arrancar de él las espinas de la ignorancia y plantar la semilla del Evangelio? ¿Hubo arenales, hubo campos, aun de los más abrasados, más estériles, que no pisase para regarlos con su sudor y fecundarlos con su sangre? ¿Hubo países de idólatras, hubo monstruos, aun de aquellos que se enfurecían con la luz, que no visitase para alumbrarlos con los rayos de su predicación y doctrina? ¡Ah, cuántas veces peligró su importante vida en navegaciones por mares borrascosos, en viajes por senderos intransitables, en el encuentro con bárbaros infieles, en la diversidad y aspereza de lugares, de estaciones y de climas! ¡Ah, cuántas veces coronaron sus apostólicos pies la frente de altísimas montañas desde donde caía precipitada aun la vista envuelta aún en mucho horror y susto! ¡Ah cuántas veces entre el desreglado movimiento de las aguas,

el furioso choque de los aires y el confuso desorden de los elementos, se vió casi náufrago su Ilustrísima, y casi verificando la fábula de que el sol encuentra en el mar su ocaso o tumba.

Salió de Ocaña y visitando todos los lugares situados al sureste, penetró la bárbara provincia de los Guagiros en los confines del Maracaibo, cuyos habitantes sólo mantienen de hombres la figura: *Silva frementium bestiarum*. (1) ¡Qué medios no manejó aquí su ingeniosa caridad en orden a convertir en ovejas de Cristo a estos lobos que se enfurecían sangrientos contra su rebaño! Ideó establecer entre ellos misioneros y pastores, que con el cayado y con el silbo los redujeran al aprisco de la Iglesia; comunicó este su proyecto a la corte, cuya respuesta, aunque favorable, se hizo inútil con la ausencia de su Ilustrísima. Dirigió después su rumbo hacia el este santificando con su presencia las erizadas regiones del Valle y Pueblo Nuevo, hasta acercarse a la asperísima Sierra Nevada, cuyas faldas, senos y ribazos habita la bárbara nación de los Chimilas. Estos idólatras, aunque incultos en el idioma, monstruosos en las costumbres, fieros en el genio, impíos en las leyes, ciegos en los dictámenes, en la religión y en los ritos, no quedaron exentos de su activísimo celo: *Nen est qui se abscondat a calore eius*. (2) Envióles un heraldo o mensajero que les previniese los ánimos con embajada de paz, y les convidase con su propia dicha; mas ellos irritándose contra la luz que les amanecía, pusieron en prisiones al enviado y armándose de ferocidad, de dardos, de flechas y veneno, salieron a quitar la vida al que sólo suspiraba por librarlos de una eterna e infelicitísima muerte. Con tal astucia y silencio dispusieron estos infieles su marcha, que en lo más áspero e inaccesible de la cordillera, cuyas eminencias dominaban, lograron tener indefenso, descuidado y a tiro de flecha al ilustre Príncipe, a quien con la punta de sus dardos hubieran, ciertamente, burilado la corona de mártir, a no impedirles la acción uno de aquellos ocultos secretos de la Providencia que sólo se permiten a

(1) Selva de fieras bramadoras (S. León Serm. de SS. Apostl.).

(2) No hay quien se oculte a su calor (Ps. 18,7).

nuestra adoración, sin que tenga parte alguna en ellos el conocimiento. ¿Adónde más, señores, adónde más podía elevarse la caridad de este celosísimo Pastor, que a abandonar en manos de una sangrienta muerte su vida, por darla a sus ovejas? ¿Refieren acaso las historias ejemplos más heroicos de un Ambrosio, de un Crisóstomo, de un Cipriano? ¡Ah! parece que no: *Maiorem hac dilectionem nemo habet, nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (1) Torciendo finalmente su derrota hacia el norte, por San Sebastián de la Sierra, se encaminó a su residencia de Ocaña, después de haber girado más de doscientas leguas por senderos tajados, por peñas escarpadas, por altísimas cimas, por precipicios, por arenales, por bosques; entre fieles y bárbaros, entre ovejas y lobos, entre hombres y entre fieras; levantando en todas partes el estandarte de la Cruz, y erigiendo trofeos a la religión y a la piedad. Así florecía, así obraba milagros el celo del Ilustrísimo Polo en aquel rincón del mundo y de la Iglesia, en aquel ángulo del Tabernáculo, al mismo tiempo que miraba con desprecio las mayores dignidades, y que no aspiraba a otro premio de sus heroicas fatigas, que la complacencia de su Dios. *Ego non quaero gloriam meam, sed honorifico Patrem meum.* (2) Digno ciertamente por esto de anteponerse a otros milagrosos Prelados y de ser colocado, como la vara de Aarón en lo más adorable del Santuario.

Concurrieron a un mismo tiempo en el mundo la vara de Aarón y la vara de Moisés. Esta segunda se hizo sumamente famosa por la multitud y rareza de sus prodigios. No hubo ángulo en el Egipto, ni parte alguna en los elementos que no fuese testigo y teatro de sus maravillas. Tocaba una piedra y la liquidaba en aguas; hería el aire y lo inundaba de tinieblas; ya hacía llover ranas, ya moscos, ya maná, ya codornices; si se llegaba a los ríos los transformaba en sangre; si azotaba las soberbias espumas del Eritreo, dividía el mar en dos murallas de cristal, enjugando su seno las aguas y sembrando de perlas,—*campus germinans*

(1) Nadie tiene mayor amor que éste: dar la vida por sus amigos (Io 3,15).

(2) Yo no busco mi gloria, sino que honro a mi Padre (Io 8,15).

de profundo,—(1) para dar paso franco y florido al fugitivo pueblo de Israel: milagro tal que aun las mismas ondas se encrespaban y corrían apresuradas a ponerse en lo más alto, para ser testigos de tan raro portento. Mas después de tantas maravillas, pregunto, señores, ¿en qué paró la vara de Moisés? ¿qué se hizo? ¿en dónde está? No sabemos de ella otra cosa, sino que se perdió y quedó sepultada en el olvido. Y la vara de Aarón ¿qué suerte tuvo? Fué colocada por orden del mismo Dios en el Arca del Testamento y puesta en lo íntimo del Santuario: *Refer virgam Aaron in tabernaculum testimonii, ut servetur ibi.* (2) Qué diversidad tan notable en la fortuna o éxito de estas dos varas! ¿No ejecutó prodigios más raros y más ruidosos la de Moisés que la de Aarón? Sí. ¿Por qué, pues, aquélla se arroja al desprecio y ésta se coloca en las aras, aquélla se entrega al olvido y ésta se expone a la veneración? San Agustín insinúa la solución de esta dificultad en las siguientes palabras: *Virga Aaron protulit non radicata plantatione, non animata succo, non fecundata seminario.* (3) La vara de Moisés obraba milagros cuando la traían en palmas y la elevaban. Si el legislador sagrado echaba mano de ella, si la levantaba, *portans virgam in manu,* (4) entonces desbarataba los escuadrones de los Amalecitas, llenaba de confusión a los enemigos de Israel, sumergía en el Mar Rojo a Faraón con su ejército y poblaba al orbe de maravillas. Mas si Moisés la abatía, la humillaba, la arrojaba a tierra, al instante se enfurecía, se envenenaba, se convertía de milagrosa vara en portentosa sierpe, que elevando su soberbio cuello, preñado de tósigo y de rabia, infundía horror y susto al mismo legislador: *Proiecit, et versa est in colubrum, ita ut tugeret Moyses.* (5) No así la vara de Aarón. Sin esperar a que echasen mano de

(1) campo que germina en lo profundo.

(2) Trae la vara de Aarón al Tabernáculo del testimonio, para que se guarde allí (Num. 19,10).

(3) Creció la vara de Aarón sin haber echado raíz en plantío, sin haber cobrado vigor con la savia, sin haber sido fecundada en la almáciga (Aug. Serm. in Dom. Nativ. j.).

(4) Llevando la vara en la mano (Exod. 4,20).

(5) Tiróla y se convirtió en culebra, de modo que huyó Moisés (Exod. 4,3).

ella, a que la elevasen a lugar más ilustre, a teatro más famoso, non *radicata plantatione*, non *animata succo*, contenta sólo con la complacencia de su Dios, *coram Domino, coram Domino*, (1) en un rincón del altar, en un ángulo del Tabernáculo floreció, fructificó, ejecutó prodigios: *Invenit germinasse virgam Aaron. Et turgentibus gemmis eruperant flores, qui foliis dilatatis in amygdalas deformati sunt.* (2) Este, es, señores, un milagro máximo, que debe preferirse a todos los milagros de la vara de Moisés. Esta es una heroicidad digna de exponerse a nuestra veneración y de colocarse en urna de oro dentro del Sancta Sanctorum: *In qua urna aurea habens manna, et virga Aaron quae fronduerat.* (3)

¡Oh ilustre difunto, Príncipe y Pastor nuestro! ¡oh espíritu magnánimo, excelso, venerable, que obraste tantos y tan raros prodigios en un desván del mundo, en un ángulo de la Iglesia, sin deseo y aun con repugnancia a elevaciones y premios, contento sólo con el agrado de tu Dios! *Coram Domino, coram Domino.* Siempre vivirá tu memoria en nuestra veneración, como un fenómeno raro de generosidad y desinterés, superior incomparablemente a todas aquellas almas, a quienes lo máximo de su ambición hace grandes; que si ejecutan milagros en las basílicas, en los tribunales, en los palacios, en las asambleas, en los negociados en ambición hace grandes; que si ejecutan milagros en las basílicas, en los tribunales, en los palacios, en las asambleas, en los negociados, en las embajadas, es por solo el fin de que los legisladores supremos *portent virgam in manu*, los traigan en palmas y echen mano de ellos, elevándolos a empleos más lustrosos, a dignidades más excelsas. Mas quizá, esos mismos, si se vieran sin esperanza de premio, abatidos, abandonados sobre el polvo, transformarían toda la actividad de su celo en activísima ponzoña—*versa est in colubrum.*

(1) ante el Señor (Num. 17,7).

(2) Halló que había germinado la vara de Aarón. Engrosándose las yemas habían brotado flores, que, entreabiertas las hojas, tomaron forma de almendras (Num. 17,8).

(3) Donde estaban la vara de oro con el maná y la vara de Aarón que había florecido (Hebr. 9,4).

Vino finalmente nuestro ilustre difunto, obligado de un soberano precepto, a ser cabeza de uno de los mayores y más venerables cuerpos de nación que abraza en su gremio la Iglesia americana; y apenas llegó a esta ciudad, se nos presentó a la vista aquel portentoso enigma de Ezequiel, que conducía a todas partes el carro de la gloria de Dios. *Vidi, et ecce veniebat ab Aquilone.* (1) De hacia el Septentrión dirigió su vuelo a nosotros, (2) dejándonos ver con rostro de hombre, fortaleza de león, constancia de buey, generosidad de águila y realidades de milagro. *Quatuor facies uni: facies hominis et facies leonis, facies bovis, et facies aquilae.* (3) Y si todo el ser o esencia de los hombres consiste únicamente en el temor y amor de su Dios, según aquel infalible teorema de los cielos, *Deum time, et mandata eius observa; hoc est enim omnis homo,* (4) ¿quién al reflexionar sobre la caridad, celo y virtudes del Ilustrísimo Polo, no reconocía en él un hombre, muy hombre a lo divino? *Facies hominis.* ¡Con qué prudencia, con qué humanidad, con qué dulzura determinó luego, al tiempo mismo de su llegada, echar por tierra las estatuas de la ambición, de la soberbia y demás vicios, que tenían altares en los pechos de algunos ciudadanos, y erigir en cada corazón un animado templo a la virtud! Para esto quiso preceder a todos en el ejemplo, recogiendo con su venerable Deán y Cabildo y toda la numerosísima clerecía de esta grande ciudad a hacer los Ejercicios espirituales de mi santísimo Patriarca S. Ignacio, cuyas meditaciones son aquella hoguera divina en que ardiéndose el corazón humano, reduce a cenizas sus pasiones, y avivando las llamas con el soplo de sus mismas plumas, consigue renacer fénix de la virtud. Aquí era, señores, aquí era en donde, arrojando hacia afuera este grande hombre el in-

(1) Miré, y he aquí que venía del aquilón (Ezeq. 1.4).

(2) Vino Su Ilustrísima de Sta. María, que dista de Quito más de doce grados hacia el Norte.

(3) Uno solo tenía cuatro rostros: rostro de varón, rostro de león, rostro de buey y rostro de águila (1, 6, 10).

(4) Teme a Dios y cumple sus mandamientos, que en eso está todo el hombre (Ecl. 12, 13).

menso volcán que abrigaba en su pecho, respiraba llamas, hablaba llamas, brotaba por todas partes llamas de amor divino. *A lumbis eius, et desuper, et a lumbis eius usque deorsum, speciem ignis splendentis in circuitu.* (1) Aquí era en donde conocíamos algo de aquel incendio celestial en que se abrasaba aquella animada Troya; pues aun el aire se ardía dentro del pecho y salía envuelta en llamas la respiración: *Ignis involvens, et splendor in circuitu eius.* (2)

Acabados los Ejercicios, ordenó que por quince días consecutivos hiciesen misiones los RR. PP. Jesuitas en la Iglesia de la Compañía de Jesús y en todas las parroquias de los barrios, para que así pudiese el desengaño, por medio de estos evangélicos clarines, dar muchos y sonoros estampidos contra el pecado, los vicios, y el infierno. El fruto que consiguió este milagroso hombre, promotor infatigable de la gloria de su Dios, con tan eficaces y oportunas disposiciones, bien lo sabéis vos, oh noble y felicísima ciudad de Quito; bien lo mostraron tantas confesiones generales, en que innumerables almas se arrojaban a los pies de un sacerdote a derramar sus culpas por las heridas que les había abierto con sus arpones el desengaño, o con sus flechas el amor divino; bien lo declararon tantas procesiones de sangre en que se dejaron ver por esta ciudad muchas estatuas vivas de la penitencia, que con el estruendo de cadenas, disciplinas y grillos despertaban nuestro escarmiento y hacían un triste y pavoroso eco aun en las peñas; bien lo publicaron tantas lágrimas de arrepentimiento, derramadas por estas calles, de cuyas corrientes se formaba un mar amargo que elevándose hasta el cielo, hacía con el ruido de sus ondas una dulcísima música a los ángeles, y sobre cuyas esperanzas volaba mansamente el Espíritu Divino, como al principio del mundo sobre el abismo de las aguas; bien lo gritaron... Mas ¿dónde voy? ¿cómo pretendo bosquejar con sombras el nuevo y hermosísimo semblante que tomó la religión en estas partes con la venida de nuestro ilustre Príncipe? ¿cómo podré expresar la santificación de costumbres,

(1) Desde sus lomos hacia arriba y hacia abajo, (había) una figura de fuego esplendoroso en derredor (Ezeq. 1.27).

(2) Fuego que lo rodeaba y esplendor en torno suyo (Ibid.).

que entonces introdujo, y después siempre promovió, con misiones continuas, con exhortaciones secretas, con prudentísimos consejos, con cartas pastorales, escritas más con la sangre que la exprimía del corazón su ternura, que con tinta? Las prostituciones públicas impedidas, las enemistades antiguas acabadas, los escándalos desterrados, los altares provistos, las iglesias enriquecidas, el evangelio promulgado, los sacramentos fructuosa y frecuentemente recibidos, la justificación de los Levitas promovida, la mendiguez remediada, los pobres socorridos, los pequeños desagraviados, los infelices atendidos, los licenciados, prevaricadores y refractarios refrenados, la inocencia, el mérito y la inmunidad eclesiástica defendidas, ¿no fueron efecto de la prudencia, dulzura, y caridad de esta humanísima pía del carro de la gloria de Dios? Sí, sí: *Facies hominis. Egressa est gloria Domini.* (1)

Volved a ver, si aún dudáis algo, señores, volved a ver a aquel enigmático hombre de Ezequiel: atendedle a las manos: *Manus hominis sub pennis.* (2) ¡Oh qué manos tan caritativas, tan piadosas, tan humanas! Y por eso manos de hombre,—*manus hominis.* Pero ¡oh, qué manos tan recatadas, tan escondidas, tan secretas!—*Sub pennis, sub pennis.* ¿No son éstas las manos del Ilustrísimo Polo? Puede ser que alguno de vosotros lo dude, porque sus manos, aunque piadosísimas, fueron en igual grado recatadas: de modo que siguiendo el consejo evangélico, lo que su diestra hacía, lo ignoraba la izquierda: *Te faciente eleemosynam, nesciat sinistra tua quod facit dextera tua.* (3) Pero, si vosotros lo dudaseis, lo publicarían tantas familias nobles que en su discretísima caridad tenían ocultamente vinculado el total y continuo alivio a sus miserias; tantas tiernas doncellas oportunamente remediadas; tantas inocentes vírgenes, que se libraron de las corrupciones del siglo, aseguradas por su piedad en un claustro; tantos caballeros, no menos ilus-

(1) Rostro de varón. Salió la Gloria del Señor.

(2) Manos de hombre debajo de las alas (Ezeq. 1.8).

(3) Cuando haces limosna no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha (Matth. 6.3).

tres que necesitados, a quienes con ocultos y abundantes socorros libertó de aquella durísima esclavitud en que constituyen a un noble la pobreza y las deudas. ¿No es verdad esto, ciudad amada, provincia ilustre de Quito? ¿no es verdad? Hablad vosotras, esposas del Cordero, hablad familias necesitadas, hablad caballeros socorridos, hablad comunidades religiosas, hablad monasterios de Quito, Cuenca, Loja, Riobamba, Villa y Pasto. Hablen vuestras casas y celdas, hablen vuestros templos y altares, ¿no es verdad?—Sí, sí, responden todos con la voz del agradecimiento. Esto mismo claman los confesores de toda la Provincia, los misioneros que lo acompañaban, los confidentes de quienes se valía para distribuir por medio suyo, mil pesos cada mes en secretas y piadosísimas limosnas. Esto testifican sus acreedores; pues excediendo la misericordia de nuestro liberalísimo Príncipe a sus cuantiosas rentas, se vió precisado a pedir a otros lo que había de dar a Dios en sus templos y pobres. Esto, esto depone con irrefragable testimonio la suma pobreza en que lo halló su muerte; pues, aun para que ardiesen algunas antorchas en su féretro, fué necesario que las encendiese con sus llamas el amor y agradecimiento ajeno: *Manus hominis sub pennis, sub pennis*. No ignoro yo, ni alguno ignora que, para ejemplo y edificación de sus ovejas, distribuía Su Ilustrísima gruesas cantidades en públicas limosnas, ya a multitud de mendigos en las calles, ya a centenares de pobres en su palacio, ya a muchos monasterios y casas de Ejercicios; pero ¡oh, cuánto, oh cuánto mayores eran las sumas que expendía ocultamente su piedad en secretísimas obras de misericordia, consiguiendo de este modo su caridad ingeniosa arrancar del corazón de los prójimos las espinas de la necesidad, sin ensangrentarles el rostro con el rubor de la vergüenza! No como aquellos que, según se explica el Evangelio, del mismo dinero que reparten en públicas limosnas, forman un clarín de plata con que vocean por todas partes la ajena desdicha y la propia liberalidad: *Cum facis eleemosynam, noli tuba canere ante te, sicut hypocritae faciunt*. (1)

(1) Cuando haces limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas (Matth. 6,2).

Mas ¿quien creyera, señores, que este hombre tan piadoso, tan caritativo, tan humano, *facies hominis*, era el Ilustrísimo Sr. Dr. Don Juan Nieto Polo del Aguila, aquel león que estremecía con su bramido esta Provincia, y que promovía la gloria del Altísimo con una fortaleza superior a todos los esfuerzos de la obstinación e iniquidad? Pues sabed que es el mismo: *Quatuor facies uni*. Ni jamás hubiera podido ser digno conductor del carro de la gloria divina, si al mismo tiempo que era hombre en la misericordia, no fuera león en la fortaleza. *Facies hominis et facies leonis*. Dios había de ser glorificado, las leyes observadas, los vicios perseguidos; y nadie lo haría cejar un punto en tan heroica empresa, aunque se conjurara el mundo, bramaran los licenciosos y se pusieran en arma las potestades del abismo. Expuesto a todo trance, a todo riesgo, per *infamiam et bonam famam*, (1) promovía siempre con intrepidez generosa los intereses del Altísimo y la indemnidad de las leyes, agradase o desagradase, oyera aclamaciones o injurias, conciliárase veneraciones o incurriera en menosprecios. Parecía tener (todos me sois testigos, señores), parecía tener en este asunto corazón de piedra, de pórfido, de bronce, de diamante. Ni los mayores empeños, ni las más autorizadas súplicas, ni las más tiernas lágrimas, ni los más eficaces ruegos eran bastantes a ladear hacia una condescendencia menos justa a su invencible constancia. El odio de los malos, la murmuración de los protervos, el peligro de ser infamado como inflexible, revoltoso, turbulento, perturbador de la común tranquilidad y paz, eran saetas que despedazaban sus puntas, sin penetrar jamás aquel magnánimo corazón, poseído enteramente del amor a la rectitud y a la justicia—*Facies leonis, facies leonis*. Con coraje apostólico, ¡ah, cuántas veces echó mano de los anatemas divinos para reducir a cenizas los públicos escándalos! Ya fulminaba censuras contra el maldito y pestilente desorden de los bailes obscenos, donde cada movimiento del cuerpo es un temblor de la conciencia y una ruina del alma; ya despedía gravísimos autos concretados con formidables sentencias de destierros a unos, de cárceles a otros, de suspensiones a éstos,

(1) Por la infamia y la buena fama (II Cor. 6,8).

de reclusiones a aquéllos, porque haciendo inútiles los medios suaves que les había manejado su piedad, iban pasando de escandalosos a rebeldes. Y esto igualmente a las cumbres que a los valles, a los pináculos que a los tugurios, a los de Israel que a los de Egipto. ¿No era éste el espíritu del mansísimo Moisés, quien por librar a su hermanos de muerte quería ser borrado del libro de la vida? Pero cuando su ingrato pueblo se mezclaba en comercio prohibido con las mujeres de las naciones incircuncisas, cuando en el fuego del Santuario consagrado a la divinidad, quemaba inciensos a falsas y forasteras deidades, entonces transformado de cordero en león empuñaba la espada, echaba mano de los rayos que le forjaban su irritado celo y hacía tan formidable estrago en los rebeldes, que aun sola su memoria causa espanto al universo. ¿No era éste el espíritu de un San Pablo, abrasado en amor de sus prójimos? *Caritas urget nos.... Omnibus omnia factus sum.* (1) Pero cuando se interesaba la gloria de su Dios, intimaba guerra a las sinagogas de los Hebreos y a los areópagos de los Gentiles, confundía la prudencia de los atenienses y la política de los romanos, desafiaba a la muerte y a la vida, a los cielos y al abismo, a lo presente y a lo futuro; castigaba con prodigios la perfidia de sus acusadores, apelaba al César, solicitaba amigos, procuraba patronos, hacía milagros, barajaba el orden de la naturaleza, fulminaba anatemas contra los infieles y protervos a su Amor crucificado. *Si quis non amat Dominum nostrum Iesum Christum, sit anathema, sit anathema.* (2) ¿No era éste el espíritu de un San León, de un San Ambrosio, de un San Juan Crisóstomo, de...? mas ¡ah! que no es muy crecido el número de los espíritus heroicos que se puedan alegar aquí por ejemplares. Yo sé que el mundo celebra una gran copia de almas fuertes, resueltas, integérrimas, partidarias declaradas de la religión y la justicia; mas la rectitud y fortaleza de muchas de ellas, ¿cómo es? ¿con quiénes se practica? Responderé con dos sucesos que refiere la Escritura.

(1) La caridad nos urge. Me hice todo a todos. (II Cor. 5,14; I Cor. 9,22).

(2) Si alguien no ama a nuestro Señor Jesucristo, que sea anatema (I Cor. 16, 22).

Promulgó Darío un decreto mandando que ninguno, so pena de ser entregado a los leones, adorase ni pidiese cosa alguna a otro dios, ni a otro hombre que a él, que se soñaba Dios-hombre. Publicó Asuero otro decreto imponiendo pena de muerte a cualquiera que, sin ser llamado por él, tuviese animosidad de introducirse al real gavinero y presentársele a la vista. Ambos decretos eran de monarcas persas, ambos irrevocables, ambos de tan inviolable eficacia, que aun al mismo rey no le era libre dispensar a su voluntad en la pena. *Lex Medorum atque Persarum est, ut omne decretum, quod constituerit rex, non liceat immutari.* (1) Contravino al primer decreto el inocente Daniel, y al instante, en fuerza de aquel *non licet, non licet praevaricari*, (2) fué arrojado en medio de los leones. ¡Oh, qué integridad! ¡oh, qué justicia! Contravino al segundo la hermosísima Ester; y tan lejos estuvo el monarca persa de aplicarle la pena establecida por la ley, que antes la tomó en sus brazos, la consoló con dulcísimas palabras, y le aseguró que aquella ley se había instituido para todos, pero no para ella: *Non enim pro te, sed pro omnibus haec lex constituta est.* (3) ¡Oh, qué desigualdad! ¡oh, qué condescendencia! ¿No eran ambas leyes igualmente severas, igualmente universales? ¿no las quebrantaron igualmente el santo Profeta y la hermosísima hebrea? ¿Por qué, pues, se practica tanta severidad con el uno y tanta indulgencia con la otra? La razón, señores, yo no la hallo, porque no puede hallarse para sinrazones. Sólo sé que ésta suele ser la conducta de muchos espíritus tenidos por fuertes e imparciales. Aplican con toda resolución las penas, las repulsas, el *non licet* a los Danielés; pero reservan al mismo tiempo las interpretaciones, las condescendencias, el *non pro te*, para las Esteres. ¡Oh ilustrísimo difunto, Príncipe y Pastor nuestro, cuán lejos vivió vuestra discretísima rectitud de esta vergonzosa discreción de personas! ¡cuán presente tenía vuestra integérrima imparcialidad aquel precepto del Deuteremonio: *Nulla erit distantia personarum*,

(1) Es ley de los Medas y Persas que ningún decreto sancionado por el rey pueda ser mudado (Dan. 6,15).

(2) No puede, no puede ser atropellado (Ibid. 6,13).

(3) Esth. 15, 18.

nec accipietis cuiusquam personam. (1) Todos habían de glorificar a Dios; todos habían de sujetarse a las leyes; todos habían de oír los bramidos del león, cuando se interesaba la gloria del Crucificado—*Facies leonis*. Esta gloria fué el solo norte hacia donde siempre batía las plumas su corazón amante; ella fué aquel espíritu de vida, *spiritus vitae*, (2) que abrigado en su pecho le arrebatava ya suave, ya impetuosamente el alma a determinaciones o dulces de hombre, o terribles de león, según la necesidad, las circunstancias y el asunto: *ubi erat impetus spiritus, illuc gradientur*. (3) Así lo testificó con asombro nuestro y edificación del mundo el mismo Ilustrísimo Príncipe a la hora de su muerte, delante de aquel sacramentado Dios, que poco después había de ser juez y entonces era su huésped y testigo.

Y a la verdad, señores, ¿cómo pudiera haber perseverado todo el tiempo de su gobierno con tan invencible constancia en el arduo asunto de adelantar siempre los intereses de su Dios, aun sobre las abatidas cervices de la relajación y rebeldía, si no le esforzara interiormente aquel divino Espíritu que a los conductores de su carro, si los hace leones en la fortaleza, los hace al mismo tiempo bueyes en la constancia? *Quatuor facies uni Facies leonis Facies bovis*. Este es el carácter de las pías de la divina gloria, no desistir jamás en su empresa: *Ibant et non revertentur, cum ambularent*. (4) Y éste fué uno de los más brillantes atributos del Ilustrísimo Polo. Apenas pisó, el año de 49, los espesos bosques de Barbacoas, a la entrada de su diócesis, cuando bramó tan alto contra la impiedad y los vicios, que aterrados aun con solo el eco que hizo en esta Capital su rugido, repetían poseídos de un vivísimo terror los licenciosos: *Leo rugit, quis non timebit?* (5) Y después, todos los diez años de su gobierno, se mantuvo tan constantemente terrible contra

(1) No habrá diferencia ninguna de unos a otros, ni tendréis con nadie acepción de personas (Deut. 1,17).

(2) Ezeq. 1,20.

(3) Adonde los impulsaba el espíritu, allá se encaminaban (Ezeq. 1,12).

(4) Iban y no volvían cuando caminaban (Ibid. 1,17).

(5) Ruge el león, ¿quién no temerá? (Amos, 3,1).

los contumaces transgresores de la Ley, que me atrevo a asegurar que hay todavía en la provincia no pocos que al oír nombrar al Ilustrísimo Polo, se sienten súbitamente sorprendidos de un susto tan vehemente, que les desquicia y trastorna el corazón dentro del pecho, hasta que acude la memoria a disipar el temor con la recordación de su muerte.

No sólo en la fortaleza con que celó la indemnidad de las leyes, sino también en todas las demás virtudes, que gloriosamente lo adornaron, perseveró siempre constante, siempre infatigable, siempre sin alguna decadencia el mismo—*Facies bovis*. ¿Quién no admira el sufrimiento y constancia con que giró, no una o dos, sino repetidas veces las ásperas y casi intransitables regiones de su vastísima diócesis? Desde Tumaco a Tumbes, desde Barbacoas a Loja, desde Manta a los Baños, no dejó bosque aunque infestado de víboras, montaña aunque tajada de despeños, cumbre aunque hendida en precipicios, serranía aunque cubierta de nieves, valle aunque abrasado en ardores, río o brazo de mar aunque infame por sus borrascas y naufragios, que no penetrase su infatigable celo arrancando de todas partes perniciosos abusos, extirpando vicios, plantando virtudes y atrayendo al rebaño y obediencia del Mayoral supremo muchos centenares de ovejas que apenas conocían a su dueño divino por el nombre—*Facies bovis*. Desencadenáranse en buena hora furiosos los elementos, desgajáranse en inundaciones las nubes, confundiérase con tempestades el aire, enredáranse en torbellinos los vientos, hundiérase en precipicios la tierra, inficionárase contagiado el ambiente, ¿qué importaba todo? *Ibant et non revertabantur*. Nada era bastante a detenerlo: despreciador generoso de los peligros, de la muerte y de sí mismo, continuaba intrépido su derrota, introduciendo a todas partes la gloria del Altísimo: *Egressa est gloria Domini*. En todos los lugares a que llegaba, había de principiar su visita con una fervorosa misión, para que a los gritos apostólicos despertasen del letargo de sus vicios los pecadores y abrieran los ojos a la luz de las verdades eternas. En todos los lugares se había de hacer una fervorosa procesión de penitencia para lavar con la sangre y lágrimas del arrepentimiento las manchas de las pasadas culpas. En todos los lugares había de recogerse el venerable gremio de los Levitas a hacer los Ejercicios

espirituales del grande Ignacio, para que, internados en el santuario de sus conciencias, escudriñasen con candelas a la Jerusalén del Señor y arrojasen los ídolos profanos de los altares consagrados al Dios vivo—*Ibant et non revertebantur*. En todas partes y lugares había de solidar en la fe a centenares y aun a millares de almas por medio del sacramento de la Confirmación. En todas partes había de procurar erigir casas de Ejercicios, para que tuviesen las almas su Oreb sagrado, en donde, retiradas de la tumultuante confusión del siglo, escuchasen a solas las voces de su Dios; en todas, había de establecer prudentísimos decretos para la santificación de las conciencias; en todas, había de dar audiencia a los desvalidos, desagraviar a los injuriados, socorrer a los mendigos, reconciliar a los discordes, reprimir a los licenciosos, favorecer al mérito y dejar monumentos perennes de su celo, caridad y prudencia. Así empezó el año de 49 su gobierno, así prosiguió sin decadencia alguna, y así encontró la muerte, al tiempo mismo que emprendía otro nuevo y trabajoso viaje para visitar sus ovejas—*Facies bovis. Ibant et non revertebantur*.

Mas en medio, señores, de tanta heroicidad, de tan gloriosos trabajos, de tan apostólicas fatigas, ¿a qué premio aspiraba el Ilustrísimo Polo? ¡Ah, que ya llegamos a la más admirable prerrogativa de este prodigioso Príncipe! *Ego non quaero gloriam meam, sed honorifico Patrem meum*. (1) Sólo aspiraba a glorificar a su Dios. Tiraba el carro de la divina gloria con piedad y conmiseración de hombre; tiraba con coraje y fortaleza de león; tirábalo con constancia y sufrimiento de buey; pero al mismo tiempo (¡portento verdaderamente raro!) lo tiraba con desinterés y generosidad de águila. Desasido de la tierra y sus grandezas, elevado sobre el mundo y sus esperanzas, superior a todas las humanas dignidades, miraba siempre al cielo, al cielo encaminaba sus fatigas, al cielo dirigía sus pretensiones. *Facies aquilae desuper, desuper*. (2) Su celo y entereza llenaban de edificación y pasmo aun a la envidia, y sus tra-

(1) Yo no busco mi gloria, sino que honro a mi Padre (Io. 8,49).

(2) El rostro de águila a lo alto, a lo alto (Ezeq. 1,10).

bajos y méritos, avanzándose a lo sumo, le prometían más lustrosos empleos; pero su humildad generosa sólo aspiraba a renunciarlo todo y pasar a ser nada. Esa fué la recompensa de sus fatigas que pidió repetidas veces a nuestro gran Monarca, haciendo tres consecutivas renunci-
cias de la mitra de Quito, que ya esperaba gustoso sacudir de su frente. *Domine, Tu scis quod abominer signum gloriae meae, quod est super caput meum.* (1) A este mismo fin había dirigido sus súplicas al Vaticano, pidiendo licencia al Vicario de Cristo, para cambiar la cumbre por el valle, el Palacio de Príncipe por un aposento de religioso, la dignidad de Pastor por el empleo de misionero, la mitra de Obispo por el bonete de jesuíta. A esto solo aspiraba, esto solo pretendía, y ¡oh con cuán santa impaciencia esperaba la resulta de sus súplicas y la asecución de sus deseos! *Quomodo coarctor, usquedum perficiatur!* (2) Apenas acertaba a discurrir sobre otro asunto con sus más confidentes. Testigos me son ellos, y testigo soy yo también de todo cuanto digo. Ya se imaginaba humilde hijo de Ignació, vestido de una pobre sotana, atravesando las calles de esta populosa ciudad, o con una escoba en la mano para barrer los hospitales, o con una cesta de pan en el hombro para socorrer a los encarcelados. ¡Oh, cómo le bañaban estos discursos de regocijo el alma, y de sensible alegría su venerable rostro! ¡Oh, con cuánta dulzura se volvía a los circunstantes y les preguntaba risueño si le acompañarían gustosos en tan heroicos ministerios! *Quomodo coarctor, usquedum perficiatur!*

Estas eran las pretensiones, que fomentaba entre las mayores alturas nuestro milagroso Príncipe, éste era el único premio de sus apostólicas tareas a que anhelaba esta misteriosa pía del carro de la gloria de Dios: águila en el desinterés, águila en la realidad, y águila (no sin misterio) aun en el nombre. Y esto puntualmente es lo que arrebató tras sí toda mi admiración: ¡Hallarse mal con las elevaciones, y suspirar por el

(1) Señor, tú sabes que miro con horror esta insignia de gloria que llevo en la cabeza (Esth. 14,16).

(2) ¡Qué estrechura padezco hasta que se me cumpla! (Luc. 12,50).

abatimiento! ¡Aborrecer el resplandor de las más augustas dignidades, y galantear las sombras de una humilde fortuna! ¡Fatigarse en merecerlo todo, sólo con el fin de ser nada! Este es un portento, que se singulariza con el carácter de peregrino, aun entre las mayores heroicidades del corazón humano. Bien sé yo que entre doscientos y cuarenta y nueve sucesores de San Pedro hubo un San Gregorio Magno, un Nicolao Primero, un Clemente Tercero y un Celestino Quinto que admiraron al mundo con semejantes ejemplos de magnanimidad; bien sé que practicaron esto mismo un Ambrosio, un Basilio, un Nacianceno, un Crisóstomo; pero también sé que por esto los veneramos como a prodigios de generosidad y héroes del Cristianismo. Admiren otros en buena hora al Ilustrísimo Polo tirando, el carro de la gloria divina, como hombre, como león, o como buey, que yo siempre admiraré sobre todo, el que lo tirase como águila. En las otras prerrogativas fué superior a muchos, pero en ésta fué superior a sí mismo.—*Facies aquilae desuper*.

Ni extrañéis, señores, el que yo diga, que nuestra mística águila, en tirar con desinterés generoso el carro de la divina gloria, fué superior a sí misma; porque, aunque ello parezca repugnante, según la Lógica de los hombres, es teorema recibido en la academia de los ángeles: *Sedebit solitarius et tacebit, quia levavit super se*. (1) Reflexionad nuevamente sobre el misterio de Ezequiel, y acabemos con esta reflexión. Dice el Profeta que conducían el carro de la gloria de Dios un admirable enigma que figuraba en sí cuatro animales, o cuatro animales que componían entre sí aquel admirable enigma: *Similitudo quatuor animalium. Quatuor facies uni*. (2) El primero era el hombre, el segundo el león, el tercero el buey, y el cuarto el águila; y añade que el águila estaba superior a todos cuatro—*facies aquilae desuper ipsorum quatuor*. Veis aquí, discretísimos oyentes, canonizada por el Profeta la verdad de mi proposición. Si los animales con el águila eran cuatro, o si el águila era uno de los cuatro animales, ¿cómo podía estar ella superior a todos

(1) Sentaráse solitario y callará, porque se ha levantado sobre sí mismo (Thren. 1,29).

(2) Una semejanza de cuatro animales Cuatro rostros para el uno (Eze. 1,2).

cuatro?—*Desuper ipsorum quatuor?* Mas ¿cómo había de ser, sino estando superior a sí misma? Así son, señores, así son las águilas del carro de la divina gloria, superiores a otros, y a sí mismas, porque promueven los intereses de su Dios con el fervor que todos, y con el desinterés que ninguno—*facies aquilae desuper*. Así son compuestas de singularidades y prodigios, que muchos, porque no los entienden, los censuran,—*quaecumque ignorant, blasphemant*. (1) ¡Ah, señores, censores! ¡quién os pudiera persuadir que las lechuzas, cuando más, tienen permiso de la noche, para chupar el óleo de las lámparas, pero no para morder la luz de las antorchas! ¡Quién os pudiera persuadir! Mas ya no hay tiempo de hacer invectivas contra el humo, sino de fijar nuestra vista en las pavesas.

Volved, amantísimos oyentes, volved los ojos a ese féretro y escucharéis con la vista muchas lecciones de vida, que os está sugiriendo la muerte. Allí veréis, que todos, todos somos una perspectiva organizada, una apariencia de bulto, que a pocos momentos de duración desaparece: *Etenim in imagine pertransivit homo*. (2) Allí veréis que nuestro cuerpo no es más que un poco de tierra discursiva, lodo racional, polvo viviente; y que nuestra alma es sólo un soplo de la boca de Dios, pero soplo, que empezó a ser aliento y acabó suspiro. Allí veréis que los teatros más magníficos de pompa y gloria se transforman en un instante en lúgubres panteones de esqueletos; que la risa se convierte en llanto; los adornos, en luto; el aplauso, en horror; y los más festivos epinicios, en tristes epicedios. Allí veréis, que las dignidades humanas son una luz de naturaleza tan rara, que, colocada sobre nuestras cabezas, deslumbra con sus humos, y, abatida debajo de nuestros pies, ilustra con sus rayos. ¡Ah, quiera el cielo, señores, que estas provechosas lecciones, que con voz igualmente persuasiva que muda, nos está dictando ese ilustrísimo polvo, hagan tan profundo eco en nuestras almas, que jamás dejemos de percibir su sonido! ¡Quiera el cielo que apren-

(1) Iud. 10.

(2) Porque como en una figura pasó el hombre (Ps. 38,1).

damos de nuestro difunto Príncipe a encontrar nuestra mayor exaltación por la senda de las humillaciones; que aprendamos la árdua ciencia de ser mucho con sólo el estudio de ser nada; que aprendamos a comprar con el precio o desprecio de las glorias mundanas la eterna gloria! Dios lo tenga en ella. *Requiescat in pace.* (1)

Omnia sub correctione S. M. Ecclesiae. (2)

(1) Descanse en paz.

(2) Todo bajo la corrección de la Santa Madre Iglesia.

A P E N D I C E

FILOSOFIA

Physica ad Aristotelis Mentem

Auctore P. Ioanne Baptista de Aguirre, S. I.

Quiti, MDCCLVII

Prooemium

Emensis aliquando Logicae salebris, in placidissimos Physicae, sive scientiae naturalis campos, tandem, Deo auspice, iuvenes optimi, devenimus: ubi non carduus surgit, non spina minatur, non paliurus erumpit, sed pulcherrima rerum mirandarum seges, ornata floribus, onusta frugibus, et innumeris portentorum generibus distincta, nostris sese hodie obtutibus offert et investigationibus pandit:

**Felices animae, quibus haec cognoscere primum
cura fuit!**

Hic, non tam mentibus vestris exercendis quam curiositati oblectandae, Anaxagorae chaos, Xenophanis infinitum, Epicuri vortices, Pythagorae harmonia, magnum et parvum Platonis, plenum et inane Democriti, frigidum et calidum Parmenidis, aqua Thaletis, ignis Heracliti, terra Hesiodi, aer Euripidis, entelechia Aristotelis et Empedoclis elementa, totidem quasi larvæ primo proscenio vos excipient. Postea vero cum vosmet ipsos in penitiora Naturae viscera acriori indagine committatis, quot portentosa, Superi! quot miracula oculos, animum mentemque vestram abripient! Hac hominum natura e terrena caelestique partibus compacta; illac brutorum indoles principiis nondum plane cognitis concreta; hinc prodigiosae elementorum metamorphoses, nunc sibi invicem obsistentium, nunc amico

foedere unum in corpus coeuntium; illinc stupenda et portento similia caeli terraeque meteora ex varia elementorum colluvione conflata; hic solis lunaeque defectus, qui non tam aera quam mortalium mentes obnubilant; illic praesagi, ut vulgo creditur, cometae; hic splendentes planetarum orbes; illic immensae siderum ambages; hic meteorum causae; illic lucis origo; hic procellarum spiritus; illic ventorum turbines, hic grando, hic imbres, hic denique humanas motura tonitrua mentes, oculatissimae ingenii vestri perscrutationi subduntur. Quam iucundum erit, adolescentes optimi, quam sincerissimae minimeque fucatae voluptatis plenum, in tantarum, tam mirabilium, tam diversarum rerum contemplatione delineri!

Agite igitur et abstrusiora totius orbis phaenomena, quae natura avaris recondita visceribus nobis invidet, extorqueamus. Suppetias nobis Aristoteles feret, quem totius excursus ducem habebimus, nisi ubi ipse aliquando dormitans, et errore aliquo transversum actus a veritate deflexerit. Scientissimus hic rerum naturalium Philosophus prope sexaginta physiologicos libros manu solertissima scripsit, quarum alios Acroamaticos, Exotericos alios nuncupavit. Acroamaticos, sive auscultatorios inscripsit illos qui doctrinam adeo arcanam et multa verborum caligine obvolutam includebant ut non nisi ab auditoribus ex ipsius ore, arrectis auribus, oracula haurientibus erui posset. Exotericos contra, sive extraneos dixit illos, qui res captu facillimas et perspicuo sermone adeo nitide expositas continebant, ut vel ab extraneis et rudioribus, nullo negotio, caperentur. Ab hoc igitur primi subsellii Philosopho, de natura totaque re litteraria optime merito, in physicis nostris velitationibus libentissime stabimus. Neque terrere nos debent blateratores aliqui, non tam litteris imbuti, quam impudentia saginati, qui vix vortices, ramenta, cylindros, paralaxes aliaque id genus crepitantia verba, ex Passendi aut Cartesii lexicis clanculum corrosa didicerunt, statim sidera tangentes vertice, in artem detonant et ipsum veluti hominem ignibus de caelo tactum, Acheronti et Diris devovent. Verum altius sedet Peripatetica doctrina quam quae a Zoilorum petitionibus affici possit aut e celsissimo honoris culmine, ubi pacifice regnat, deturbari. Habet siquidem

sub pedibus nimbos, et rauca tonitrua calcat.

Id unum a vobis, ornatissimi iuvenes, superest mihi exorandum, ut caelum, terras, maria atque elegantissimam hanc orbis machinam tam iucundam adspectu, tam proceram mole, tam mirabilem artificio, tot nitentibus compactam orbibus, tot arcanis agitatam motibus, tot artissimis devinctam nexibus, tot aeternis legibus addictam, comprehenderitis animo, et mente solerti lustraveritis, pulcherrimum illico ipsius Opificem, scientissimum pariter et potentem, cuius ad imperium volubiles caelorum orbis perenni dotatione flectuntur, volvuntur sidera, circumfluit aer, exaestuant venti, libratur terra et tumentes Oceani fluctus ruinoso aggere compescuntur, tota mente colatis, summo amore prosequamini et aeternas Ipsi agatis gratias:

*.... Quod tot tantisque creatis,
tam pulchris et dispositis tali ordine rebus,
notitiam Artificis, manifesto lumine, cunctis
mentibus indiderit*

Valete.

PROEMIO

Vencidas las asperezas de la Lógica, hemos llegado por fin, con la ayuda de Dios, a los amenísimos campos de la Física o ciencias naturales: aquí no brotan cardos, no amagan espinas, no nacen abrojos, antes una lucida mies, engalanada de flores, abundante en frutos y llena de innumerables maravillas, se ofrece ahora a nuestras miradas y se abre a nuestras investigaciones:

*"¡Oh felices aquellos que cuidaron
de investigar aquesto, los primeros!"*

Aquí, no tanto para ejercicio del entendimiento, cuanto para doloito de nuestra curiosidad, ya en el vestíbulo y como otras tantas visiones, os recibirán el caos de Anaxágoras, el infinito de Xenófanes, los torbo-

Aguirre — 8

llos de Epicuro, la armonía de Pitágoras, lo grande y pequeño de Platón, lo sólido y vacuo de Demócrito, el frío y calor de Parménides, el agua de Tales, el fuego de Heráclito, la tierra de Hesíodo, el aire de Eurípides, las entelequías de Aristóteles y los elementos de Empédocles.

Después, cuando con investigación más profunda, hayas penetrado en los senos recónditos de la Naturaleza, ¡qué de prodigios (¡oh dioses!) qué de milagros no arrebatarán nuestros ojos, nuestro espíritu y nuestra mente! De un lado la naturaleza del hombre compuesta de dos partes, una terrena y otra celeste; de otro, los instintos de los brutos formados de elementos en parte todavía desconocidos; aquí las prodigiosas metamorfosis de cuerpos que se sobreponen unos a otros, o que se compenetran para formar uno solo; allí los maravillosos meteoros—verdaderos portentos de la tierra y del cielo producidos por la reunión de elementos diversos; aquí los eclipses del sol y la luna que entenebrece, no tanto los cielos, cuanto los espíritus de los hombres; allí los cometas présagos según se cree; aquí las órbitas luminosas de los planetas; allí los inmensos círculos que recorren los astros; aquí los principios de los meteoros; allí el origen de la luz, aquí los ímpetus de las tempestades, allí la vehemencia de los vientos, aquí el granizo, aquí las lluvias, aquí, en fin, los truenos que conmueven las mentes humanas; todo esto se pondrá bajo la escrutadora mirada de nuestra observación. ¡Qué placer tan inmenso y qué deleite tan puro será, amadísimos jóvenes, detenerse en la contemplación de cosas tan grandes, tan maravillosas y tan variadas!

Ea, pues, extraigamos los recónditos fenómenos de todo el orbe, que la naturaleza celosa, nos oculta en sus profundos senos. Grande ayuda nos prestará Aristóteles a quien tendremos como guía en todo nuestro camino, a no ser cuando, o por descuido o por error, él mismo se apartare de la verdad.

Este filósofo, doctísimo en las ciencias naturales, escribió cerca de sesenta acertadísimos libros sobre física; de éstos unos llamó Acroamáticos y otros Exotéricos. Acroamáticos o auscultatorios denominó aquellos que contenían una doctrina tan arcana y expresada en términos tan oscuros que no estaban al alcance sino sólo de los discípulos que de sus

propios labios habían oído las lecciones. Exotéricos o extraños llamó aquellos que trataban de materias más sencillas y de exposición tan clara que aun los extraños e ignorantes las entendiesen sin dificultad.

A este filósofo de primer orden, benemérito de las ciencias y de las letras nos atendremos de muy buen grado, en nuestras escaramuzas científicas. Y no nos deben intimidar algunos charlatanes, llenos más de impudencia que de conocimientos, quienes con unas pocas palabras—torbellinos, raeduras, cilindros, paralajes y algunas otras altisonantes arrebañadas a hurtadillas, de los diccionarios de Passendi o de Cartesio, imaginando que tocan ya con su frente los astros, atruenan contra la ciencia, y al Maestro, como a hombre maldito, lo dan al Aqueronte y a las Furias. Pero demasiado encumbrado se halla la doctrina peripatética como para que la puedan alcanzar las impugnaciones de los maldicientes o derrocarla del altísimo asiento donde pacíficamente reina. Porque a la verdad,

“nubes y truenos con su planta huella.”

Una cosa me queda por pedir, jóvenes distinguidísimos, que cuando hayáis abarcado con vuestro espíritu y recorrido con vuestra mente el cielo, la tierra, los mares y la máquina del mundo, tan hermosa a la vista, tan grande en su mole, tan admirable en su artificio, formada de tantos orbes luminosos, agitada con tan misteriosos movimientos, ceñida de lazos tan estrechos, sujeta a leyes eternas e inmutables, améis de todo corazón al Hacedor sapientísimo al par que poderoso, le honréis y le rindáis gracias continuas “por haber dado clara noticia de su nombre a todas las inteligencias con la creación y maravilloso orden de tantas y tan grandes cosas”; pues por su mandato se mueven los orbes celestes en su perenne rotación, recorren su órbita los astros, extendiéndose el aire, agítanse los vientos, manteniéndose equilibrada la tierra y con deleznable valla enfrénanse los entumecidos oleajes del océano.

DISPUTA III

DE LA FORMA SUSTANCIAL

CUESTION II

*Si la forma sustancial de las plantas y de los insectos
dimana de la putrefacción.*

En la generación de las plantas y de los insectos no se engendra la materia, porque ésta es ingenerable, sino que se engendra solamente la forma. De aquí es que la cuestión sobre si las plantas y algunos animales (que suelen llamarse *imperfectos, insectos, éntomas, o espontáneamente nacidos*), provienen de la putrefacción, se reduce a inquirir si su forma sustancial viva es o no engendrada por la putrefacción.

Comunísima es la sentencia de los Aristotélicos que, siguiendo al mismo Aristóteles (lib. I de la *Historia de los animales*, cap. 5º), enseña que algunas plantas nacen al acaso y que algunos animales, como las pulgas, piojos, moscas gusanos, ratones y otros, provienen de la putrefacción. Están de acuerdo estos autores en que la podredumbre es la materia en la cual se engendran los insectos; difieren, sin embargo, en señalar la causa segunda productiva de los mismos.

Juzgan algunos que tal causa es el sol; otros, con Aristóteles, afirman que el cielo; otros, con los Tomistas, dan por causa activa y productiva de los insectos, la humedad, el calor, el movimiento y otros accidentes que se encuentran en la putrefacción. Oigamos a Ovidio que, en este asunto, no parece sino haber sido Tomista:

*Quippe ubi temperiem sumpsero humorque calorque
conciunt, et ab his oriuntur cuncta duobus;
cumque sit ignis aquae pugnans, vapor humidus omnes
res creat, et discors concordia fetibus apta est.*

"Una vez que el agua y el calor se han equilibrado, se fecundan, y de estos dos elementos nacen todas las cosas; y por la oposición que existe entre el agua y el fuego, el vapor húmedo crea las cosas, pues esta fusión de elementos opuestos favorece a la generación".

Contra esta opinión proclaman a una todos los modernos con San Agustín, que no se da generación alguna equívoca o espontánea y que todas las plantas y animales, sean de la naturaleza que fueren, nacen de semillas o de huevos. A los filósofos recientes se agregan no pocos Aristotélicos modernos, y entre los nuestros, los PP. Kircher, Regnault, Bautista Pagano, Esteban Manerio, José Falck, Antonio Mayr, el Cardenal Tolomeo, Lossada y otros.

PRIMERA ASERCION

Afirmo primeramente: las formas de los animales o los mismos animales, aun aquellos que se llaman *insectos*, no son engendrados por la podredumbre sino que provienen de huevos o semillas. Se prueba esta aserción, en primer lugar, por la autoridad del gran Agustín (lib. II De la Trinidad, cap. 8º, núm. 13): *Omnium rerum quae corporaliter visibiliterque nascuntur, occulta quaedam semina in istis corporeis mundi huius elementis latent ... et quamvis semen aliquando oculis videre nequeamus, ratione tamen conicere possumus. Quaecumque enim nascuntur ex occultis seminibus accipiunt progrediendi primordia*: Todas las cosas que nacen corporal y visiblemente, tienen algunos gérmenes ocultos en los elementos corpóreos de este mundo.....y aunque algunas veces no podamos ver a simple vista este germen, podemos, sin embargo, con la razón conjeturar de su existencia. Porque todo cuanto nace, recibe de gérmenes ocultos el principio de crecimiento". Esta es nuestra aserción expresamente sostenida por San Agustín.

La pruebo, en segundo lugar, por la razón. Cualquier animal es más perfecto que el cielo, el sol y la podredumbre; luego el cielo, el sol y la podredumbre no pueden físicamente producir animal alguno. Pruebo primero el antecedente, para luego probar la consecuencia. San Agustín (lib. I De la Religión verdadera, c. II) dice: *Quaelibet substantia vivens,*

cuilibet non vivae substantiae naturae lege praepositur: "Cualquier sustancia viva se sobrepone, por ley de la naturaleza, a cualquier sustancia no viva"; ahora bien, cualquier animal es sustancia viva, y el cielo, sol o podredumbre no lo son, luego

Pruebo ya la consecuencia del primer entimema. Una causa no viva y menos perfecta no puede producir un efecto vivo y más perfecto; luego el cielo, el sol o la podredumbre no pueden físicamente producir un animal. El antecedente consta de aquellos axiomas corrientes. "Cuanto más perfecto es el acto, tanto más lo es la potencia. Nadie da lo que no tiene". Lo cual aun el poeta propuso como principio evidente por sí mismo:

Credite, nemo potest quo caret ipse dare

"Creedme, nadie puede dar lo que a él mismo le falta".

Se confirma en primer lugar, del modo siguiente. El cielo, el sol y la podredumbre son, según los contrarios, causas universales e indiferentes para producir un ratón, o una mosca, o un gusano, o una mariposa; luego debe darse alguna concausa determinante para que produzcan más bien un gusano que una mosca, una mosca de esta especie más bien que de otra, etc. Señálese, pues, este determinante.

Se confirma en segundo lugar. Si el cielo, el sol o la podredumbre pudiesen producir gusanos, ratones, mariposas, etc., podrían también producir ovejas, toros o caballos; pero, es así que no pueden esto, luego tampoco aquello. Niegan los contrarios la mayor; pero no sé que razón de disparidad puedan señalar; pues tan animal es la mariposa como el caballo; tan estupenda y admirabilísima es la estructura de un gusano, como la de un toro, y más admirable todavía, cuanto más diminuta; porque absolutamente cierto es lo que decía Plinio: *Rerum natura nusquam magis quam in minimis tota est*. "En ninguna parte se halla la naturaleza más en su plenitud que en los seres pequeños". Ni en cosa alguna brillan más el infinito poder de Dios y su excelsa sabiduría, que en la sorprendente organización de los animales más pequeños compuesta de tantos músculos perfectísimos, de tantas fibras, venas, vasos, miembros y partes. ¡Cuán hermosamente lo dijo el poeta:

Maior et in minimis cernitur esse Deus!

"¡Más grande se muestra Dios en los seres más pequeños!

Si pueden, por tanto, estos prodigiosos y diminutos animales ser engendrados por la putrefacción ¿por qué no lo podrán de igual modo otros mayores? Si admitimos que las moscas, gusanos, ratones y otros seres vivos como éstos nacen de la materia putrefacta, ¿por qué no podremos

*Credere diluvii natos e pinguibus angues
reliquiis, fortesque viros et in arma ruentes
erupisse satis Cadmei dentibus hydri,
aut spumis comptam Venerem emersisse marinis?*

"Creer que de los restos opimos del diluvio nacieron las serpientes y que de los dientes sembrados de la Hidra Cadmea brotaron armados guerreros valerosos, o que de las espumas de la mar emergió la hermosísima Venus"?

Tal vez dejando o un lado el rumbo de Aristóteles y Aristotélicos, se me responderá, con el P. Fonseca, que la podredumbre no es la causa productiva de los insectos, sino que sólo es la disposición para ella, y que, a exigencia de tal disposición, Dios como causa única y total produce los animales dichos. Esta respuesta la refutaré en la siguiente aserción. Oigamos entretanto el fundamento del P. Fonseca que es como sigue:

Cuando no hay una causa segunda proporcionada, de algún efecto creado, debemos recurrir a Dios; ahora bien, en la generación de los insectos no hay causa segunda proporcionada; luego debemos recurrir a Dios.—Pero la menor de este silogismo es falsa: pruébela el P. Fonseca; pruebe que en la generación de los insectos no intervienen huevos, que son ciertamente su causa proporcionada.

Nos responderá que jamás hemos visto tales huevos.—Niego segunda vez la proposición. Cien y cien veces doctísimos observadores han visto esos óvulos con ayuda del microscopio. Consúltense sobre este asunto Rohault, Boyle, Malpighi, Redi, Vallisnieri, y el P. Francisco Lana-Torzi

en su preciosísima obra intitulada *Magisterium naturae et artis* (Magisterio de la naturaleza y del arte).

Más, aunque nunca hubiesen sido vistos tales óvulos ¿qué se seguiría de allí? ¿Ha visto, por ventura, alguna vez el P. Fonseca, la materia prima, las formas sustanciales, los accidentes absolutos y otras cosas semejantes? Claro está que no, porque, según todos los peripatéticos, sólo el color puede verse. ¿Cómo, pues, admite todo eso? Responderá que, aun cuando la existencia de tales cosas no se vea con los ojos, se conoce, no obstante, por la razón.—Muy bien; pero esto mismo es lo que sostenemos nosotros con el gran Agustín: *Quamvis semen oculis videre nequeamus, ratione tamen conicere possumus*. "Aunque no podamos ver el germen con los ojos, la razón, sin embargo, nos permite conjeturarlo".

Se nos preguntará: ¿qué razones son las que nos mueven a creer que en la podredumbre se encuentren tales huevos? Respondo que todos los fundamentos con que hasta aquí hemos probado nuestra aserción. Muévenos, además, primero, la evidencia física de los ojos, pues, como arriba dije, tales huevos han sido vistos, repetidas veces, en la podredumbre. Nos mueve, en segundo lugar, la razón, en virtud de la cual de las cosas conocidas sabemos deducir los principios para las desconocidas; es así que todas las generaciones de que tenemos cabal conocimiento dimanen de huevos o de semilla; luego debe creerse que sucede lo propio en las generaciones menos conocidas. Consta la menor en la generación de los hombres, de los animales cuadrúpedos, de las aves, etc. Nos mueve en tercer lugar este otro motivo: No todas las tierras producen las mismas plantas, ni los mismos insectos, según aquello de Virgilio: *Non omnis fert omnia tellus*; ahora bien, esto no puede explicarse sino diciendo que no se encuentran en todas las regiones las mismas semillas ni las mismas disposiciones para su nutrición; luego En todas las comarcas, sí, se dan cielo, sol y podredumbre; si éstas son, pues, las causas de todas las plantas e insectos, ¿por qué no nacen en todas las regiones todas las plantas y todos los insectos? Nos mueve, en cuarto lugar, la experiencia; pues, si dentro de la máquina Boyliana encerramos agua o carne, extrayendo de ella el aire, ningún gusano nace de estas materias, aunque se las conserve durante años en dicha máquina.

Más terminante todavía es el experimento del sagacísimo observador Francisco Redi. Tomó cuatro vasos de cristal, en el primero de los cuales puso una serpiente muerta; en el segundo, un pez de río; en el tercero, unas anguilas pequeñas, igualmente muertas; en el cuarto, un pedazo de carne de becerra de leche, e inmediatamente cubrió aquellos vasos herméticamente. En otros cuatro vasos de cristal colocó otros tantos cadáveres y los dejó descubiertos, de modo que las moscas pudiesen posarse en ellos. Corrompiéronse todos los cadáveres, tanto de los primeros vasos como de los segundos; pero con esta diferencia que en los cadáveres encerrados en vasos cubiertos no brotó gusano alguno, y muchísimos en los colocados en vasos abiertos. Repetido muchas veces este experimento por el mismo autor, dió siempre el mismo resultado.

Así pues, digo que tal diferencia no puede explicarse racionalmente, sino diciendo que los huevos que vienen volando por el aire, tanto de insectos, como de moscas, al penetrar en los vasos descubiertos, fueron fermentados por la putrefacción de los cadáveres y de allí brotaron los gusanos. Luego la generación de los insectos proviene de huevos.

SEGUNDA ASERCION

Afirmo, en segundo lugar: la forma viva de las plantas no es engendrada al acaso, o, como dicen espontáneamente, sino que más bien todas las plantas, sean cuales fueren, nacen de la panspermia, (esto es, semen universal) entendida latamente, o de semilla. Esta aserción se prueba con las mismas razones con que quedó probada la anterior.

Ahora, brevemente la pruebo por la Sagrada Escritura. En el capítulo primero del Génesis se dice: *Germinet terra herbam virentem et facientem fructum iuxta genus suum, cuius semen in semetipso sit super terram, et factum est ita; et produxit terra herbam virentem et facientem semen iuxta genus suum, lignumque faciens fructum et habens unumquodque sementem secundum speciem suam*: Produce la tierra yerba verde que dé fruto conforme a su especie, que tenga en sí mismo la semilla sobre la tierra, e hízose así; produjo la tierra yerba verde, que

diera fruto conforme a su especie, y árbol que llevase fruto y tuviese en sí la simiente cada cual según su clase". Luego cualquier yerbo tiene su semilla propia; luego cualquier yerba nace de su propia semilla. Inútil hubiese sido dar desde el principio del mundo a todas las plantas su semilla, si cualquier planta pudiese nacer no de semilla, sino de la putrefacción o al acaso.

Pruebo la aserción en segundo lugar por la razón: Las plantas no nacen de un concurso casual de elementos, ni únicamente de accidentes, o de solo Dios; luego tienen que nacer de semilla. Se prueba por partes el antecedente. Pruebo la primera: si las partículas de elementos al concurrir al acaso pudieran producir la maravillosa estructura de una planta y su cuerpo organizado con tanto artificio, con tanto arte, podrían también producir los brutos animales, el cuerpo humano y todas las cosas visibles; ahora bien esto es absurdo y abre el camino al error de los Epicúreos; luego Y por cierto pregunto a los contrarios: ¿Por qué de una mezcla casual de letras no aparece de repente la sagrada Biblia, o la Suma de Santo Tomás? ¿Por qué del concurso de metales varios no brota al acaso un reloj? Y ¿podrían, no obstante, de la fusión casual de elementos formarse las plantas siempre regulares, siempre perfectísimas, siempre admirables?—De ninguna manera.

*Nam operis series Auctorem tota reconstit,
qui facit et laeto cuncta vigore fovet,
Emicat ex ipsis divina potentia campis,
praesentemque refert una vel herba Deum.*

"Porque todas las partes de la obra denuncian al Hacedor que las creó y con su aliento vivificador las conserva. Brilla en los campos el divino poderío y aun una sola yerbecilla aclama la presencia de Dios".

La mayor la tienen los Filósofos por axioma y, como nota nuestro doctísimo Dechales (tomo II *Mathesis*), todos los Filósofos en las cuestiones acerca de la causa productiva de los efectos naturales evitan siempre el recurso a Dios, como subterfugio de la ignorancia. Y ciertamente que si tal recurso estuviese siempre a mano cesarían inmediatamente las

cuestiones físicas y los Filósofos todos descansando de sus investigaciones podrían cantar en apacibilísimo solaz:

Deus nobis haec otia fecit

"Dios nos ha dado este descanso"....

OBJECIONES CONTRA LA SEGUNDA ASERCIÓN

Primera: Muchísimos experimentos. El primero, tomado de Teofrasto. A un ciervo le nació una hiedra verde entre los cuernos. El segundo, de los PP. Kircher y Séñeri: a un español le nació una planta de espinos entre las costillas. El tercero, del P. Regnault: una caña de azúcar echó raíces en el vientre de un elefante. El cuarto, de un diario de los sabios de París: en las entrañas de muchos hombres se han encontrado hongos; ahora bien, todas estas plantas no provienen de semilla; luego

Respondo que ya querría oír a los contrarios disertar cómo todas estas cosas han nacido de la putrefacción Pero, renunciando a discutir la verdad de los experimentos, los cuales, aunque no dejan de infundirme mucha duda, con todo no me atrevo a negarlos abiertamente, ya que la atestiguan sabios tan doctos y graves; yo niego la menor de la objeción.

Al primer experimento respondo que cayendo una semilla de hiedra en la cabeza del ciervo y enredada en sus lanas pudo permanecer allí, hasta que, hallando las disposiciones suficientes, pudo brotar la planta.

Al segundo experimento, es clara la respuesta de León Alat de quien han tomado la historia Kircher y Séñeri. Porque aquel español cayó en los espinos y se hirió gravemente. Pudo por tanto alguna semilla de las espinas entrar por las heridas y dentro echar raíces. Se me dirá que es casi increíble. Respondo que también es casi increíble la historia y que si se da crédito a ella, también se lo ha de dar a la respuesta.

Del mismo modo contesto al tercero y cuarto experimento que las semillas de la caña de azúcar y de los hongos penetrando en el estóma-

go con el aire, el alimento o la bebida, y hallando en las entrañas las disposiciones necesarias, pudieron echar raíces y crecer.

Segunda objeción: en los techos de las casas y en las torres nacen yerbas, ahora bien, está claro que allí no hay semilla alguna; luego no todas las plantas nacen de semilla. Niego la menor. Muchas semillas son llevadas por el aire; muchas suben con los vapores y exhalaciones de la tierra; ... de aquí sucede que el aire, o las lluvias, o las aves pueden depositar en las torres y en los techos semillas de plantas, como dice un renombrado poeta moderno:

*Namque aut ventus eo semen, volucrisque vel imber
detulit.*

"Vientos, o aves, o lluvias llevaron allá la semilla".

Esta respuesta tiene en su favor la experiencia. Pregunto a los contrarios: si nacen las plantas al acaso, ¿por qué sólo en la comarca de Ambato, por ejemplo, o de Quito, brotan sobre las casas los higos americanos que vulgarmente llamamos tunas? Si no es porque, como aquella región tiene en abundancia esta planta, sus semillas son llevadas fácilmente, o por el aire, o por las aves.

ONTOLOGIA O METAFISICA

DISPUTA II

De las potencias espirituales del alma.

Las potencias espirituales del alma, a saber, memoria, entendimiento, y voluntad, son realmente diversas del alma y tienen distinción real entre sí. Consideremos ahora los actos u operaciones propias de estas potencias. Toda operación interior es conocimiento, y todo conocimiento puede ser o intuitivo, o abstractivo, o quiditativo o comprensivo: Llámase

se intuitivo el conocimiento claro y manifiesto del objeto producido inmediatamente por la presencia del mismo. Tal es, por ejemplo, el de los bienaventurados en su visión de Dios, y el que tenemos nosotros cuando ponemos nuestra vista en el sol. *Abstractivo* es el que se adquiere de un objeto determinado por medio de ideas o representaciones de otros; así el conocimiento que alcanzamos de Dios por medio de las criaturas o de la revelación, el que tenemos del Sumo Pontífice, etc. *Quiditativo* o esencial, es el que manifiesta o representa la esencia del objeto. *Comprensivo*, finalmente, es aquel que abarca y comprende con claridad perfecta todos los principios, relaciones, conexiones, contrarios y demás de una cosa, al punto que, como dice San Agustín, no quede nada latente al que la contemple o quiera conocer sus fines.

Ahora bien, hablando con verdad, fuerza nos es admitir que no podemos tener conocimiento, no diré ya comprensivo, mas ni siquiera quiditativo, de las cosas naturales como lo vimos al explicar aquel texto: *Ut nesciat homo omne opus quod operatus est Dominus*; "de suerte que ignore el hombre las obras todas del Señor"; lo cual gallardamente declaró nuestro P. Alápide, comentando el libro del Eclesiastés, donde dice: "No puede nuestro entendimiento percibir cosa alguna creada y natural sino mediante los sentidos; pero, como los sentidos no logran penetrar las esencias íntimas, propiedades y diferencias de las cosas, síguese que el entendimiento no puede conocer las esencias y principios de ellas".

No ignoro que hay en los monasterios y en las escuelas de los Filósofos muchos "definidores"; pero ignoro si habrá entre sus definiciones, una sola que haya sido tomada por buena. "Algunos de éstos, dice el angélico Doctor, presumen de su ingenio, al escudriñar, con el propio entendimiento, la naturaleza de las cosas, teniendo por verdadero únicamente lo que a ellos se les representa como tal; y tal es el ardor con que se aferran a su parecer, que no quieren, no digo ya pensar, pero ni oír nada en contra. ¡Tan despreciadores se muestran de lo ajeno"

CUESTION I

¿En qué consiste el conocimiento?

Doce opiniones aduce sobre este punto nuestro Lince (*Metaph. lib. VII*); pero, de solas cuatro de ellas haremos breve mención. Afirma la *primera* que el entendimiento, mediante una acción distinta y real, produce cierta cualidad absoluta, en la que formalmente consiste la acción de conocer. Con el eximio y agudísimo Doctor, piensan también los Escotistas y muchos de los Nuestros). La *segunda* enseña que el conocimiento consiste en la acción de la cualidad absoluta, y su unión con el entendimiento; siguen esta sentencia los PP. Hurtado, Arníbal, Espínula y otros. La *tercera*, que es de los Tomistas, pone la percepción intelectual en la acción productora de otra cualidad absoluta, que no es conocimiento sino representación del objeto y verbo en la mente. De donde, según ellos, en la representación del objeto no hay inteligencia del mismo, sino, a lo sumo, camino y causa de ella. La *cuarta* finalmente, afirma que el acto intelectual, o conocimiento, consiste en cierta cualidad moral o acción, que es representación del objeto y producción de sí misma por el entendimiento, sin que se reproduzca otro término o cualidad distinta. Así lo enseñan el Cardenal de Lugo, el P. Oviedo, Alderete, Lossada, Mayr y otros filósofos de nota, a quienes siguen muchos modernos.

Tenemos nosotros por conveniente adoptar el parecer de éstos últimos, con quienes afirmamos que el conocimiento intelectual consiste en la modificación intelectual, o en la acción que es representación intelectual del objeto, formada por el entendimiento. Esto se prueba con las palabras de Santo Tomás (*I Contra Gentes, Cap. 100*), que dicen así: "Llámanse operación inmanente aquella por la cual no se produce otra cosa que la misma acción, como ver y oír"; lo cual en nuestro caso quiere decir que con la acción inmanente del entendimiento no se produce otra cualidad distinta de ella misma: luego en ella consiste el conocimiento.

(Traducción de Luis E. Bravo P., S. I.)

INDICE

El P. Juan Bautista de Aguirre. Prólogo del Sr. D. Gonzalo Zaldumbide	VII
Nota bibliográfica por el P. Aurelio Espinosa Pólit, S. I.	LV

Poesías—Versos Castellanos, Obras Juveniles, Miscelánea

A una tórtola	3
A una rosa. Sonetos	4
Soneto moral	6
Soneto moral	7
Carta a Lizardo	8
Llanto de la Naturaleza humana después de su caída por Adán	11
Fragmento	14
Descripción del Mar de Venus	15
Montserrat	19
A la rebelión y caída de Luzbel y sus secuaces	21
Trango épico a la Concepción de Nuestra Señora	25
Breve diseño de las ciudades de Guayaquil y Quito	32
Epigramas: A Zoilo	39
A un médico	40
A un Zoilo	41
A una dama imaginaria. Romance	44
Fragmento de un romance	46
A unos ojos hermosos	47
Afectos de un amante perseguido	49
A la inconstancia del mar	52
Función heroica	55

Obras oratorias

Carta Pastoral que hizo leer el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Nieto Polo del Aguila, con
ocasión del terremoto de Latacunga 59

Oración fúnebre del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Nieto Polo del Aguila Obispo de
Quito 77

Apéndice—Filosofía

Physica ad Aristotelis mentem. Proemium 111

Proemio 113

Disputa III. De la forma sustancial 116

Ontología o Metafísica

Disputa II. De las potencias del alma 124

Indice 127

